

MARCOS GIRALT TORRENTE

Mudar de piel



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada

Lucía y yo

Rendijas, islas

Abrir ventanas

Un refugio imprevisto

Sombras que reverberan

Traición

Mudar de piel

Preserva mejor el recuerdo

Baker y margaritas

Nota

Créditos

Nuestra culpa tiene una utilidad: justifica muchas cosas en la vida de los otros.

MAX FRISCH, *Montauk*

LUCÍA Y YO

Yo era el mayor y, si bien lo era por muy poco, Lucía no cesaba de recordármelo. Parecía asumir que mi condición me otorgaba ventajas. *Eres el mayor, tú sabrás, decide tú*, me decía en cualquier encrucijada, cuando lo cierto es que solíamos hacer su voluntad. Compartíamos el recuerdo entablillado de una madre a quien apenas conocimos; vivíamos rodeados de robles y pinos en una hermosa casa a la que llamábamos *la fortaleza* y, aunque no quedaban lejos ni el pueblo donde asistíamos a clase ni el apeadero del tren que tomaba nuestro padre para desplazarse a la ciudad, nos complacía sentirnos aparte de todo. De un lado estábamos nosotros, y del otro, el mundo del cual participaban profesores y compañeros o las sucesivas empleadas domésticas que ejercían de centinelas.

Nuestro padre. ¿Qué lugar le reservábamos? Difícil determinarlo. Dentro y fuera, si se me permite la indefinición. El *nosotros* desde el que pensábamos lo incluía, pero se trataba de una conjugación impositiva, refutada por un *él* del cual, sin confesárnoslo, nos defendíamos. En realidad, no pasaba de ser una ajada camisa de fuerza con la que intentábamos preservarlo según nuestro deseo, retenerlo.

Los rigores del invierno empezaban a quedar atrás; una de las primeras mañanas propicias para ir caminando a clase. Principios o mediados de marzo. El paseo no era corto (dos kilómetros si atajábamos por la pista forestal), pero lo preferíamos. La alternativa en los meses de frío nos la brindaba la secretaria del instituto. Esperaba a la salida de la finca, y nos metíamos apresurados en su coche para no hablar de nada. En primavera y otoño era otra cosa: íbamos a nuestro aire, sin oídos amenazadores que registraran nuestros comentarios. No siempre manteníamos una conversación. A menudo guardábamos silencio, nos entreteníamos señalando los cambios que apreciábamos en el paisaje o jugábamos a aventurar hipótesis explicativas de cada suceso menor que se salía de la rutina, el ladrido de un perro, un furgón de reparto nunca visto, un avión en el cielo... Los reuníamos y tejíamos una historia. La tejía Lucía, mejor dicho. La furgoneta no era de reparto sino del crematorio que recogía los animales sacrificados en el

veterinario, el perro era un cachorro y ladraba porque se había quedado solo, en el avión viajaba su dueño... Mi papel consistía en contener su imaginación, poner objeciones, forzarla a someterse a cierta verosimilitud.

El mismo cometido cumplía cuando nuestro padre ocupaba el centro de la diana. Aquella mañana discutíamos el porqué de que la noche anterior se hubiera quedado en Madrid, donde disponía de un apartamento en el que dormía cuando sus compromisos le impedían alcanzar el último tren.

–Creo que es una alumna –dijo Lucía.

–Ni siquiera estamos seguros de que exista y tú ya sabes que es una alumna.

–Claro que existe. Tú no hablaste con él por teléfono.

–¿Qué te dijo?

–Ya te lo he dicho: que se había entretenido y que, como tenía una reunión de departamento por la mañana temprano, le era más cómodo quedarse allí.

–No es tan raro. Lo sospechoso habría sido que te dijera que había perdido el tren...

–Pero le tembló la voz.

–Porque suponía que te sentaría mal.

–No era ese tipo de temblor.

–¿No? ¿Cómo era?

–Nervioso. Como si estuviera mintiendo.

–Todos los temblores son nerviosos.

–Si lo de la reunión fuera verdad, me habría tanteado antes de decidirse y, en caso de notarme contrariada, se habría ofrecido a venir...

–Tendría prisa.

–¿Por qué te empeñas en contradecirme? Sabes que pocas veces me equivoco.

Así era: Lucía se equivocaba raramente. Volvería a insistir, siempre lo hacía, pero ahora escogió callar. Nos sumergimos en un largo silencio, hasta que pasó a enumerar los árboles que habían salido maltrechos del invierno. Se dolía por ellos, maldecía el descuido, la maleza que nadie desbrozaba. No mencionaba, en cambio, los decesos. Reteníamos en la memoria los ejemplares que habían afrontado enfermos el otoño anterior, pero si un tronco ya seco se nos presentaba ante los ojos, proseguía el cómputo de los amenazados. Señalarlo le parecía una llamada a que el mal se extendiera. Yo había interiorizado su superstición hasta compartirla. Los desacuerdos entre

nosotros aparecían al debatir, como consecuencia de mi referida labor de contención, pero si se trataba de actuar, no nos permitíamos la divergencia.

Enfilábamos el último trecho del camino: tras abandonar el bosque, restaba cruzar un prado y entrar en el pueblo, que ya asomaba al fondo del valle.

—¿Y lo de que sea una alumna? —pregunté.

—Por el secreto. De otras nos habló anticipadamente.

—No es verdad.

Noté el efecto que mi réplica causaba en Lucía y me arrepentí.

—Ella no cuenta, nos equivocamos. Nos pilló por sorpresa. Me refiero a las que vinieron después.

—Eva la Castafiore.

—Eva la sabelotodo.

—Eva la finolis.

—Eva lágrima suelta.

—Eva qué bonito es todo.

—Eva la taladradora.

Lucía recitó conmigo, como si efectivamente hubiera acusado mi alusión a la única Eva a la que habíamos despojado del apodo. Evitábamos nombrarla: otro tabú. Había sido la primera, nuestro padre tardó en presentárnosla, y desde que la conocimos, se había estrellado contra nuestra animadversión. Intentó conquistarnos durante un tiempo, pero al final no lo soportó. Fueron sus sucesoras quienes nos hicieron reparar, ya tarde, en nuestro error. Justa o injustamente, la convertimos en el rasero para juzgarlas. Y siempre perdían. No nos había incordiado con prematuras complicidades, no había intentado apartar a nuestro padre de *la fortaleza*. Un muerto es un rival imbatible (¡cómo lo sabíamos!), y ella no estaba muerta pero pertenecía al pasado. Y sufríamos de una ulcerada culpa. Había procedido con discreción, animada por el propósito de que su rectitud fuera apreciada. Lo tenía fácil: era lo suficientemente joven para conocer nuestro lenguaje. Pero esa ventaja la había hecho también vulnerable. Lucía no la había considerado tanto una rival de mamá como de sí misma. Esto último es solo una elucubración. Aunque en ocasiones pareciera que pensábamos con la misma cabeza, existían debilidades que no nos mostrábamos. Incluso en los sobrentendidos, yo siempre iba a la zaga. ¿Cómo interpretar, no obstante, que, de las sucesoras de la Eva perdida, la única a quien Lucía consideró fugazmente fuera la más opuesta a ella misma y al recuerdo idealizado de nuestra madre?

Movimiento de péndulo, diría, y un fallido intento de refutar el duelo por la Eva primigenia. Una estridente organizadora de congresos, aficionada a pintarse las uñas en el salón, de ningún modo podía ser rival para ella.

Pero eso había sido tiempo atrás, y la Lucía que caminaba ahora observando la pradera tras la cual se vislumbraban los primeros solares del pueblo parecía presa de otras preocupaciones.

—A todas las demás nos las presentó enseguida. Se ha impuesto ser claro, transparente. El secreto no le pega.

—Espera a esta noche. Quizá la traiga a casa.

Lucía no quería atenderme.

—Hace unos días estábamos viendo una película en el salón y, al descubrir que asomaba un papelito de su bolsillo, se lo quité y luego lo rompí. Era un número de teléfono: Vanesa.

—¿Vanesa? —exclamé, sarcástico—. Es imposible. Te lo inventas.

—¿Por qué te ríes?

—¿Cómo que por qué? Creo que si Mankiewicz viviera en España y hubiera rodado hoy en día *Eva al desnudo* le habría puesto *Vanesa al desnudo*.

—Eva es perfecto. No hay otro. Un nombre virtuoso, evocador de una pureza que, como la del personaje de la película, esconde una manzana amarga.

—Hablabas de una versión cañí de Eva, no bíblica. ¿A cuántas Vanesas conoces?

—No está tan mal el nombre, eres un prejuicioso. Y un clasista.

Eva al desnudo, en la que una aspirante a actriz se gana el corazón de una estrella teatral y la traiciona sistemáticamente hasta lograr desbancarla, era una de las películas favoritas de Lucía, y el personaje de Eva, la más temible representación, por secreta y perversa, del mal que nos obsesionaba. De ahí que llamásemos Eva a todas las pretendientas de nuestro padre. *La Castafiore* tenía un cuerpo opulento y una bonita voz, pero seguro que hacía acopio de gritos reprimidos; *la sabelotodo* hervía de bienintencionadas teorías, pero seguro que nos reservaba una letal que formularía cuando le conviniera pasar al ataque; *la finolis* dejaría atrás sus suaves formas el día en que pisara sobre seguro; *lágrima suelta* se vengaría de todas las lágrimas derramadas; *qué bonito es todo* no tardaría en redecorar *la fortaleza* con cortinas y candelabros; *la taladradora* nos agujerearía el oído hasta anular nuestra voluntad...

–De todas formas –reflexioné, ante el escaso éxito de mi broma acerca del nombre de Vanesa–, si llevaba el papel tan descuidadamente en el bolsillo, es señal de que no le importaba. Casi seguro que lo olvidó. De haber querido usarlo, lo habría guardado en la cartera.

–Pero lo echará de menos y pensará que hemos sido nosotros.

Me sorprendieron los escrúpulos de Lucía. En el historial de discretos sabotadores de la vida sentimental de nuestro padre, ostentábamos faltas peores: deliberados olvidos de recados, críticas veladas que él no dejaría de rumiar y tal vez compartir, comentarios en clave privada que las dejaban fuera de juego, hoscas negativas a integrarnos en remedos de planes familiares, evocaciones intempestivas de nuestra madre y un largo etcétera de interferencias que, si bien no muy graves, a veces nos habían llevado a preguntarnos si nos retrataban. Se daba la circunstancia, además, de que al haber sido yo por lo general el portavoz y Lucía la inspiradora (*eres el mayor, decide tú*), los principales remordimientos hacían saña en mí.

–Salía de su bolsillo. Tú solo tiraste un poquito.

Transitábamos ya por el pueblo, faltaba alcanzar la última esquina de la calle principal, doblarla, y tendríamos el instituto a la vista. Lucía no contestó y pregunté:

–¿Y por qué no me lo contaste antes?

–Fue una tontería –respondió de corrido–. No sabía que era un teléfono. Sentí curiosidad, tiré del papel y, cuando me di cuenta, ya era tarde para devolvérselo.

–Podías haberlo dejado en el sofá. No tenías por qué romperlo.

Me daba igual que lo hubiera hecho. Lucía lo sabía, pero aun así fue un comentario desafortunado. Intentaba ponerla ante su contradicción con el objetivo de diluir su culpa a base de desacralizarla, y ella respondió bajando la vista y guardando silencio hasta que nos sumimos en el bullicioso gentío que aguardaba la apertura de las puertas del instituto. Allí la perdí. En el recinto académico acostumbábamos a mantener vidas separadas: no nos juntábamos en el recreo ni conversábamos en los pasillos. Era un tanto antinatural, pues, matriculados en cursos consecutivos, nuestras aulas eran vecinas, pero así lo habíamos convenido años antes, después de que en el colegio una psicóloga hubiera alertado sobre nuestro excesivo vínculo. Se trataba de una medida profiláctica destinada a protegernos de intromisiones. Ya era bastante con no salir apenas de *la fortaleza* y no traer invitados. Yo

me había convertido, así, en un *outsider* que se refugiaba en la lectura para cobrarse la libertad de no socializar. Lucía, mientras, señoreaba una colmena de greñudas insulsas entre las que reinaba como abeja mayor, agradecidas sus acólitas de contar con alguien que, por su delicada pero evidente estrella, se habría alzado con facilidad hasta colmenas mejores.

Mi primera clase era de literatura. El profesor, un antiguo seminarista de zapatos y perilla por quien sentía una ternura condescendiente desde el día en que, al descubrirme leyendo *Música para camaleones*, demostró no conocer a Truman Capote. En lugar de guardarme rencor, se había aplicado y a partir de entonces dedicaba una clase semanal a libros que consideraba modernos, como *Por quién doblan las campanas* o *El filo de la navaja*. Esa mañana tocaba *El señor de las moscas*, y, previendo que requeriría mi opinión, busqué asiento en un lateral de la segunda fila, un emplazamiento que, sin desvelar desinterés, me resguardaba de miradas directas. Sostenía en las rodillas *Trastorno*, de Thomas Bernhard, pero, desconcentrado, apenas lo abrí.

Mejor me fue en matemáticas. El profesor (pelo cortado a cepillo, espalda encorvada) traía sus propias tizas antipolvo para no mancharse y pasaba casi toda la hora escribiendo en el encerado sin quitarse el loden o la cazadora de gabardina con los que se abrigaba según la estación. Solo de vez en cuando se apartaba unos pasos, miraba de soslayo a uno de nosotros y lo taladraba con alguna pregunta.

Llevaba ya dos lecturas de *Trastorno* y no me cansaba. Se la había recomendado a Lucía al mismo tiempo que *Lolita*, pero, así como había demostrado su fascinación inmediata por la novela de Nabokov, su rechazo de *Trastorno* había sido bronco. Nunca logré entenderlo: la meticulosa obsesión, el desprecio del mundo y el castillo del príncipe Sarouau nos representaban mejor que cualquier novela de las que éramos fanáticos (cuánto Huysmans, cuánto Von Kleist, cuánto Poe...). *Lolita* también era oscura, pero no dejaba de ser una historia de amor, y, aunque resentida con razón, Lolita acababa resignada a su miserable destino.

Como cada día, la clase de inglés se vino abajo en cuanto la profesora, una norteamericana treintañera, sacó de su bolso el despertador amarillo con el que controlaba el tiempo y lo colocó sobre el marco de la pizarra. Tras tan excéntrica entrada resultaba lógico que los alborotadores impusieran su desgobierno. En el guirigay resultante no me habría sido difícil distraerme

con la lectura, pero como la desgraciada era la profesora preferida de Lucía, me obligaba a atender para facilitarle un anclaje donde fondear su desesperación.

En el recreo busqué a Lucía. La observé de lejos. Estaba en una esquina oculta del vallado, fumando un cigarrillo compartido con su caterva de adolescentes inseguras. Me pareció ceñuda y algo ausente. No volví a verla hasta la salida, dos horas de física e historia después. Prefería regresar a casa en coche, me dijo, había avisado ya a la secretaria. Ahora sonreía y rozó mi mejilla con un beso. Lo normal habría sido plegarme a sus deseos, pero no fue explícita en incluirme y opté por caminar. Actué dolido, y no obstante me pareció bueno darle ese espacio y ese tiempo, y dármelos de paso a mí.

Era estimulante disfrutar de la soledad al aire libre, de la brisa de la tarde meciendo las ramas jóvenes de los árboles, enfriando mi rostro y, allí donde la luz traspasaba con vigor suficiente la hojarasca, inundando de sombras móviles el suelo. Aún no había flores, solo diminutas margaritas en el mantillo sobre el que crecían los árboles. Intentaba no pensar en nada, pero no podía. Algo me intrigaba del diálogo mantenido por la mañana en ese mismo escenario: una extraña inversión de papeles. A mí me habría correspondido defender el nombre de Vanesa, introducir un razonable realismo, y Lucía me había usurpado la misión dejando en mis manos su natural incisivo. Era fatigoso ir a su zaga para intentar anticiparme. Por lo general, ya lo he señalado, estábamos tan compenetrados que parecíamos obedecer al mismo cerebro. Sin embargo, el esfuerzo era mío, ella solo lo instigaba, y si, como en esa mañana, los reflejos me fallaban, se creaba un muro de distancia. Ahora me tocaba salvarlo, y tenía que ser por la vía correcta. Debía agazaparme con los ojos abiertos, en ningún caso tomar la iniciativa. Caminaba deprisa: sin apartar la vista de mis pies y de la arena oscura del camino, para no tropezar; fijándome en las raíces que afloraban del suelo, en los pequeños orificios abiertos por los gusanos, en los escarabajos y en los muchos insectos de los que desconocía el nombre. Tenía hambre pero me animaba imaginar la comida. No esperábamos a nuestro padre hasta última hora, sería entonces cuando Lucía y yo nos esforzaríamos en retener cada dato que él descuidara. Por el momento anhelaba una tarde tranquila, los dos tumbados en el salón, leyendo o viendo una película, comentándola, imaginando giros imprevistos de los personajes... Qué equivocado. Había salido a la carretera para alcanzar la entrada a *la fortaleza* y, al levantar la

vista para cruzar, vi la cancela abierta y, varios metros dentro de la finca, bajo la parra del aparcamiento, un coche con la puerta abierta y, al lado, una figura femenina. Sus rasgos desvaídos se definieron al acercarme. Alta, moño castaño con dos mechones sueltos, piernas largas tapadas hasta la mitad del muslo por un corto abrigo color burdeos, botines, medias marrones... Fumaba, se dio la vuelta al sentir mis pasos y me recibió con una sonrisa. No era una nínfula: en lo de estudiante, Lucía había fallado. Treinta avanzados o quizá ya cuarenta. Frente amplia, rostro ovalado, labios finos, pómulos bruñidos en los que se insinuaba el bulto del hueso, ojos ligeramente separados, francos aunque tímidos; de parpadeo frecuente. Si hubiera que reducirla a un estereotipo femenino recurriría al renacentista de los pintores florentinos, solo que de una belleza ya no lozana sino decaída. Consciente de que no le restaba tanto para volverse invisible pero grácil y aparentemente alegre, a pesar de sí misma y de la recatada humildad con que su conciencia del paso del tiempo parecía boicotearla: chaleco de punto debajo del abrigo y blusa abierta lo justo. Ahora había tirado el cigarrillo y lo restregaba con el pie, como pillada en falta. Me saludó con un *hola* balbuciente y, al responderle con la misma taimada premura, entre un movimiento y otro de sus pestañas creí advertir en uno de sus ojos un leve estrabismo que, si mi percepción era correcta, tal vez era el origen de su evidente fragilidad.

Me crucé con mi padre en el sendero de la casa. Nervioso, apresurado, no acertó a disimular su contrariedad al verme. Como si le pesara, cuando se creía a salvo, repetir las explicaciones que seguramente ya habría dado a Lucía. Otro fallo de mi hermana: su nombre no era Vanesa sino Clara, Clara Hamilton. La de la nota escamoteada sería otra. Clara se había ofrecido a traerlo a casa, me dijo, y como no había comida preparada para ellos, iban a un restaurante y luego darían un paseo por el campo.

Lucía estaba en el salón, con las piernas tendidas en diagonal sobre la mesa auxiliar donde reposaban los restos de su almuerzo. Miraba una película en blanco y negro en la que salía Bette Davis. Durante un segundo pensé: «Otra vez *Eva al desnudo*.» Y enseguida, corrigiéndome: «No, otra vez *¿Qué fue de Baby Jane?*» La claustrofóbica historia de la loca que, trastornada por una culpa que al final se revela inmerecida, atormenta y manipula a su hermana paralítica. *¿Entonces todos estos años podríamos haber sido amigas?*, le pregunta al conocer la verdad. Solíamos ponerla en ocasiones de exaltada complicidad. Nos daba pie a jugar con imágenes distorsionadas

preguntándonos quién de nosotros era (o sería) Jane y quién era (o sería) Blanche. Las sinuosidades a que el juego daba lugar, los mudables espejos y las veladas acusaciones recíprocas, exigían de ligereza y de ninguna soterrada tensión, cosa que, temía, no era el caso.

–La he visto.

Lucía no disimuló su sorpresa, apartó la vista de la pantalla y me miró impaciente.

–Lo estaba esperando en el aparcamiento. Y te has equivocado en todo. Ni es una estudiante ni se llama Vanesa.

–Pero es. Existe. En eso no me he equivocado.

No se defendía. Lo dijo con un deje cómplice a la vez que reivindicativo.

–Y papá tampoco ha mantenido el secreto.

Lucía, que había detenido la película con el mando a distancia, desoyó mi último comentario mientras silenciaba el programa de variedades que de pronto irrumpió en la pantalla. Después, me pidió detalles y se los di: las medias, el cigarrillo, la mirada cándida pero risueña... Terminé refiriéndole el encuentro con nuestro padre y sus perezosas explicaciones. Entre tanto, la sirvienta (nueva y, como sus predecesoras, quejosa de la casa tan aislada) retiró su servicio de comida y lo reemplazó por otro para mí.

–Come –dijo Lucía. Esperó a que acomodara la bandeja sobre mis rodillas, a que me llevara a la boca el primer bocado, y atacó–: Te ha gustado.

–La he visto un segundo, no puedo decírtelo.

–*Eva la frágil cándida.*

–Es pronto para bautizarla. Tal vez no llegue a nada. O a lo mejor nos sorprende.

–Y si son tantas sus virtudes, ¿por qué no tiene marido y unos hijos tan estupendos como ella?

–En serio, Lucía, apenas la he visto. No sé cómo es.

–Quizá nadie ha querido tenerla a su lado. El exceso de delicadeza cansa. Y perturba. Una mujer sensible, vulnerable, que se entrega sin cortapisas, es mucha responsabilidad y la responsabilidad da miedo.

No contesté. Lucía hablaba sin sentir lo que decía, como si recitara el diálogo de una novela. Los dos hablábamos un poco así, impostadamente. Era nuestro juego. Pasábamos tanto tiempo juntos que suplíamos la ausencia de otras influencias con un lenguaje hipertrofiado de ficción. Ensayábamos cómo ser de adultos con urdimbres más estéticas que reales, y desde luego no

había nada más estético que la decadencia. Por eso nuestros héroes habitaban novelas y películas especulares. *Grupo salvaje, El jardín de los Finzi-Contini, El gatopardo, El desencanto*; cualquier género valía si describía un mundo a punto del derrumbe y a unos personajes que preferían extinguirse antes que aceptar el cambio y salvarse. Pero así como yo era capaz de apartarme ileso del juego, Lucía no se desembarazaba tan fácilmente de su papel y a menudo lo utilizaba como una máscara para ocultar sus emociones.

—¿Y qué es? ¿Profesora? No creo. Estaría más curtida. Es un trabajo duro.

—No he dicho que no esté curtida. Le pega trabajar en una galería o en una revista de moda...

—Desde luego no de redactora jefe —me cortó Lucía—. Ni como directora de la galería. Se necesita nervio.

—No creo que sea abogada ni ejecutiva. Ni funcionaria. Y tampoco científica ni técnica de nada. Podría ser decoradora. O tener un negocio propio: hacer ropa, joyas...

—Una empresa de catering no. Demasiado ajeteo.

Lucía había intentado sonar festiva en la ironía y lo tomé por una buena señal.

—O traductora literaria.

—Un trabajo que haga en casa y a su ritmo.

—O gestora cultural. Coordinadora en una fundación o en un museo... Algo que le gusta y que hace bien. Pero se ha acomodado. Parece austera.

—Me está empezando a dar pena.

—No seas idiota.

—¿Y el apellido Hamilton? Un apellido como ese en una familia española significa un antepasado que vino a hacer dinero e hizo el suficiente para quedarse.

—Si es así, no les queda tanto. Rescaldos. Una casa familiar confortablemente burguesa, un padre solvente y protector, alguna renta...

—A eso me refería: pocos apremios. Esa parece ser la clave de su personalidad, junto al estrabismo.

—¿No te parece que deduces demasiado?

—Solo especulo. ¿Por qué te molesta?

—No me molesta. Pero tenemos muy pocos datos. Es como lo del marido y los hijos tan estupendos..., no podemos saber si los tiene o no.

—Marido no, estoy segura. E hijos en plural tampoco. En todo caso uno

pequeño, de dos o tres años. Quería ser madre y lo tuvo con el primero que se puso a tiro cuando empezó a acuciarla la edad.

–Y, claro, él no se ha responsabilizado –imité su modo de razonar–. O lo hace de manera ocasional y ella lo saca adelante con sacrificios.

–No sé si con sacrificios. Con absoluta entrega sí.

–¿Y dónde está el niño ahora? Debería estar yendo a recogerlo a la guardería.

–Con los abuelos. O con su padre. Cuando dije que lo tuvo con el primero que se puso a tiro, no pensaba en un hombre casado ni en un ligue de bar. Quien fuera, tuvo que durarle. Un noviete con el que se acostara al menos media docena de veces.

–Y que salió huyendo cuando ella se despistó. Porque fue un despiste, ¿no? Él no quería ser padre.

Lucía me desconcertaba, en especial el frío desparpajo con el que había trazado un retrato de *Eva la frágil cándida*, aunque estereotipado, verosímil. Y, sin embargo, como ese mismo apodo, tampoco era exactamente peyorativo. Su asunción de que Clara Hamilton me había gustado resultaba rara. Pensé en sus remordimientos matinales a propósito de la nota extraída del bolsillo de nuestro padre y repasé, por si me daban alguna clave, las películas que habíamos visto en los últimos días por iniciativa suya: *La noche del cazador*, *El regreso de la mujer pantera*, *Rebeca*, *Jane Eyre*... Jóvenes solitarias, torreones, hermanos: nada diferente de nuestro alimento habitual. Para acompañar su lectura de la novela también habíamos visto la *Lolita* de Kubrick, pero definitivamente no parecía que Lolita estuviera detrás de su actitud.

–Algo así. Se asustó o se sintió traicionado y rompió la relación. Pero no se ha quitado de en medio, hace lo que puede. Hay cientos de hombres así: inmaduros a los que la paternidad ha sorprendido instalados aún en la cómoda provisionalidad de la adolescencia, artistas de tres al cuarto, bohemios...

–Me asombras, Lucía.

–Seguro que *Eva la frágil cándida* tenía uno. Un buen chico. Fotógrafo, diseñador o viajero profesional. No me digas que no le pega.

–Ya, y quiso atarlo y le jodió la vida.

–No quiero decir eso, a lo mejor él cedió en un momento de debilidad. Lo importante es que ya no está. A veces se presta a encargarse de su hijo, o se

lo lleva esporádicamente de fin de semana, pero luego desaparece por temporadas mientras mitiga su culpa diciéndose que los niños son de sus madres y que ya habrá tiempo, cuando el suyo crezca, de que entablen una relación.

Lucía acertó en lo fundamental acerca de Clara Hamilton. Tanto que en un primer momento llegué a sospechar que la había visto antes que yo o al menos se había informado y había representado ante mí una comedia. Pero ¿con qué fin? No. Demasiado rocambolesco. Había acertado, eso era todo, y, conociéndola, no cabía maravillarse. Y tampoco de la cálida acogida que inesperadamente le brindó. Como si hubiera aguardado la llegada de alguien como ella, como si el especulativo retrato que trazó ante mí hubiese sido una suerte de invocación, al poco de conocerla enterró el apodo de *Eva la frágil cándida* y empezó a mostrarse obsequiosa en grado sumo; dispuesta incluso a quedarse a cargo de su hijo las noches en que salía con nuestro padre. Yo compartía su predisposición favorable, pero no entendía sus prisas en dejar franca la entrada a *la fortaleza*. No pretendió hacerse íntima de la invasora, pues eran demasiado diferentes y la complicidad le habría requerido un fingimiento considerable, pero trabajó a favor de ella evitando roces, ensalzándola cuando era necesario, y en el proceso nuestra unión se resintió. No es que me abandonara, tal cosa habría sido inconcebible, nos unían lazos difíciles de quebrantar. Fue algo más sutil: digamos que, coincidiendo con la llegada de Clara Hamilton, abrió una ventana hasta entonces cegada en el habitáculo de ficción construido entre los dos y permitió que se aventaran buena parte de nuestras viejas costumbres y manías. Proseguimos con los juegos fantasiosos camino del instituto, con el intercambio de libros y, si bien su temática varió, con el visionado de películas. Desaparecieron *Eva al desnudo*, *¿Qué fue de Baby Jane?* y los dramas góticos, pero, sobre todo, desaparecieron las menciones a nuestra madre así como las frases con que Lucía me exhortaba a actuar según sus deseos (*eres el mayor, tú sabrás, decide tú*). No eliminó las historias de héroes especulares, tal vez porque su ejemplo negativo reforzaba la empresa en la que andaba metida, pero, a cambio, se fajó en conquistar una repentina independencia. Dio de lado a las insulsas greñudas que habían sido sus marginales compañeras de recreo y, con la excusa de participar en un grupo de teatro, esa primavera se aficionó a

quedarse por las tardes en el instituto y me dio carta blanca para regresar por mi cuenta a casa.

¿Por qué cambiamos? ¿En qué momento alguien cuyo desarrollo ha corrido paralelo al nuestro decide emanciparse y seguir su propio sendero? ¿Es necesario que ocurra algo o esa posibilidad acecha desde el comienzo y es el transcurrir del tiempo la espita que termina por detonarla?

Lucía y yo no habríamos podido seguir sin fricciones mucho más allá. A final de ese curso yo terminaría el instituto y accedería a estudiar una carrera que seguramente no sería la misma que ella elegiría un año después; como consecuencia de eso nos llegarían rutinas e influencias nuevas y aparecerían amigos que pugnarían por disolver nuestra unión tan extrema. Quienes han sufrido un trauma en la infancia tienden a construir muros para protegerse. Nosotros no habíamos sido distintos. Tras la muerte de nuestra madre, nos habíamos aferrado el uno al otro con el afán inútil de que nada se alterara. Pero hasta los muros más altos terminan por caer. Es posible apuntalarlos, aunque hacerlo va en contra de la naturaleza y propicia aberraciones que, siendo fértiles para la ficción, resultan desaconsejables cuando lo que se anhela es la felicidad. *¿Qué fue de Baby Jane?* es un ejemplo grotesco. Hay otros menos dolosos que actúan como cantos de sirena a edades como la que Lucía y yo teníamos. Lo cierto es que incluso el heroísmo mejor intencionado pocas veces sale victorioso y, si no se acepta la derrota, con frecuencia roza lo patético. Lucía y yo no éramos héroes, pero creo que a la larga podíamos habernos causado daño, que a nuestra modesta manera habíamos sido temerarios y que simplemente ella fue más rápida en darse cuenta del peligro.

Era necesario ventilar.

Era necesario abrir puertas y ventanas.

Era necesario prepararse.

El hecho de que aprovechara la llegada de Clara Hamilton fue una muestra de cálculo. La eligió porque la consideró inofensiva y supuso que, discreta y tímida como era, jamás pretendería apropiarse de *la fortaleza*. En el fondo, sin renunciar al *nosotros* desde el que habíamos aprendido a pensar, buscaba una fórmula más dúctil que, además de a ella y a mí, siguiera incluyendo a nuestro padre. En esa ecuación, *Eva la frágil cándida* nos protegía de intrusas más belicosas que quizá no lo harían posible.

Lo que Lucía no previó, aparte de que su disposición favorable se basaba en intuiciones falibles, fue que nuestro padre tenía sus propias ideas. De

hecho, segura del éxito de sus designios, no se dio cuenta de que, por mucho que nosotros le allanáramos el camino, los únicos obstáculos provenían de él. Traía a Clara Hamilton con su hijo algunos fines de semana a *la fortaleza*, pero más a menudo confinaba sus encuentros con ella al apartamento de Madrid. Lucía atribuía tanta cautela al niño, que iba a la guardería en Madrid; defendía su carácter eventual y pronosticaba el comienzo de la nueva vida a partir de septiembre. Yo, en cambio, había oído a papá contestar con evasivas a *Eva la frágil cándida* en alguna ocasión en que esta se había atrevido a especular con planes a largo plazo, y sospechaba que, lejos de querer afianzar la relación entre los dos, trataba de no ilusionarla. Se lo dije a Lucía, camino del instituto, la última mañana antes de las vacaciones de Semana Santa al percatarme de que, sin pruebas para ello, daba por seguro que Clara Hamilton vendría a pasarlas a *la fortaleza*.

–Lo hace por nosotros.

–Pero si le hemos demostrado que estamos a favor.

–Teme romper el *statu quo*.

–¿*Statu quo*? –reí–. ¿Y las otras Evas? ¿Perdimos el tiempo o es que con ellas le daba igual romperlo?

–Precisamente porque aceptamos a Clara, ve factible por primera vez asentarse con alguien y puede que le atemoricen los cambios que traería consigo.

–Eres enternecedora, Lucía.

Dejamos ahí la conversación.

Horas después, tras terminar las clases, mientras Lucía se demoraba con sus compañeros del grupo teatral, encontré a nuestro padre esperándonos en casa. Que estuviera solo la víspera del primer día festivo no probaba nada. Aun en el caso de que Lucía no errase en su intuición, había tiempo de sobra para que *Eva la frágil cándida* se presentara. Puede decirse, incluso, que lo más normal es que todavía no hubiera llegado. No obstante, Lucía no disimuló su extrañeza. Cuando apareció, preguntó por ella y la respuesta de nuestro padre fue tan concisa como festiva: *ha ido a Extremadura con su familia, me tenéis solo para vosotros*. Pese a la ambigüedad, creo que Lucía entendió. Qué distinto habría sido si hubiéramos podido hablar con nuestro padre, preguntarle y contarle qué pensábamos. Como no teníamos costumbre, Lucía almorzó callada y luego arguyó que debía estudiar el libreto de una obra que su grupo de teatro representaría tras las vacaciones y no volvió a

salir de su habitación hasta la cena. Sostuvo esa actitud de soterrada irritación, mitad envite y mitad rabieta, al menos durante dos días, en los cuales apenas se dejó ver durante las comidas. En ese tiempo no intenté acercarme a ella. No es que rechazara echarle una mano: sabía que después del palo vendría la zanahoria y que, si intentaba forzarla, se revolvería contra mí. Su enfado era primordialmente con nuestro padre, era a él a quien pretendía influir, pero, al haber sabido leer mejor que ella los acontecimientos, al haberme anticipado, me había colocado al otro lado de la trinchera. Papá, entre tanto, no acusó su enojo; ignoro si voluntariamente. Dedicaba las mañanas a leer y por las tardes salía a pasear, veía conmigo alguna película o jugábamos al Risk. No mantuvo, que yo sepa, contacto telefónico con Clara Hamilton, aunque un par de veces que lo seguí a hurtadillas a su dormitorio alcancé a oír retazos de conversaciones con otra mujer. Que su interlocutora no era *Eva la frágil cándida*, aparte de por lo que después sucedería, lo deduje por su tono sinuoso, engatusador, muy diferente del condescendiente y paternal que usaba con ella, y, sobre todo, por una frase, cazada al vuelo, en la que, describiéndonos a Lucía y a mí, daba razón de su deber de permanecer con nosotros durante las vacaciones. Pero lo que me conturbó no fue eso. Lo que me conturbó en la última conversación, me hizo cesar el espionaje y me catapultó escaleras abajo fue algo que solo pude asimilar con un escalofrío de avergonzada lascivia. Después de un silencio y de susurros que no descifré, oí con toda nitidez *coño, oí lo chuparía y oí quiero beberte entera, todos tus líquidos*.

Pese a que en algún momento nos planteamos pasar unos días en Madrid o viajar a algún lugar, al final no abandonamos el entorno de *la fortaleza*. Eran días ya primaverales y por tanto largos, pero para ciertas cosas no tanto. Cada uno tenía su proyecto. El de mi padre, esperar a recuperar su libertad al término de las vacaciones; el de Lucía, levantada su cuarentena, hacerse la ingenua para seguir porfiando en favor de Clara Hamilton; y, el mío, huir del sordo combate que se libraba delante de mí. Comprendía y me conmovía Lucía, pero, toda vez que su guerra parecía perdida, entendía su empecinamiento tan mal como el de nuestro padre en no ser claro cuando la oía referirse al regreso de *Eva la frágil cándida* o declarar cuánto la echaba de menos.

En consecuencia, saqué mi vieja bicicleta del garaje y me aficioné a hacer

excursiones. Recorría caminos rurales o exploraba las urbanizaciones cercanas, llenas de moradores estacionales que a duras penas las despojaban del aire fantasmal adquirido en los largos meses de invierno: gritos, niños jugando al balón, padres asomados a las ventanas, acarreando leña, sacando bolsas de supermercado de los maleteros de los coches.

No me pesaba la soledad. Era un descanso, y desde luego la prefería al desdén de una mirada reprobadora de Lucía. Esperaba mi ayuda y, como no se la daba, seguramente no me habría dejado decirle nada. Y si me lo hubiera permitido, yo no habría sabido por dónde empezar. Ahuyentar novias de papá era más fácil que forzarlo a escoger a una. Y luego estaban esas palabras: *coño, quiero beberte entera...* Algo tan crudo no cabía en nuestras charlas, donde el sexo representaba poco más que una elipsis. Lucía era buena con los sobrentendidos, pero en definitiva ignoraba si para ella, como para mí hasta entonces, un líquido solo era una sustancia sin forma que, como el agua, se adapta a cualquier contenedor.

Al cuarto o quinto día de las vacaciones, descubrí en una cabaña del bosque a tres chicas mayores tumbadas al tibio sol del mediodía sobre una mesa de troncos. Vestían shorts y camisetas que marcaban sus senos, reían, y estuve tiempo observándolas a escondidas, sin oír de qué hablaban, imaginando lo que ocultaba su exigua ropa, hasta que una de ellas se volvió para coger el bote bronceador y me vio.

Pedaleé con fuerza para escapar mientras pensaba en *Lolita*, la película, y en *Lolita*, la novela, y me preguntaba en qué pasaje de esta quedaba claro que el deseo de Humbert Humbert se consumaba, que Lolita no era solo la luz de su vida, el fuego de sus entrañas, sino también el avaro acuífero donde saciaba su sed.

Esa noche, cuando la casa estuvo en silencio, bajé a la biblioteca en busca de libros que siempre había desdeñado y, con ellos en mi poder, volví a mi habitación. *Sexus, Plexus y Nexus*, de Henry Miller. ¿Los había leído Lucía? ¿Sabía que el amor de Humbert Humbert no era una infatuación romántica? ¿Cuándo había empezado a incomodarle que yo viera su cuerpo desnudo? ¿Se masturbaba? Y, si lo hacía, ¿eran sus masturbaciones tan gimnásticas y exentas de sensualidad como las mías? ¿Por qué me intrigaba? ¿Era esa la fuerza motriz del mundo, también de nuestro padre? Leía en la cama, con el pensamiento anclándose tan pronto en imágenes de letra impresa que encendían mi lubricidad como fugándose a ámbitos vedados a través de la

ventana iluminada por una escuálida luna. Sentía el pene erecto y un escalofrío de sudor me recorría el cuerpo. Tiritaba, intentaba contenerme, pero era mayor la fuerza que tiraba de mí y terminé por dejarme vencer. Lo hice con furia, tratando de borrar por medio de la premura cualquier duradero poso de mi acto. Después me levanté y, como quien huye del lugar donde ha sido humillado, me dirigí a la ventana, la abrí y respiré el aire frío de la noche.

Tenía razón Lucía: había que ventilar. Pero no solo por la tentación de la decadencia, no solo por los espacios cerrados, no solo por el sacrificio de los héroes que levantan un muro para mantenerse a salvo de su tiempo. Y la solución no era, como ella creía, una *frágil cándida* que mantuviera abiertas para nosotros las puertas de *la fortaleza*. La solución estaba más allá de nosotros, en el futuro inexorable que ya trabajaba, a pesar de Lucía, para eliminar una posibilidad tan conveniente que en el fondo habría dejado las cosas igual. Había realidades ocultas fuera de nuestro control y, frente a ellas, solo cabía abrirse al misterio, a la incertidumbre de lo desconocido.

Los días se volatilizaban con pocas oportunidades de encontrarme a solas con Lucía. Cuando al fin sucedió, poco antes de terminar las vacaciones, una mañana en la que papá había ido con la empleada en busca de provisiones, la acorralé en el jardín y le referí las dos conversaciones telefónicas escuchadas a hurtadillas sin ahorrarme las palabras que me habían hecho huir azorado. La reacción de Lucía fue la esperada: negarlo con más ímpetu que persistencia, y preguntarme luego cómo sabía que la interlocutora de nuestro padre no era Clara Hamilton.

–Te lo he dicho. Hablaba de nosotros como si no nos conociera.

–Has dicho solo que se justificaba por su obligación de dedicarnos la Semana Santa.

–Creo que Clara no lo colocaría ante la tesitura de excusarse por eso.

–No lo sabemos.

–Si fuera así, no sería tan cándida. ¿Por qué nos gusta, entonces?

–Pudo no ser ella. Pudo ser él quien se vio obligado a justificarse. Además, que hubiera sido Clara tampoco querría decir nada. Mera coquetería.

–¿Y el tono meloso?

–Te digo lo mismo: no sabemos cómo hablan cuando están solos. Tendrán sus códigos. Todo el mundo los tiene.

–Delante de nosotros, papá parece considerarla casi como una tercera hija.

–Tú y yo también hablamos de manera distinta cuando estamos solos.

–Escucha, Lucía, esa mujer no era *Eva la frágil cándida*.

–No la llames así.

–Como quieras. Contéstame solo a una cosa: ¿te habías imaginado alguna vez que Clara tuviera coño?

–Qué tontería...

–Por supuesto que lo has imaginado. Es madre. La pregunta es si te has imaginado que sea un coño de verdad.

–Todos los coños son de verdad. ¿A qué viene eso?

–Me refiero a un coño que papá quiera beberse.

–Eres un cerdo.

–Soy un cerdo, sí. Pero sé sincera: ¿te imaginabas a papá diciéndole eso a Clara? ¿Te imaginabas algo así de papá?

Lucía forzó una carcajada para esconder su desconcierto y preguntó:

–¿Y qué creías? ¿Qué no follaban?

–No me refiero a eso. Por supuesto que follan. Por cierto, has dicho follaban y no follan.

–¡Follan! Pareces idiota.

–Da igual. El asunto no es ese.

–¿Y cuál es?

–Si de verdad crees posible una conversación tan sexual entre Clara y papá.

Estaba seguro de que no. Buscaba acorralarla. Ya le había hecho la pregunta que más me interesaba, la de si consideraba a nuestro padre capaz de mantener un diálogo como ese, y no me había respondido.

–Sí creo que puedan tenerla.

–Yo no.

–Pues eres un ingenuo.

–Vale, lo soy. Llamemos, entonces, a Clara. Tenemos su teléfono. Le decimos que la echamos de menos y le preguntamos que cuándo va a volver de Extremadura.

Lucía pareció dudar.

–Y si no hablaba con Clara, ¿quién era ella?

–¡Yo qué sé! Tu estudiante: Vanesa. O cualquier otra de la que no tenemos noticia.

–¿Y con ellas sí podría hablar papá así?

–Desde luego, hablaba con una mujer. Pero no con Clara Hamilton, nuestra *fragil cándida*.

–¿Sabes lo que te digo? Que eres un prejuicioso. ¿O es que acaso Clara, por ser frágil y cándida, no puede ser también sexual?

–Creo que no lo es.

–No tienes ni idea.

Oí el crujiente repiqueteo de la gravilla al paso del coche en el camino y aún podría haber dicho algo, pero no contesté porque, aunque necesitara meditar, sentía que contaba ya con todas las respuestas que buscaba.

Nuestra escena favorita de *Eva al desnudo* sucedía en el último tercio de la película, cuando todos los amigos de la declinante estrella teatral interpretada por Bette Davis han desenmascarado a su traidora asistente después de que haya dejado de serlo, al haber conseguido sustituirla en una obra. Sentados a la mesa de un restaurante, convalecientes del bochorno y la culpa por haber sido utilizados, ríen despreciativos y planean cómo vengarse de la arribista mientras esta cena en una mesa cercana acompañada del crítico cínico que acaba de transformar su discreto debut en un éxito. La antigua asistente se sabe descubierta por el grupo de amigos, pero necesita un último impulso para asentar su carrera teatral y el medio que elucubra es hacerse con el papel femenino de la obra que uno de ellos está escribiendo para la declinante estrella. La apuesta es un envite difícil. Hasta ahora había operado en la sombra, embaucando voluntades con ardidés ladinos, pero, caída la máscara, su baraja marcada ha quedado al descubierto. No puede utilizarla salvo por última vez, y lo hace esa misma noche enviando una nota a la mujer del dramaturgo, su arrepentida cómplice en la celada que le proporcionó su primera actuación, en donde la insta a que se reúna con ella en el tocador del restaurante. Además de por su destinataria, la nota es leída por sus compañeros de mesa, que, regocijados, la animan a que acuda, pues ven en la cita la ocasión para poner en su lugar a la malévola urdidora. Ajenos a que esta se sabe descubierta, creen que se valdrá otra vez de su fingida inocencia, pero lo que sucede cuando las dos mujeres se encuentran desborda toda expectativa. Es la apoteosis de la abyección de Eva, la revelación de su vileza suprema. La otrora gatita es ahora una aterradora pantera de garras afiladas que se lanza sobre su presa y la amenaza con contar a la estrella declinante su

ayuda pasada, coaccionándola así para que fuerce a su marido a darle a ella el papel protagonista de la nueva obra que está escribiendo.

Una de las cosas que a Lucía y a mí más nos admiraba de la película era que la pérfida no obtuviese su castigo, que este solo se insinuara al final, de un modo tan clemente como poético, cuando los últimos fotogramas, siendo ella por fin una estrella, la muestran en el trámite de aceptar a una asistente que por su ñoñez y mansedumbre resulta su vivo retrato de antaño. En cambio, nunca reparamos (al menos yo no, y si Lucía lo hizo, no lo comentó conmigo) en que su carencia de escrúpulos no alcanza al sexo. En ese aspecto, y solo en ese, Eva es virtuosa, no está dispuesta a entregarse a cualquiera. Sí al novio del personaje interpretado por Bette Davis, pues su codicia por todo lo que le pertenece la lleva a enamorarse, pero no al crítico cínico que le facilita el ascenso. Los reflejos de la ficción son tan variados como la vida, pero no siempre exactos.

Nuestra Eva definitiva, una divorciada sin hijos, tenía el pelo escarolado teñido de naranja, los ojos pequeños de mirada gatuna, la nariz aboniatada y el cutis grueso, con dos protuberancias sebáceas a ambos lados de la barbilla sobre la que una boca sin labios se cerraba en una mueca de dolor contenido. Sin embargo, era alta, de hombros anchos, tenía la cintura estrecha, las piernas largas, el pecho firme y bien proporcionado, y, aunque vestía como una fulana de serie B setentera, estaba claro que a nuestro padre le gustaba, ya que, tras presentárnosla al comienzo del verano, no se demoró más allá de octubre en instalarla en *la fortaleza*. Para entonces yo había comenzado mi primer curso en la universidad, pasaba algunas noches en el apartamento de Madrid y fue Lucía, durante los doce meses que tardó en seguir mis pasos, quien más sufrió el goteo de progresivas intromisiones con las que estrenó su nuevo poder. La llegada de *Eva, la de verdad*, como acabamos por bautizarla, inauguró años turbulentos en los que incluso las sirvientas desaparecieron a un ritmo más rápido del habitual, pero el principal perjudicado, pese a las emboscadas e intrigas de que fuimos víctimas, fue nuestro padre. Lucía y yo salimos bien librados. El *nosotros* al que habíamos tratado de reducirlo dio paso a un *él* a veces perplejo, a veces compasivo, o a un despreciativo *ellos*, y el *nosotros* que nos concernía a Lucía y a mí se compuso cada vez más de dos *yos* que se separaban sin roces para ver distintas películas o leer distintos

libros y que, más allá de la ficción, buscaban y se alimentaban de distintas experiencias. Nuestra marcha sucesiva para estudiar fuera hizo el resto.

Antes de que todo eso ocurriera, fue necesaria una conversación entre Lucía y yo para absolvernos de los mutuos celos nacidos de nuestra desigual vivencia del fracaso de *Eva la frágil cándida*. Su sustituta, *Eva la de verdad*, llevaba poco tiempo haciéndose con los mandos de *la fortaleza*. Era una tarde de otoño. Yo había abandonado mis apremios de reciente universitario para asistir a una representación del grupo teatral en el que Lucía se refugió en tiempos que se me antojaban lejanos. Aunque un viento frío nos golpeó el rostro al salir a la calle cuando terminó la obra, decidimos regresar andando a *la fortaleza*. Habíamos cruzado el pueblo y, tras dejar atrás el último prado, nos internábamos en el bosque, donde remolinos de hojas secas danzaban encima de nuestras cabezas, colisionaban con los troncos de los árboles y se precipitaban dispersos al suelo.

–Prométeme una cosa –le dije para quebrar el silencio denso que nos perseguía desde que echamos a andar.

Lucía me miró, interrogativa, embozada hasta la nariz por la bufanda.

–Que si al final te dedicas al teatro, no cogerás en tu declive a una jovencita como asistente. Mejor una vieja secundaria.

–No te preocupes –siguió la broma–: nunca seré actriz.

–No tienes dotes, la verdad. Eres demasiado sentida.

–Tampoco sirvo como pitonisa.

–Para eso algo más. A condición de que interpretes el futuro conforme a tus intuiciones y no a tus deseos.

–¿Todavía estás con eso?

–Has sido tú.

–Tienes razón: perdona. ¿Sabes cuál es mi fantasía? Largarme, desaparecer.

–Eso suena muy vago y es un tanto injusto.

–¿Injusto con quién?

–Conmigo.

–Podrías venir a verme allí donde esté.

–Gracias.

–Me gustaría que fuese un lugar muy lejano. Cerca del trópico y del mar. Alquilaría una casa colonial con vigas de madera y ventiladores en el techo.

–¿Y de qué vivirías?

–No seas prosaico. En los sueños no hay dinero. Podría hacer labores o enseñar a leer a los niños.

–¿Y no estarías un poco sola?

–Me llevaría a un novio que me hablara con los ojos, que fuera alegre y a quien, al cabo de un tiempo, no le importara tener media docena de hijos.

–¿No te basta con dos?

–Dos es un número peliagudo.

–No en las familias normales.

–Ninguna lo es. ¿Qué nos hace distintos a nosotros? ¿Haber crecido sin madre?

–Supongo.

–Hay familias que pasan penurias y que viven verdaderos dramas.

–Y el aislamiento. En Madrid probablemente nuestra vida habría sido otra. Por eso me sorprende que desees irte a un lugar aún más apartado.

–No lo entiendes. Te cuento una fantasía. Además, no creo que nuestra vida desde que murió mamá haya sido mala. Hemos sido felices.

–Felices y raros.

–No tan raros. Cualquiera de mi grupo de teatro es más raro que nosotros.

Lucía hablaba a través de la bufanda, y yo caminaba inclinado hacia ella para poder escucharla. En esta ocasión, para enfatizar sus palabras, había liberado momentáneamente la boca empujando hacia abajo la lana con un dedo. Dudaba de que estuviera convencida de lo que decía, pero no repliqué. Preferí hacer una broma.

–Parecemos dos viejos.

–¿Por?

–Dos viejos revisando el pasado.

–Quitando telarañas, quieres decir.

–Es una forma de decirlo.

–Si la gente supiera desprenderse de lo inútil conforme crece, no haría falta quitar telarañas. Nadie sufriría al venírsele el tiempo encima. Estaríamos vacunados contra la melancolía, que, supongo, es el principal mal de la vejez.

–Lo que te digo: dos viejos sentenciosos. Sobre todo tú.

–Perdóname, hoy estoy así. Debe de ser el frío.

–¿Y papá?

Lucía me miró sin entender.

–¿Qué harías con él si te marchases a tu casa de techos altos?

–Nada. ¿Qué querrías que hiciera?

–¿No vendrías a verlo?

–Que me visite él.

–Pero ¿no volverías nunca aquí?

–No hasta dentro de muchos años, cuando *la fortaleza* sea una ruina y papá esté sentado en una mecedora con una manta a cuadros.

–¿Te ocuparías de él?

–Esperaría que lo hicieras tú.

–¿Y si no pudiera?

–¿Quieres la verdad? Me desentendería. Lo metería en una residencia.

Lucía se había parado un instante para sonar más rotunda, vi el círculo de vaho por el que sus palabras atravesaban la bufanda y necesité variar el rumbo de la conversación.

–¿Y si solo quedase *Eva la de verdad*?

–Quemaría *la fortaleza* con ella dentro.

Sonreí.

–¿*Jane Eyre*?

–En *Jane Eyre* el incendio lo provoca la loca.

–Y en *Rebeca* el ama de llaves... Da igual. Haríamos un bonito fuego.

–¿Te imaginas? Saldría a la terraza a gritar, pero nadie la oiría.

Lucía iba a añadir algo, pero, al descubrir a un hombre vestido con un anorak rojo aproximarse desde el otro lado de la pista forestal, guardó silencio hasta que nos cruzamos con él. Después preguntó: *¿Has visto su cara?*, y sin esperar mi respuesta se lanzó a inventarle una vida, una familia, un oficio y un motivo para merodear con un tiempo tan desapacible por el bosque. Como antaño, cuando practicábamos ese juego camino del instituto, sus elucubraciones no se atuvieron a las mínimas convenciones del realismo. Mientras escuchaba divertido sus ocurrencias, tuve ganas de abrazarla y de susurrarle cuánto la quería. Luego me invadió el pensamiento triste de que por fuerza el futuro le depararía sufrimientos y me dije que, si alguno no era producto ni del azar ni de la fatalidad, me encargaría de matar a quien se los hubiese causado.

RENDIJAS, ISLAS

Hubo una época en la que conocía al detalle cuántas veces había viajado en avión, qué libros tenía y cuáles había leído; tal como años después llevaba la lista del número de mujeres con quienes me había acostado. Fue una etapa larga, la de la contabilidad exhaustiva. Los libros no cesaban de aumentar y mi memoria no fallaba. Entonces ni se me ocurría, pero ahora me doy cuenta de que al leer no estaba tan pendiente del libro como del hecho de leerlo. No me olvidaba de mí, y supongo que mi lectura era menos provechosa. Sin embargo, mi entrega era enorme, mi ansia superlativa. Qué extraño es ese momento en el que la vida se nos muestra tal como será y sin embargo no estamos familiarizados con ella, nos falta la costumbre. No tenemos afinadas las herramientas, y poder decir «he llegado» cuenta más que de verdad llegar.

Hasta muy avanzada mi etapa escolar, los niños de mi colegio sabíamos quiénes habían volado y quiénes no. Y yo los ganaba a todos. Mi iniciación debió de ser un viaje a Tánger, pero no me atrevería a asegurarlo: la contabilidad, antaño escrupulosa, se ha desdibujado. Sí recuerdo nítidamente una mañana en la que iba a tomar un avión con mi madre y nos cachearon antes de atravesar las puertas de la zona de embarque. Supongo que era inusual y que por eso se grabó en mi memoria. Por razones similares, ha perdurado un viaje a Ibiza en el que llevé un hámster en una bolsita de cuero donde había practicado unos orificios para permitirle respirar. Sostenía la bolsa en la mano, concentrado en evitar cualquier percance, hasta que la voz del comandante irrumpió inesperadamente por megafonía para conminar al niño que hubiera perdido un hámster a recogerlo en cabina. Apenas recuerdo mi sonrojo, las sonrisas de las azafatas, y mi titubeante caminar mientras obedecía. En cambio, conservo vívida la sensación que me había producido dar la vuelta a la bolsa de cuero, descubrir el agujero roído por el animal para escapar y solo entonces percibir su evidente pérdida de peso.

En esos tiempos mis padres todavía no se habían separado, pero yo me desplazaba con mi madre y no siempre mi padre nos esperaba allí adonde íbamos. Él era una presencia flotante que aparecía unos pocos días y el resto del tiempo viajaba solo o, por lo menos, no con nosotros, y nos enviaba

postales desde las islas griegas o lugares más remotos como la India o Tailandia. No sé con certeza qué pensaba yo de ello. Durante muchos años tendí a considerarlo normal. Ahora no estoy tan seguro de que fuera así. Conozco las estrategias con las que enterramos lo que más nos duele. O atraviesas las incertidumbres de la vida, aunque sea a costa de cerrar los ojos, o te recreas en el malestar. Pero el daño acaba por salir, también eso lo he aprendido.

Uno de mis recuerdos más recurrentes de los viajes infantiles en compañía de mi madre son los niños que de tanto en tanto veía viajar a cargo de una azafata con su nombre colgado del cuello en un letrero. Su mirada alerta, disparada en todas direcciones, me inspiraba sensaciones ambivalentes. Envidiaba los mimos que recibían y que los pilotos los invitaran con frecuencia a ver el aterrizaje en cabina, pero cuando los demás abandonábamos el avión y ellos debían esperar a que la tripulación terminase sus tareas para ser conducidos a tierra, no podía evitar compadecerlos. Temía verme en un futuro en sus mismas circunstancias, y que no hubiera nadie esperándome. No solo lo imaginaba. Era capaz de sentir la angustia y el desconsuelo como si realmente me estuviera sucediendo.

Con el tiempo, mis padres no fueron tan hábiles en disimular sus fricciones, y el período anual en que estas arreciaban eran mis vacaciones escolares. Durante el curso, las excusas para las constantes ausencias de mi padre resultaban digeribles: la rutina lo cubría todo, y, por otra parte, él no dejaba de venir a casa, tomándose la libertad de entrar y salir a su conveniencia. Luego comprobé que era su forma de cumplir conmigo, no con mi madre. En los veranos, por el contrario, las relaciones se erizaban. Mi padre cada vez se mostraba más reacio a pasar una parte en familia, tenía sus propios planes y decía estar dispuesto a reservarme un hueco, pero era evidente que le estorbaba mi madre. Las discusiones, aunque esquivas, tenían el fondo agrio. Fue a raíz de una de ellas cuando planteó que viajara a su encuentro con uno de esos temidos cartelitos colgado del cuello. Mi tozudez en el rechazo a tan simbólico paso, la de mi madre en imponer su presencia para protegerme y la escasa firmeza de él, seguro que interesada, contribuyeron a que se eclipsara casi por entero de mis veraneos, cosa acerca de la cual por supuesto comencé a llevar una rencorosa contabilidad.

Hubo rendijas, sí. Afortunadamente. Días raros del mes de julio, fines de semana aislados, cortos viajes que se sacaba de la manga para contentarme...

y si bien la conciencia de su excepcionalidad me dificultaba disfrutarlos plenamente, esos días me permitieron conocerlo mejor. Lo curioso es que yo no quería otra cosa que mostrarme alegre y relajado y sin embargo no lo conseguía. Una frustración semejante lo acuciaba a él. Se imponía el deber de entretenerme, me llevaba a sitios desconocidos o me empujaba a hacer cosas nuevas, y casi siempre lo decepcionaba. No quería tirarme desde el trampolín más alto de la piscina, me resistía a subir a un caballo o a una tabla de windsurf... Sin pretenderlo, boicoteaba sus buenos propósitos y, como es normal, cuando nos separábamos, se marchaba con pocas ganas de verme de nuevo. Tan triste y desconcertado como yo. Tal vez por ese motivo dejé de diseñar planes específicos para mí y me acoplé a los suyos. Íbamos de excursión con sus amigos, visitábamos las casas de sus novias, donde me dejaba viendo la televisión mientras se escabullía con ellas, o me llevaba a fiestas nocturnas de las que salía conmigo en brazos.

Hubo un verano, ignoro el motivo, durante el cual permaneció en Madrid más de lo acostumbrado. Debió de ser el de mis once o doce años. Nos vimos con asiduidad antes de que mi madre y yo nos fuéramos de vacaciones, y en una ocasión lo acompañé a la finca de un primo suyo del que nunca me había hablado. Según desgranó en el coche, pertenecía a la rama adinerada de la familia, pero, para disgusto de esta, no mostraba interés por los negocios sino que vivía de las rentas entregado a sus dos aficiones: los animales y volar en avioneta. Poseía infinidad de perros y de aves exóticas, serpientes e incluso una pareja de leones, y había mandado construir un pequeño aeródromo desde el cual despegaba a cualquier hora con una de sus tres avionetas. Mi padre hablaba con manifiesto cariño de su primo, que lo era en segundo grado, y las preguntas se amontonaban en mi cabeza sin darles salida: ¿por qué no había sabido antes de su existencia? ¿Vivía solo? ¿Habría otros niños? ¿Pretendería que montáramos en avioneta? ¿Estaban los leones enjaulados?

Recuerdo el calor e imagino nuestra ropa: la mía, pantaloncillos deportivos de color azul brillante, camiseta blanca y playeras Converse de medio caño; la de mi padre, tejanos, camisa floreada y sandalias de cuero. No presumo de la exactitud de mi memoria, en ambos casos se trataba de un frecuente uniforme veraniego. ¿Llevábamos equipaje? ¿Estaba previsto que nos quedáramos a dormir o se trató de una decisión de última hora? Como para tantas cuestiones, no tengo respuesta.

Llegamos poco antes del mediodía. Tras dejar la carretera, cogimos una

pista de tierra señalizada a ambos lados de su embocadura por sendos muretes de piedra. La casa, situada en un despejado valle, era una construcción en hormigón de una sola altura y forma poliédrica. Recordaba a propósito un panal de abejas, con celdillas unidas en número variable para formar los salones, los dormitorios, los baños..., y otras sin techar, separadas de las demás por cristalerías corredizas, que constituían ventilados patios. Guiados por personal de servicio, encontramos en uno de ellos al primo de mi padre. Estaba ante una mesa en la que había periódicos, restos de un desayuno y un cenicero con colillas. Nada más vernos, se incorporó para besarnos. Me sorprendió lo bajito y enjuto que era, y, a medida que lo pensaba, observé que llevaba una pulsera de pelo de elefante con engarce de plata igual a una que había llevado mi madre durante un tiempo. Debía de ser el detalle más llamativo de su vestimenta, ya que entonces no reparé en más. Se mostraba complacido de vernos, pero, intimidado, no le presté demasiada atención. En el camino hacia allí nos habíamos cruzado con dos hombres y una mujer que pasaron ante nosotros sin dirigirnos ni una mirada, y en uno de los salones, sentadas aquí y allá, había llegado a contar una docena de personas que, desentendidas unas de otras, fumaban, leían, se desperezaban o picaban de las viandas dispuestas en las mesas sobre doradas bandejas morunas. Notando mi extrañeza, mi padre me había susurrado:

–Tu tío es un príncipe, y todos los príncipes tienen su corte.

Creo que no capté su inocua ironía y que, para colmo, confundiendo *corte* con *harén*, durante unos segundos me pregunté si era de verdad su primo un príncipe y ese su harén. ¿Era posible tal cosa? No, no lo era. Mi padre bromeaba. Las mujeres no eran tantas. Habría tres o cuatro, y no aprecié que exudaran esas cualidades cuyos efervescentes efectos había aprendido a reconocer en él. Salvo por esto, y porque no imperaba ningún espíritu de celebración sino más bien una desidia compartida, el ambiente no difería mucho del decadente estertor de algunas fiestas a las que me había llevado antes, en las que acababa durmiéndome en cualquier rincón. La luz diurna era otra diferencia, igual que el decorado fastuoso: había entrevisto patios, como aquel donde nos hallábamos, convertidos en inmensas jaulas para pájaros, así como peceras y terrarios detrás de cada sofá.

–Querrás ver los leones... –aseveró, rotundo, nuestro anfitrión. Seguíamos de pie, y, antes de dirigirse a mí, había bromeado con mi padre acusándolo de

desapego. Mientras hablaban, me había fijado en que, además de la pulsera, lucía en la misma mano un anillo de oro con forma de sello.

Cuando salíamos, el primo de mi padre se hizo traer dos galgos afganos y, desde que agarró la correa bífida que los unía, como si él mismo estuviera impaciente, asumió la tarea de enseñarme todo cuanto un niño ansiaría ver: nos llevó a las perreras, abrió las puertas y se arrodilló para dejarse lamer por los alborozados perros; nos llevó a una zona vallada alrededor de un túmulo de ladrillo donde dormitaban un león y una leona; nos llevó a una especie de invernadero de cristal en cuyo interior había un estanque con un cocodrilo; nos llevó a la piscina, excavada en el suelo a imitación de una laguna aprovechando el perímetro de varios bloques graníticos de los que abundaban en la finca; y terminamos el paseo en el aeródromo. Temía que nos invitara a volar y, en efecto, no tardó en hacerlo. Yo no respondí, y aunque inicialmente mi padre guardó silencio, noté sin necesidad de mirarlo que nada le apetecía más y que había fantaseado con ello desde antes de tomar la decisión de visitar a su primo. También noté que no era insensible a mi aprensión y por eso agradecí que, tras acariciarme la cabeza, declinara el ofrecimiento.

–Otro día –dijo.

Pudo haberme dejado en tierra y haber ido él, pudo ponerme como pretexto e incluso mofarse de mí, pero optó por demorar la decisión hasta un improbable futuro en el cual yo no lo acompañara. Una negativa cortés, pero una negativa al fin. Pocas veces en esos años atribulados lo había sentido tan cerca, y algo que sucedió después no hizo sino reafirmar mi impresión. Estábamos todavía en la pista, nadie había vuelto a hablar. Entonces, como si quisiera alejar de sí la tentación, dio la espalda al hangar donde se guardaban las avionetas y balbuceó:

–Habrá que ir a la piscina.

¿Es posible que dijera eso? *Habrá que ir a la piscina*. Así formulada, la propuesta no sonaba bien. De pronto lo vi como a un niño al que han arrebatado su juguete favorito y no sabe con qué más entretenerse. Su renuncia, que había tomado como un gesto protector, cobró mayor magnitud; tanta como para estar dispuesto a hacer de tripas corazón y subirme a la avioneta. Me frené por cobardía y, sobre todo, porque, siendo la decisión suya, y ya que había tenido la delicadeza de no exponerme, consideré feo desdecirlo.

De regreso a la piscina, mi padre se dio cuenta de que no llevábamos

bañadores. Aunque en la casa los había disponibles para él, no los tenían de niño. En consecuencia, decretó que no importaba y que nos bañaríamos desnudos. A pesar de que la idea me incomodaba, no opuse objeciones; no interferiría de nuevo en sus caprichos. Con el alivio risueño de quien concluye una misión, su primo nos animó a disfrutar del agua y desapareció con los afganos. Durante un rato nadamos a solas, mi padre entretenido en explorar los recovecos de la piscina, alabando su diseño rocoso, taponando con su cuerpo el caño por el que fluía el agua, dejándose arrastrar por la espumosa corriente, animándome a subir a las piedras y a lanzarme desde ellas... Luego vi venir por el camino de la casa a un hombre vestido de blanco que avanzaba en zigzag como si bailara o eligiera las losas donde pisar. Tenía el pelo canoso afeitado al ras y una cuidada barba. Sus ojos, que posó unos instantes en nosotros antes de desnudarse y de echarse en una tumbona, tenían la turbadora fijeza de los de algunas rapaces, o tal vez fuera su mentón afilado lo que me hizo pensar en ellas. No fue el único en animarse. Antes de que mi padre diera por terminado el baño, llegaron como espectros aturdidos por el sol algunos invitados de los que habíamos visto en la casa. Una pareja joven, pálida y ojerosa, a la que seguía un muchacho alto y encorvado que me sonrió al cruzar conmigo su mirada; una mujer vestida con chilaba y pamela; dos hombres que conversaban en voz baja, como si cuchichearan... Estoy seguro de que fueron más, pero su recuerdo no ha perdurado. Unos que llevaban puesto el bañador se lo quitaron al vernos, y otros directamente no lo llevaban. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían allí? ¿Acostumbraba el primo de mi padre a tener su casa llena? ¿Lo necesitaba? ¿Por eso también los animales, la desmesura de las jaulas y las peceras? ¿Se aburría? Todas estas preguntas y otras parecidas reverberaban en mi cabeza mientras mi padre continuaba con sus juegos y me perseguía para salpicarme o simular que me hacía aguadillas. Más tarde he sabido que el tedio crónico es una afección que cala en sus víctimas con independencia de sus medios y he conocido asimismo el apetito omnívoro de quienes, como parásitos, se nutren de los desechos de otros. Ese mediodía, cercana ya la hora del almuerzo, tuve un atisbo de ello y enseguida mis pensamientos me llevaron a mi propio padre, a su inquietud constante, a sus viajes eternos, a su frenética actividad amorosa.

Hay ocasiones a lo largo de la infancia en las que nos es posible colocarnos por encima de quienes nos engendraron y tenemos la facultad de verlos tal como son, sin la veladura de la distancia generacional. Cuando estaba con mi

padre, por lo común echaba de menos a mi madre, pues con ella sí había experimentado ese poder. La conocía y podía juzgarla. A mi padre no tanto, y por eso me intimidaba. La visita a casa de su primo no abolió todas las barreras, apenas fue una isla que se sumó a otras que al cabo de los años conformarían un archipiélago donde hallé acomodo para tanto dolor como nos infligimos, para las incomprensiones, para las faltas compartidas... Apenas fue una isla, pero fue la primera de la cual guardo recuerdo; ahí reside su importancia. Por lo visto, igual que alguna gente necesitaba ser entretenida, había otra, como mi padre, que no sabía estarse quieta. ¿No explicaba esa conmovedora debilidad sus carencias? ¿No me otorgaba la conciencia de ello cierta obligación de perdonar?

Llegada la noche, compartimos cama en el cuarto de huéspedes que nos asignaron. Mi padre tardó en unírseme. Mientras lo esperaba, pensé en los descubrimientos del día, en su extraño primo, en él. A ambos les faltaba algo que probablemente no encontrarían nunca. Por supuesto, no logré representarme el drama de un vacío así, no lo consideré una amenaza. Solo sentí orgullo por haber dado con una clave que intuía importante y caí dormido con una desconocida sensación de sosiego.

Cuando al cabo del tiempo el primo de mi padre se perdió en el mar a bordo de una avioneta, nadie pensó, sin embargo, que hubiese sido un accidente.

Pero eso sucedió varios años después, en una época en la que mi padre había encontrado su propia fórmula para doblegarse. Entonces ya no viajaba, vivía con una mujer que lo ataba en corto y había empezado a comer demasiado.

ABRIR VENTANAS

Las cosas no estaban saliendo conforme a lo planeado. Por la mañana había malgastado el tiempo ante el ordenador sin lograr escribir dos frases con una mínima convicción. Elena, mi hija adolescente, entró en el estudio cuando ya había desistido.

–¿Qué haces?

Tuve que decirlo, no me quedaba otra:

–Pensar.

Elena ha recibido en herencia por los dos lados el gen MC1R, lo cual significa que es pelirroja. Pocos saben que los pelirrojos tienen otras características que los singularizan, además del pelo, las pecas y la piel pálida. Su umbral de resistencia a los cambios térmicos es más bajo y necesitan mayores dosis de anestesia. Asimismo son infrecuentes entre ellos los ojos azules. Tanto que a quienes, como Elena, contravienen la estadística, se les consideraba en las culturas nórdicas portadores de buena suerte. Quizá por eso siempre se ha creído especial. A diferencia de mí, jamás se deja vencer. Tiene una envidiable seguridad en sí misma y me atrevo a calificarla de terca, aunque también es infantil y no se permitiría hacer un desplante. Se enfada, por supuesto, pero no conoce la ironía.

–He comido. Me voy a dar una vuelta.

Dos frases, dos perdigones de tan apurada economía que quedaba fuera de lugar pedirle un beso, lo mismo que preguntarle adónde iba. De pequeña quería saber cómo iban mis libros, y sus ojos mostraban un brillo de orgullo al referirse a mi oficio. Ahora, cuando la descubro mirándome, siento que ninguno de mis secretos escapa a su escrutinio.

La madre de Elena decía que no debíamos confiar en su invulnerabilidad de ninfa, que en la aguda conciencia de su rareza residía su fuerza y también su principal debilidad, y que la gente así no soporta las grandes crisis cuando llegan. Procuero no olvidarlo.

Dos horas y pico después hablaba de todo y de nada con nuestro vecino, al que a menudo acompaño en sus largos paseos con el perro.

La condición de forastero en un pueblo pequeño es permanente y, hasta que lo descubrimos, las fases son similares para todos: la etapa del aterrizaje en la que auscultamos el lugar, la etapa en la cual nos esforzamos en ser aceptados y la etapa de las primeras decepciones. Al lado de un forastero quejoso hay por lo general un lugareño renegado que alienta su desafecto, y este habría sido el caso de Claudio si mi desengaño no hubiera residido tanto en el exterior como en el interior de mí mismo y su laboriosa desmitificación del entorno no hubiese resbalado en mis oídos al vaivén de un malestar más profundo. Ni mi vida estaba efectivamente allí ni sabía, por lo demás, dónde se hallaba.

Caminábamos de vuelta. Era el verano en que el Ejército Islámico comenzó a decapitar rehenes en el desierto, pero Claudio y yo estábamos llegando a esa edad en la que cualquier acontecimiento parece una repetición cansina de vicisitudes conocidas y el asunto apenas nos había arrancado un comentario estremecido. Claudio vivía desde hacía pocos meses con la mujer de su hermano y el hijo de ambos. Una situación entendía que difícil, sobre la cual él no hablaba y yo no preguntaba. Desde que me había aficionado a acompañarlo en sus caminatas, nos reuníamos después de cenar y, dependiendo del ánimo, elegíamos entre subir al monte o hacer el camino del faro. Ese día nos habíamos decidido por la primera opción, que era la larga, a cambio de adelantar la salida unas horas. Se celebraba San Samuel, el patrón del pueblo, y habría supuesto una afrenta llegar tarde a unos festejos que este año sumaban al acostumbrado espectáculo musical un concurso gastronómico y la representación de una obra a cargo del grupo de teatro del instituto donde estudiaba Elena.

—Hoy habrá mucha gente pendiente de tu hija.

Claudio demostraba escasas simpatías por Elena. Fuera de su casa, territorio vedado acerca del que me era imposible conjeturar, cumplía el arquetipo de hombre hecho a sí mismo: por lo general intransigente con cualquier comportamiento juvenil susceptible de calificarse como débil o abusivo.

—¿Por qué lo dices?

—Ahora mismo ella y otros tres son la comidilla.

Si bien nadie me lo había dicho tan claramente, no era el primero en alertarme. Elena se había encaprichado de un chico que no la correspondía y que a su vez estaba enamorado de su mejor amiga, la cual, tras un breve

noviazgo, lo había cambiado por otro. En un guión de los que solía vender a la televisión, la historia solo habría tenido dos desenlaces posibles según optase por el drama o la comedia. Por fortuna, en la vida el abanico no suele ser tan reducido. Mi único motivo de preocupación era la terquedad de Elena, que la exponía demasiado, y sobre eso, supongo, trataba de alertarme Claudio.

—¿Ha pasado algo que deba saber?

—No por ahora.

La fiesta tenía lugar en la pradera de la ermita. Había un escenario, dos puestos de bebidas y mesas de madera donde se servían embutidos y queso. María, la farmacéutica, me miró desde una de ellas. Dos años antes, al poco de instalarme, nos habíamos acostado un par de veces y ahora era la única persona que tenía por mí una inquina declarada. Su marido también me miró, aunque en su caso lo hizo sonriente e inescrutable. Me pregunté cuál habría sido mi actitud de ser yo él. Mi experiencia con el adulterio era abultada, pero, hasta donde conocía, yo siempre había ocupado el mismo lado. Oscar Wilde escribió que «el amor comienza por engañarse a uno mismo y a veces logra engañar al otro». En lo que a mí toca, creo que sería más exacto invertir los términos.

—Qué considerado: te has vestido para la ocasión —me espetó Claudio, que llevaba el mismo cortavientos y los mismos vaqueros embarrados con los que había salido a pasear.

—Ya sabes que tengo menos libertad que vosotros. A mí se me escudriña más cuidadosamente.

Me había cambiado de pantalones y zapatos, y me había puesto la americana de lana fría que la madre de Elena llamaba mi *uniforme veraniego*. La compramos juntos, al principio de conocernos, en un viaje a Londres, y la había vestido en infinidad de ocasiones compartidas con ella. Cuando murió la relegué a un rincón de mi armario. Es extraño que los mismos recuerdos que durante el duelo nos hacen rehuir ciertos objetos, acabado este sean un acicate para recuperarlos.

—¿Has visto a Elena? —pregunté.

—No —dijo Claudio—. Pero estoy buscando a mi sobrino por encargo de su madre y no me cuesta incorporarla a mis pesquisas. ¿Le digo algo cuando la vea?

–Basta con que me pases el informe.

–A sus órdenes.

Acto seguido, se volvió con gesto burlón y desapareció entre la multitud que acudía a la llamada del alcalde desde el escenario. Mientras se alejaba pensé en las esclusas mediante las que acotamos nuestros afectos. Tenía amigos a quienes llevaba años sin ver, y con los cuales difícilmente volvería a tener la familiaridad de antaño, pero que sin embargo formaban parte de mi vida de un modo más indisoluble que recién llegados como él, a quienes ya solo consideraría meros figurantes. Y algo parecido cabía decir del resto de las cosas. Con frecuencia nos aferramos a lo que fuimos sin dar entrada cabal a lo nuevo. ¿Qué metas sustituyen a las que quedaron obsoletas? ¿Con qué ideales nos quedamos tras el despojo de los antiguos? Juzgado en esos términos, el transcurso del tiempo es aterrador: a medida que reduce nuestro equipaje, nos aleja de nosotros mismos. Una pésima enseñanza para los hijos, que debieran conocer el esplendor de sus padres, no sus derrotas. Los hijos merecen creer que las ilusiones no se consumen, que aquello que somos, sea lo que sea, es un valor seguro con el que no regateamos a medida que nuestro brío mengua.

El alcalde, tras terminar el parlamento de bienvenida, llamó al escenario a los jurados del concurso gastronómico y les vendó los ojos conforme ocupaban su puesto. Detrás subieron los participantes. Una de ellos la farmacéutica, que tropezó en el último escalón y estuvo a punto de dejar caer su guiso. ¿Por qué la elegí a ella y no a otra? Salvo la sospecha de que no sería rechazado, carecía de motivos. Qué vanidoso juego el de la seducción, que se agota ya consumada y solo deja tras de sí penuria moral y endebles propósitos de enmienda. Iba a darme la vuelta para ir por bebida cuando vi a Elena pasando a mi lado. Caminaba deprisa, pero aun así alcancé a retenerla tomándola del hombro.

–¿Qué pasa? –preguntó. Su voz sonó contrariada, sus ojos no se quedaron quietos. Una fugaz arruga en su frente hizo que sus cejas naranjas parecieran de pronto más próximas.

–¿No te apetece pasar un rato conmigo?

Durante su infancia había sido constante mi temor a abandonarla antes de tiempo, a morir prematuramente. Sin embargo, nunca había contemplado la posibilidad de quedarme solo a su cargo.

–Ahora no, papá. Me esperan.

Como para aseverarlo, Elena se sacudió mi mano del hombro y dio un paso hacia atrás. Llevaba un tiempo pintándose los ojos y las uñas. ¿Cómo procedían las madres con sus hijas? ¿Se atrevían a sugerirles que se arreglaban demasiado? ¿Les aconsejaban no perseguir a ningún chico? ¿Se lo prohibían si el elegido tenía el corazón ocupado?

–Como quieras. Pero no me olvides.

Sin yo esperarlo, vino hacia mí y me besó.

–Qué tontería. Pues claro que no te olvido.

Había intentado hacerle un guiño cómplice y el resultado había superado mis expectativas. Luego, como si su gesto de cariño hubiese sido la última penitencia para recobrar la libertad, se escabulló y ya solo pude ver su espalda alejándose. Tenía un caminar parecido al de su madre, enérgico y algo descoyuntado. Hubiera dado casi cualquier cosa a cambio de que encontrase lo que perseguía. Si de verdad era ese chico, qué importaba. Mi única hija no se merecía el desaire de sufrimientos superfluos. Unos meses antes, al cumplirse el segundo aniversario de la muerte de su madre, le había preguntado si la echaba de menos. Su respuesta fue al mismo tiempo tranquilizadora y desasosegante.

–Mamá no está muerta –dijo–. Está en mi interior.

Desde muy pequeña, Elena se habituó a presenciar discusiones entre su madre y yo que jamás debió presenciar. Con evidente desconsideración, la hicimos partícipe de cada crisis. Me había visto salir de casa con portazos y no regresar en días, había oído a su madre recriminarme infidelidades y casi cualquier cosa –injusta o no– que le sirviera para devolverme el daño. Las consecuencias fueron inquietantes. Con cinco años nos pasaba a diario el parte médico de una amiga imaginaria a la que hizo agonizar durante meses. Con ocho, nos había regalado semanas de zozobra después de que la jaula de su periquito apareciera inexplicablemente abierta y vacía. Más tarde, todo mejoró. La separación, que parecía inexorable, no se produjo. El amor la evitó, pero ese amor, aunque mayor que los obstáculos que su madre y yo le opusimos, no tuvo expresiones tan rotundas como las palabras con que lo habíamos cuestionado. Para quienes no participan directamente de sus entresijos, al amor lo corrobora el tiempo, y nosotros no habíamos tenido el suficiente. Podía estimarse un milagro que Elena no albergara rencor. Habíamos confiado demasiadas cosas a su entendimiento. ¿Las había comprendido? La realidad, escurridiza, me proporcionaba señales equívocas.

Entre tanto, Elena se había dirigido al extremo más alejado de la pradera donde se celebraba la fiesta y allí su rastro rojizo se había diluido entre las sombras dispersas de un copioso grupo de jóvenes que aguardaba el comienzo del concierto; los jurados del concurso deliberaban y yo me había acercado a una de las barras.

–Es maravilloso veros juntos. Parecéis tener muy buena relación.

Quien me hablaba era la cuñada de Claudio. Le había pedido una cerveza sin reconocerla debido a que llevaba el pelo recogido bajo una cofia. Nuestro trato, como revelaba mi despiste, era escaso. Hasta la muerte de su marido vivía con este y su hijo en el pueblo de donde provenía, y desde que por motivos económicos poco claros había acabado en casa de Claudio, no solíamos coincidir.

–Gracias.

–¿Te ha dicho Claudio que quiero que aconsejes a Amleto?

Amleto era su hijo. Al parecer ella y su marido habían pasado en Roma la luna de miel y habían vuelto con ese dudoso obsequio para su futuro vástago.

–Sí –mentí.

–Todo su dinero se lo gasta en libros. Es muy sensible. Creo que conocer a un verdadero escritor podría serle de ayuda.

Ahí estaba de nuevo la acusación: escritor. No pasaba un día sin que alguien la enunciara. Un recordatorio, formulado con la mejor intención, que en teoría debía halagarme.

–Dile que venga a mi casa.

Pero no renegaba. Pese al dique seco, tenía claro que casi todo aquello de lo que me sentía orgulloso, aparte de Elena, se lo debía a la escritura. Simplemente las excusas con las que intentaba justificar mi poco rendimiento ya no me valían, las había ensayado todas. Y para colmo tenía la sensación de haber actuado egoístamente en la búsqueda de soluciones. Me refiero a nuestra marcha de la ciudad, que había decidido pensando más en mí que en Elena.

–Se lo diré, aunque es probable que no se atreva. Mejor sería que vinierais tú y tu hija a la nuestra. No entiendo por qué ella y Amleto no se han hecho amigos.

Mi hija no quiere huérfanos. Mi hija está ahora en el bosque persiguiendo a un gañán que no la quiere. Mi hija es una maravillosa tozuda que prefiere tapar un dolor con otro dolor, y yo debería llevármela de aquí y darle algo

mejor que lo que le estoy dando. Pensé todo lo anterior como lo he transcrito, pero no lo dije. En lugar de eso, le propuse un día para visitarlos en su casa y a continuación cogí la cerveza y, tras comprobar que la farmacéutica había sido eliminada y que la cosa se dirimía entre dos finalistas, me marché fingiendo interés por lo que sucedía en el escenario. Justo cuando me alejaba, tropecé con Claudio, que venía en sentido contrario.

–Elena está en la fuente –me dijo–. Ni te imaginas el guirigay adolescente que hay allí. Es imposible dar un paso sin tropezar con una parejita. Pero por ella no sufras. Lo suyo es más bien un trío.

–¿Sois siempre así de graciosos en los pueblos?

–Lo digo en serio –replicó–. Yo diría que se ha producido un cambio imprevisto en la partida y que ahora el juego es más favorable a sus intereses. El donjuán principal parece dudar entre las dos damitas, y es el otro el que anda desesperado. De todas formas, no te hagas ilusiones.

Claudio sonrió y yo me limité a dar un sorbo a la cerveza. Si bien una parte de mí agradecía la información, la otra sentía tedio y pudor. Aunque como escritor me alimentara de historias reales, me resistía a hablar de intimidades ajenas desde que mi matrimonio había estado a punto de zozobrar por culpa de lenguas no tan escrupulosas. El miedo a las habladurías había influido asimismo en mi decisión de cortar mi brevísimo *affaire* con la farmacéutica: no quería de ningún modo que Elena se enterara. Había sido inútil, imagino. Claudio no era peligroso en ese sentido, pero me molestaba su desparpajo por el contraste con el mutismo con que protegía sus propios asuntos.

–He tenido suerte con Elena, pero en cambio no he visto a mi sobrino –añadió Claudio–. Voy a decírselo a su madre y vuelvo.

–Acabo de estar con ella. No sabía que atendiera el puesto de bebidas.

–Oh, sí, bueno –titubeó–. Ya sabes: supongo que es parte de su campaña para que la acepten en el pueblo.

Esta vez Claudio no esperó mi respuesta, una señal de que según sus estándares había dicho demasiado. Echó a andar apresurado y yo proseguí mi camino hasta la explanada frente al escenario. Acababan de proclamar a la alborozada vencedora del concurso y el micrófono volvía a estar en manos del alcalde, que exhortaba a los vecinos a tener paciencia. Antes de que comenzara el concierto, recordó, se celebraría una pequeña representación teatral a cargo de algunos muchachos del pueblo.

–¡Menudo rollo! –vociferó alguien a mi lado.

–¡Menudo rollo, sí! –corroboraron varias voces en cadena.

Contradiciendo las muestras de desgana, muchos de quienes habían terminado de cenar comenzaron, diligentes, a abandonar las mesas de madera y se situaron frente al tablado portátil, donde el alcalde acababa de ceder el lugar a dos chicos atareados en disponer los enseres de un precario decorado: un tresillo, una lámpara de pantalla... Otros chicos se incorporaron al público, en pequeños grupos, desde la zona apartada por la que se había ido Elena. En una farola, un enjambre de polillas se golpeaba contra la luz. Claudio seguía en el puesto de bebidas atendido por su cuñada. Predominaba cierta expectación, no exenta de curiosidad, que se traducía en un runrún festivo y dicharachero. No obstante, la mayoría no pareció apercibirse cuando los aprendices de tramoyista abandonaron el escenario y, tras una pausa, comenzó la primera escena: un joven caracterizado de niño jugaba tirado en la alfombra con un avión mientras una pareja de su misma edad, tal vez los padres, se hacía arrumacos en un sofá próximo.

–*Dime que me quieres, dime que esto no se va a acabar.*

–*Pero ¿qué vamos a hacer? Hay que decidir algo.*

–Joder, ¿qué está haciendo ahí Amleto? –preguntó Claudio, que se había puesto a mi lado y me ofrecía una cerveza y jamón en un plato de cartón.

Yo había descubierto la cabellera roja de Elena deambulando entre el público y llevaba unos segundos pendiente de si se quedaba en la función o volvía a marcharse, así que no había visto que el sobrino de Claudio había subido a las tablas y se mantenía en un rincón. Su postura erguida no ofrecía dudas de que su aparición estaba escrita.

–¿No lo sabías? –pregunté, agachándome para dejar en el suelo el casco de mi cerveza.

Claudio se demoró en responder.

–Su madre lleva días notando que sale más de lo habitual.

–Habrás querido daros una sorpresa. –Dije lo obvio, que no era lo más adecuado, porque fue lo primero que se me ocurrió. A través de un hueco entre la gente vi que Elena había encontrado acomodo con sus amigos tres o cuatro filas por delante y miraba la representación al lado del chico que le gustaba.

Un ruido de pasos mal calibrado atronó desde los altavoces.

–*¡Deprisa! Tienes que irte.*

La pareja del sofá se había levantado y corría hacia un lateral, donde

enseguida ella simuló levantar una ventana de guillotina por la que su compañero salió justo antes de que un segundo actor, haciendo el gesto de empujar la hoja de una puerta, irrumpiera en la estancia. Lo que aparentaba ser una plácida escena familiar se transformó así en una grosera escena de adulterio. Para redondear el cliché, la mujer se apresuró a recibir al recién llegado, que, ignorante de lo que había interrumpido, se dejó avasallar satisfecho.

–*Siéntate, descansa. Voy a prepararte una cena.*

–¿Y el niño? –preguntó Claudio, sarcástico y absorto–. Todo el mundo se ha olvidado del niño.

La observación no era trivial. La madre multiplicaba las atenciones a su probable marido, mirando de vez en cuando la ventana por la que había escapado su amante, y el niño seguía ensimismado con el avión de juguete sin que fuera posible distinguir si su obstinación respondía a un olvido del actor o estaba, al contrario, dirigida. Quedó en evidencia que era esto último cuando el personaje de Amleto, todavía mudo, avanzó un paso hacia el interior de la escena. A continuación, el actor que hacía de niño abandonó su pose infantil y se irguió y el que hacía de padre se tumbó en el suelo como un muerto recién amortajado mientras la esposa/madre, ahora con un chal que pretendía simbolizar el transcurso del tiempo, simulaba llorar.

Salvo nosotros y unos pocos entre los que se contaba Elena, nadie miraba la obra. Probablemente no faltarían los notarios aficionados que la archivaran en la memoria del pueblo, pero en ese momento nadie parecía seguirla. Había grupos de jóvenes comedores de pipas y de adultos charlando, y solitarios que hacían la ronda parándose con unos y otros. Le dije a Claudio que el niño había crecido pero no respondió; su sarcasmo quedaba lejos, vagaba a trasmano. Imaginé que no tardaría en reaparecer el amante y por supuesto fue así. Antes se había ido el cadáver andando y habían quedado sobre las tablas el hijo y la madre. Su modo de regresar a escena traía un golpe de efecto que proyectó la acción al futuro: entró con su llave repitiendo los mismos gestos del marido muerto. Claudio no decía nada, el universo había enmudecido y Elena tampoco se pronunciaba. Ni miraba alrededor para buscarme ni sus movimientos, observados a distancia, revelaban señal de inquietud. En eso, llegó lo que todos esperábamos: el discurso de Amleto. Caminó despacio hacia el centro del escenario, cogió una silla y se sentó de frente al público apoyando el pecho en el respaldo:

–Madre, me acuerdo de todo. De lo tuyo y lo mío. No debiste convertirme en tu cómplice. ¿Era necesario? Ahora sabría lo mismo, pero tendría otros recuerdos. ¿Qué crees que sentía él? ¿Fueron por mí todos esos años de clandestinidad en los que yo veía y escuchaba? Lo que voy a decir no está preparado. Nadie ha abusado de nosotros, no hemos sido maltratados. He comido cereales con leche por las mañanas y todos los días había alguien esperándome a la puerta del colegio. Me di cuenta de que tenía bigote el invierno de hace dos años. Desde entonces me afeito, al principio con tijeras y de un tiempo a esta parte con maquinilla. Ocurre que no puedo acordarme del día en que papá se rió al verme con las tijeras sin acordarme de que ese día también estuve entreteniéndolo mientras tú te despedías en la habitación del jardín. Por la mañana aún se veían las huellas en el rosal. No pasa nada: alguien rastrilló la tierra días después. Pocas cosas no permanecen inalteradas. Lo que nos importa hoy no es lo mismo que nos importará mañana. Puedo hacerme una idea de cómo lo recordaré dentro de treinta años. Con distancia. Sin embargo, no es posible arrancar de raíz el recuerdo. Ese es tu crimen.

Amleto enfatizó la última frase y guardó silencio. Era un silencio retórico. Además de su inmovilidad, así lo indicaban sus ojos, que mantenía muy abiertos. El alcalde había regresado al estrado y aguardaba que terminase. Miré intrigado a Claudio cuando, alzado sobre los tobillos, parecía buscar un mejor ángulo desde el cual observar el puesto de las bebidas. Su mirada resbaló en la mía sin tocarla, imposible saber si porque me evitó o porque no llegó a percatarse. El romance de Elena progresaba. La otra pareja se había escabullido y ella se había quedado a solas con el chico. Lo que nos importa hoy no nos importará necesariamente mañana. El mañana trae nuevas preocupaciones que envejecen las de ayer. No lo juzgaba del todo cierto, pero era mejor confiarse a esa idea, aunque imperfecta, que arriesgarse a perder lo bueno que el presente nos regala.

Alguien en el público gritó «que empiece ya la música» y otras voces lo secundaron. Para entonces Amleto se había levantado de la silla igual de parsimonioso que como había llegado. De pie, con las manos en los bolsillos, afrontó la última parte del monólogo.

–Madre, mi experiencia es escasa. No sé qué se puede hacer con las faltas cometidas, pero imagino que hay momentos en que la única salida es hacer un paquete con ellas y arrojarlas a un río. Tu proceder ha sido el contrario.

Has construido un monumento y, agarrada a él, te has sostenido a flote achicando el espacio entre nosotros sin darte cuenta de que ya no quedaba sitio para el misterio ni para la alegría. Actuando así has perpetuado aquello que querías borrar y de paso has sido injusta con aquel a quien amas. Has creído que, por compartir la cama, ya lo compartíais todo. Madre, no nos sobra el tiempo. Alivia tu presión sobre mí y libéranos a los tres. No me obligues a salvarme yo solo, no me empujes a calmar tu remordimiento con el mío.

Tras lanzar una inexpresiva mirada al público, Amleto se dio la vuelta y descendió del entarimado.

–No he oído. ¿Qué ha dicho? –me preguntó Claudio.

El alcalde pedía un aplauso para los actores.

–Que no lo obligue a calmar su remordimiento con el suyo.

–¿El de quién?

Pensé en decir «el de la madre», pero sin querer cedí a un impulso menos considerado. Amleto estaba de vuelta, cogido de las manos con el resto del elenco. Elena aplaudía, silbaba y aplaudía. Quería verla de frente, sondear su mirada. Al fin y al cabo a lo mejor era posible vivir como ella deseaba, con levedad.

–El de tu cuñada –murmuré.

Aunque Claudio acusó mi atrevimiento de inmediato, su ademán no fue de contrariedad sino de extrañeza. Aguardó un instante, como si calculara qué decirme, y optó por el regate.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó–. ¿Te quedas en el concierto?

–Un rato –contesté–. ¿Tú?

–No lo sé. Creo que me voy a casa.

Elena ya no aplaudía y su amigo aprovechó el *impasse* para robarle un beso. Rieron. Luego Elena lo tomó de la mano y se dispusieron a marcharse. Claudio me había dado una segunda oportunidad y no la desdeñé.

–¿No es mejor que vayas con ella? –inquirí, apuntando con la barbilla hacia el puesto de bebidas atendido por su cuñada. Los músicos se afanaban en poner a punto sus instrumentos, Elena y el chico caminaban a contracorriente de quienes acudían a los primeros acordes. Antes de un minuto, si no se desviaban, pasarían a nuestro lado. Lo que se hace en un minuto, lo que se decide y también lo que se dice, puede durar para siempre. Actuar como si solo dispusiéramos de ese tiempo para ser juzgados acaso sea

el mejor servicio que podemos brindar a quienes nos rodean y a nosotros mismos.

–Tienes razón –contestó Claudio por sorpresa.

Moví la lengua dentro de la boca, inflé los carrillos, desentumecí los músculos de la cara, sonreí. Elena me había visto y, en lugar de rehuirme, venía hacia mí sin avergonzarse de llevar la mano cautiva. Ver a un hijo crecer es contemplar la vida en movimiento. Apartarse de la vida para escribir sobre ella es la curiosa paradoja donde habitan los escritores. Había que abrir las ventanas y dejar que la vida entrara. No solo porque el espectáculo mereciera la pena: sin convertir el agua y la savia y el aire y la sangre en tinta era difícil lograr algo realmente bueno.

–Aunque me tienta ir antes en busca de mi sobrino –añadió Claudio con una leve inflexión irónica–. Que llamándose Amleto se haya atrevido a perpetrar este esperpento merece una reprimenda.

–A mí me ha gustado –intervino tajante Elena, que por fin había llegado a nuestra altura.

La orquesta estaba lista, el cantante pronunciaba las palabras de salutación preceptivas mientras los instrumentistas interpretaban en sordina la melodía con la que arrancarían el concierto; un repentino olor a humedad, como de tormenta, impregnaba la brisa procedente del monte.

–No es que no me haya gustado, lo digo por su nombre... –insistió Claudio, sin atinar a explicarse.

A pesar de la notoria felicidad que le procuraba la compañía de su amigo, Elena había mirado a Claudio con impaciencia, y quise sacarlo del embrollo:

–Amleto es el nombre en italiano del príncipe más famoso de Dinamarca.

Los ojos de Elena, dos linternas azules en un bosque en llamas, se pararon apenas unos segundos para procesar la información. Detrás de ella, rezagados de casi todas las edades corrían a las barras para aprovisionarse de bebida.

–Que, por cierto, también tuvo la debilidad de representar una obra de teatro para su madre y su tío.

Si Claudio recibió el golpe involuntario contenido en el *también*, no lo hizo visible. Después de pronunciar la última frase, di un beso a Elena, agarré el plato de papel con el jamón casi intacto, así la botella de cerveza que Claudio sujetaba, petrificado, desde su llegada, y me agaché para recoger la mía. «Venga, marchaos cada uno a lo vuestro», dije tras incorporarme. Como ninguno se movió, esboqué una elocuente sonrisa a modo de despedida y me

alejé en busca de una papelera. Las estrellas estaban cubiertas por una densa capa de nubes pero no parecía que fuera a llover. Por segunda vez en la noche tuve el presentimiento de que la madre de Elena no podía andar muy lejos y me sentí en paz.

UN REFUGIO IMPREVISTO

Vivíamos a las afueras en una urbanización formada por diez bloques iguales de viviendas. Disponíamos de un gran jardín comunal, y en una zona acotada, de un club deportivo con piscina olímpica, cancha de baloncesto y tres o cuatro pistas de frontón y tenis. Entonces, mediados de los años setenta, ese tipo de promociones inmobiliarias que hoy proliferan en casi todos los suburbios no abundaban tanto. Era un barrio acomodado. Había un garaje subterráneo con dos plazas de aparcamiento previstas para cada vecino y una gran central térmica, también subterránea, que alimentaba de agua caliente los radiadores y los grifos de las casas. La chimenea metálica por la que se liberaba el vapor de la combustión era visible en la fachada trasera del edificio vecino del nuestro. Como el colegio público al que la mayoría de los niños acudíamos, un colegio abierto a propósito para cubrir nuestras necesidades, se erigía en un solar anexo a la colonia, no necesitábamos transporte para ir a clase. Nos llevaban y recogían las muchachas de casa o íbamos solos, cuando ya tuvimos edad. El resultado es que, si no estábamos en el colegio o llovía, pasábamos casi todo el tiempo fuera. Montábamos en bicicleta y en patín, jugábamos al béisbol, al fútbol y al rescate: nos dividíamos en dos equipos, uno de ladrones y otro de policías, y los policías perseguían a los ladrones. Naturalmente nadie quería ser policía. Jugábamos niños y niñas juntos. El ambiente, contagiado del optimismo de la época, se asemejaba al de una especie de Arcadia donde los únicos peligros provenían de la propia imprudencia, y ya se sabe que los niños, en cuanto ganan autonomía, son por naturaleza osados. Los lugares para serlo no eran tantos, pero les sacábamos partido. Había locales dispuestos para futuros comercios en los bajos de los edificios, locales en obra viva, con hierros oxidados, ladrillos cortantes y agujeros en el solado por donde se hundían las bajantes de las cañerías y los conductos de la calefacción, y uno de nuestros entretenimientos preferidos era saltar los muros protectores e introducirnos en el subsuelo reptando como topos para emerger por el local contiguo, cubiertos de telarañas y del picajoso polvo de la fibra aislante de las tuberías. Había, asimismo, un mercado a medio construir en las cercanías del colegio y

allí el reto consistía en tender los maderos de los andamios en los huecos de los forjados donde algún día se levantarían las escaleras y, sentados en ellos con las piernas colgantes, trepar de planta en planta propulsándonos con las manos. Peligros similares entrañaba gatear por un entramado de madera de tres niveles y al menos treinta metros de altura que sostenía un parterre vertical en una zona del jardín abierta en terraza.

No todos los niños se atrevían a tales hazañas, no habría tenido gracia afrontarlas si no. Éramos unos pocos los temerarios a quienes procuraba placer ganar así la admiración de los apocados. Cada prueba superada representaba una conquista. En mi caso el gozo era mayor, porque ni me tenía por valiente ni era de los que discurrían las travesuras. Me sumaba a ellas para disimular mis miedos y no incrementar el riesgo de ser señalado.

Ni mi vida era fácil ni yo feliz. Está mal que lo diga, porque poseía infinidad de cosas que mis amigos envidiaban. Carecía de hermanos con los cuales compartir los juguetes que mis padres me regalaban con prodigalidad para compensar sus ausencias, y disponía de una libertad insólita. A cargo de muchachas de cuya vigilancia me era fácil desembarazarme, solía volver el último a casa, confiado en que tardaría tanto en ver a mi madre que para entonces su enfado se habría disipado. Y si no era así, me sobraban recursos para manipularla. Mi madre era actriz de teatro, razón por la cual arrastraba el complejo de ausentarse en exceso. Nuestros horarios apenas coincidían, nos veíamos los sábados y domingos hasta media tarde, y eso suponiendo que no estuviera de gira. El resto de la semana llegaba a casa de madrugada y se levantaba cuando yo ya me había marchado. Contábamos con un rato entre mi regreso del colegio y su marcha al teatro, pero a cambio de acortar yo mis correrías por el jardín, sacrificio al que no siempre me mostraba dispuesto. En cuanto a los hábitos de mi padre, mejor es no mencionarlos. Aunque era originario de Barcelona, donde seguía teniendo su casa, disfrutaba de una renta familiar que le permitía vivir sin trabajar y en principio nada le impedía cubrir las ausencias de mi madre, pero en la práctica no lo hacía y de hecho ese era uno de los principales motivos de disputa entre ellos. La mayor parte del tiempo no sabíamos ni dónde estaba. Aparecía de pronto en Madrid, intentaba adaptarse a nuestro remedo de vida familiar, sobreactuaba imponiéndome desproporcionados castigos que luego mi madre levantaba y no tardaba en emprender de nuevo el vuelo con destino desconocido.

En verdad, me es difícil entender por qué mi madre transigía si era

evidente que él la engañaba con multitud de amantes y ella misma lo imitó por despecho en más de una ocasión.

Tan peculiar idiosincrasia por supuesto se reflejaba en las ropas que los dos vestían, muy poco apropiadas para mi afán de pasar inadvertido entre mis amigos, los cuales tenían padres que trabajaban en despachos y oficinas, madres a cargo de la casa e incluso abuelas que desde sus mecedoras ejercían de vigilantes de los desmanes de sus nietos. No sé quién envidiaba más a quién, si ellos a mí o yo a ellos. Lo cierto es que cada vez que, acuciado por la muchacha, bajaba de uno de esos pisos bulliciosos para regresar al silencio del mío, no me sentía precisamente un privilegiado. La diaria llamada telefónica de mi madre, que sonaba cuando, ya bañado y cenado, me disponía a dormir, apenas paliaba mi desazón. Entiendo que los numerosos accidentes que tuve en aquella época eran fiel reflejo de mi congoja. Me rompí dedos, brazos y piernas, y hasta me clavé el freno de la bicicleta en el cuello; solo unos milímetros me salvaron de que alcanzara la yugular. Siempre fueron vecinos compasivos los que me condujeron al hospital, lo mismo que cuando sufrí un ataque de peritonitis y fui operado de urgencia, aunque entonces mi madre abandonó el teatro y vino a atenderme. Permaneció conmigo todo el tiempo que estuve ingresado, supongo que una suplente la sustituyó en la obra.

Yo no era precisamente simpático. La necesitaba pero le cobraba una factura. Lo extraño es que a mi padre, que hacía mucho menos por mí, no se lo tenía en cuenta.

Y, claro, mi madre sufría. Cuando estábamos solos me sofocaba con mimos y arrumacos, y a veces, ante mi hosquedad adolescente, la veía llorar. También empecé a ir mal en la escuela y se culpaba por ello. Discutía con mi padre, le exigía que asumiera más responsabilidades o que nos abandonara de una vez. Como estaba claro que sería lo último, contrató profesores particulares y ella misma se puso al frente de la tarea: los fines de semana, que antes empleábamos en matinales de cine y almuerzos apresurados en chinos y pizzerías, pasaron a ser la ocasión propicia para depurar su mala conciencia. Me repasaba las lecciones, hacía los deberes conmigo y llegó a redactar una obra de teatro que me encargaron en clase de literatura. Además, intentaba entablar conversaciones serias, adoctrinarme sobre las dificultades de la vida y la necesidad de no torcer mis pasos. Como es natural, las charlas me pesaban. No nos entendíamos, y su pesadumbre era evidente. Ninguno de

sus intentos de enderezarme le cundía. En cuanto me libraba de ella, corría a la calle y cometía más insensateces. Iba a los descampados, donde me tiraba por las cuestas pedregosas con un trozo de moqueta vieja a modo de trineo, y llegaba a casa lleno de arañazos; rompía las ventanas del colegio; robaba exámenes; me metía en peleas... Había logrado convertirme en un problema, y lo que más me contrariaba era que jamás me acusara. La falta era suya, de mis profesores o de mis compañeros de fechorías. A lo largo de tres años enardecidos, ensayó todo: me cambió de colegio, me presentó a los hijos de sus amigos, vendió la casa, nos mudamos a un piso del centro, y, finalmente, dejó el teatro y abrió una escuela de actores pensando que así pasaríamos más tiempo juntos.

Fue en el 77. Yo había pasado los meses de invierno encamado por una hepatitis, mi padre no había venido de Barcelona ni un solo día y me inundaba una ira sorda contra mi madre por haber puesto del revés mi vida. Me embargaban pensamientos despreciables. Fantaseaba con que desapareciera, con que, harta de mis desplantes, optara por desistir o que incluso muriera, soñaba (¡qué injusticia!) con que mi padre se hiciera cargo de mí. Aconsejada por mi médico, que consideraba el mar nocivo para mi restablecimiento, alquiló una casa en la sierra donde pasamos el verano. La llamo casa, pero en realidad era una mansión de granito, similar a un pazo gallego, situada en medio de una frondosa finca, con robles, encinas y pinos silvestres en los que anidaban vencejos, azulones, abubillas y hasta algún cuco. La consiguió por un precio ridículo gracias a un amigo conocido del propietario. Disponíamos, además, de una piscina amurallada de hortensias, y aunque nuestro aislamiento no solo era un hecho sino una certeza de carácter sensorial, este no resultaba intimidante, pues había un pueblo cercano al que llegábamos, para aprovisionarnos, tras una corta caminata. La enfermedad me había hecho perder el curso y, como debería repetirlo, ninguna engorrosa obligación se interponía en mi horizonte. Tampoco en el de mi madre. Había ultimado los preparativos de su escuela dramática, que abriría en septiembre, y disponía, como yo, de dos meses enteros de asueto, libre por primera vez de las giras veraniegas que hasta entonces habían partido nuestras vacaciones o habían acabado conmigo encastrado en las de algún pariente piadoso. Todo era, en fin, bastante idílico, pese a que mi ánimo estuviera lejos de reconocerlo.

Creo que mi madre era consciente de que en cierto modo nos disponíamos

a librar la batalla definitiva y se preparó a conciencia. Para empezar, no me sometió a charlas ni a vetos y, lo más importante, se abstuvo de sus tan queridas exaltaciones sentimentales mediante las cuales trataba de salvar la distancia entre nosotros. No intentó entablar complicidades forzadas. Me dejó a mi aire y ella misma se procuró sus entretenimientos. Limpiaba la piscina, podaba las plantas, tomaba el sol, nadaba, pasaba horas cocinando elaborados platos y leía mucho: libros de todo tipo que había en la casa. En comparación, mis actividades eran escasas. Tras chapotear en la piscina, solo me quedaba la opción de deambular por la finca buscando el rastro de los animales que moraban en ella. Lo dejé, hastiado, en cuanto conocí cada nido y madriguera; igual que las excursiones a los montes de los alrededores. Fuera del abrigo de los árboles, el calor era excesivo. Disponía de toda la libertad del mundo, pero no sabía cómo emplearla.

Mentiría si dijera que nuestras relaciones no me preocupaban. Anhelaba que cambiaran, aunque ignoraba cómo forzarlo. Envidiaba la autonomía de mi madre y deseaba en secreto que me recomendara un libro o que me invitara a disfrutar a su lado de una película en la televisión. No se lo proponía por orgullo y porque estaba seguro de que si ella se atreviera a dar el paso, rechazaría destempladamente su acercamiento.

El punto de inflexión llegó de manera imprevista. Mi madre había empezado a recibir visitas ocasionales de amigos que venían a pasar la tarde o se quedaban un fin de semana, y, animado por su ejemplo, quise procurarme mis propias relaciones. Por la pereza de hacerme valer, descarté a los veraneantes de una urbanización cercana, demasiado parecidos en sus prejuicios a los amigos de mi antiguo barrio, y traté de ganarme a los muchachos del pueblo. Mi fracaso fue rotundo: tras un malentendido, me recibieron con una lluvia de piedras y, sin cesar de lanzarlas, me persiguieron hasta casa precisamente una tarde en la que mi madre había salido. Tuve que bajar con premura frenética todas las persianas, pues trepaban por la terrazas y las ventanas intentando entrar. Ahora imagino que no se habrían atrevido a llegar tan lejos, pero en esos momentos apenas podía pensar. Me sangraban las heridas provocadas por los cantos más certeros y me invadía el terror, no me abochorna decirlo. Ni siquiera era muy consciente del tiempo. Sabía que mi madre no tardaría en regresar, pero toda espera se me hacía eterna. Entonces urdí algo que sí me ruboriza: como los chicos se habían repartido por las diferentes ventanas para cubrir mi posible huida, me situé en una y, a

través de la rejilla de la persiana, traté de sobornar al que hacía guardia allí. Le ofrecí un dinero que no tenía si iba en busca de mi madre y le contaba lo que pasaba. Por fortuna, di con alguien empático. Se marchó y al cabo de un rato apareció con ella. La mayoría de los niños escaparon en estampida y solo se quedó mi salvador. Sinceramente, no creo que lo hiciera por el dinero. La cantidad prometida no era pequeña, pero la recibió con apuro. Después de que mi madre curase mis heridas, me invitó a acompañarlo a su casa. Vivía con su abuela, que era lechera; tenían dos vacas y un corral lleno de aves. Merendé con ellos y, al irme, me regalaron una cesta con huevos de pato, más buenos –me dijeron– que los de gallina. Ojalá recordara su nombre. Lo merecería, porque no solo me protegió aquel día sino que se convirtió en mi único amigo el resto del verano, algo que le valió ser mirado con recelo por el resto de su pandilla. Se notaba que infundía respeto en sus correligionarios, ya que, de lo contrario, nada les habría impedido represaliarlo.

¿Por qué me protegió? Sospecho, sin que sepa aducir una razón, que se identificó conmigo. Más allá de que seguramente su sabiduría era mayor, sospecho que de alguna extraña manera se reconoció en mí. Tal vez suene presuntuoso, pero esa es mi conclusión. Jamás me contó dónde vivían sus padres, si es que vivían. Sin embargo, hasta que el verano llegó a su fin, ni una sola mañana olvidó regalarnos leche fresca. La depositaba en la puerta, y cuando nos despertábamos, mi madre la hervía y se comía la nata con azúcar.

He dejado a mi madre pagando el dinero con el que había comprado mi rescate y necesito recuperar el hilo. Esa noche no dormí. Me escocían las heridas, pero no fue por su causa por lo que no concilié el sueño. Estaba agitado, con pensamientos a los que no sabía dar forma: me asombraba la naturalidad con que mi madre había sacado el dinero sin interesarse en si había mediado provocación de mi parte, y, mucho más, que luego no hubiera mencionado el tema durante la cena, cuando dimos cuenta de los huevos de pato. Mi cobardía había sido manifiesta, no tenía nada de lo que enorgullecerme, y en cambio ella, que podía haberme reprochado las bravuconadas del pasado, había dejado pasar la oportunidad. Si en mi desvelo hubiera concluido que se conducía así guiada por una suerte de propósito pedagógico, sin duda se lo habría hecho pagar al día siguiente. En esos tiempos su sobreprotección seguía siendo una ofensa mayor que el abandono de mi padre. Consideré la posibilidad, pero también pensé, y fue ese pensamiento el que perduró, que actuaba así por temor. Me di cuenta de que

me tenía miedo, que tan presa era ella de mí como yo de ella, que se sentía desvalida ante mi coraza y tan incomprendida como yo; igual de sola.

Es curioso que fuera actriz y que no supiera disfrazar sus emociones.

Esa misma noche, fatigado del trajín de mi cabeza y de arrugar las sábanas con cada cambio de postura, salí de la cama y bajé al piso de abajo, donde se hallaban la cocina, el salón, un gabinete anexo a este y el dormitorio de mi madre. Lo había elegido a sabiendas de que era peor que los de la planta alta, donde se hallaba el mío, imagino que para darme mayor libertad. No perseguía un objetivo con mi paseo, tan solo vagar un rato, hasta que el sueño me viniera. Al pasar ante su puerta, vi luz y la abrí sin llamar. Estaba sentada en la cama, con las almohadas a modo de respaldo, y no hacía nada excepto contemplar la pared con expresión ausente. Qué extraño. Entrar tan tarde en su cuarto era insólito en mis costumbres, y sin embargo mi madre no pareció sorprenderse: se volvió para mirarme y, como yo no pronunciaba palabra, me observó sin pronunciarla ella. Imagino que todo cabía en su cabeza. Era un ser expuesto, a merced de lo que yo dictaminara. Un entendimiento desconocido se estaba apoderando de mí y, lejos de rechazarlo, me dije que por lo menos debía probar. No sabía qué era, pero estaba allí, en la cama de mi madre. Solo necesitaba ceder. Un reto, desde luego, nada fácil. Entonces ella abrió las sábanas y mi primer impulso fue escapar, pero ya era tarde, mi madre lo sabía, y no pude hacer otra cosa que dar el paso que habría dado un niño pequeño.

A veces cuestiones fundamentales se dirimen en una fracción de segundo. De pronto, una ola nos empuja y actuamos conforme a parámetros contrarios a los habituales.

Aquella noche no inauguró un idilio entre nosotros. Los años tardarían todavía en apaciguarme. Lo decisivo es que aprendí que ese refugio existía, y desde ese momento lo usé siempre que el odio a mí mismo se me hizo insoportable.

SOMBRA QUE REVERBERAN

Supongo que hubo indicios en los que no reparamos, señales de que una nueva configuración se abría paso.

Una mente en proceso de cambio es más que eso. La mente contiene un mundo, y todo ese mundo se transforma con ella.

Cualquiera habría dicho que éramos jóvenes. Jóvenes para morir y no tanto como para tener hijos; jóvenes para pensar en renunciaciones y jubilaciones y no tanto como para tomar decisiones apresuradas... Llevábamos juntos casi toda nuestra vida adulta, y nos asomábamos al tiempo incierto aún verdes para mirar con preocupación al futuro pero ya demasiado vividos para ilusionarnos con él. Julia es escritora –lo ha acabado siendo un poco a pesar de sí misma, sin creérselo del todo– y yo soy director de estrategia internacional en una firma de ropa, aunque antes hice cosas tan dispares como estudiar filosofía y marketing, trabajar en una editorial o aprender suahili; y hace seis años, que es la época sobre la cual quiero escribir, me ganaba la vida como desarrollador de páginas web.

–La próxima vez no entres en el baño cuando esté él.

Julia acababa de romper un silencio de varios minutos. Aunque errada, su observación resultaba pertinente. Veníamos de pasar un fin de semana con su padre. Hasta montarnos en el coche no habíamos tenido ocasión de intercambiar otra cosa que susurros y palabras entrecortadas, y ahora que por fin nos era posible extendernos, ninguno de los dos se atrevía. Algunas incongruencias y preguntas repetidas del padre de Julia nos habían hecho presumir que algo no iba bien en su cabeza, y ambos demorábamos el momento de hablarlo por miedo a dar carta de naturaleza al horizonte sombrío que anticipaban.

–No he entrado nunca en el baño cuando estaba dentro. ¿Te ha dicho eso?

Julia titubeó.

–No exactamente. Pero se quejó de que la casa estaba llena de gente y de que entraban hasta en el baño. Creí que eras tú.

Esa misma noche, Julia llamó por Skype a su hermano. Oí la conversación desde mi estudio, adonde me había retirado tras compartir los dos una cena frugal en la cocina. Su hermano vive en Estados Unidos. Es el único que tiene y lo necesita, pero la relación entre ellos es difícil desde la adolescencia, cuando, ante la separación de los padres, cada uno optó por quedarse con un miembro distinto de la pareja. Julia es metódica como su padre, mientras que su hermano es improvisador y desorganizado como era su madre. Sin embargo, en ambos la mimesis se produjo a distancia, ya que cada uno eligió vivir con su antagonista.

El hermano de Julia la escuchó y emitió su dictamen.

–Cuerpos de Lewy, seguro, un tipo de demencia que a veces se confunde con el párkinson o el alzhéimer. Una tía de Susan la tiene. A los olvidos, se les unen las alucinaciones. Ven fantasmas, presencias que los asaltan por todas partes. Lo bueno es que no sufren, simplemente se extrañan.

–Me da igual cómo se llame –dijo Julia sin convicción–. Tenemos que hacer algo. Algún día no podrá manejarse.

–¿Llevarlo a un neurólogo?

–¿Eso es lo único que se te ocurre?

–Desde aquí no puedo hacer más.

No fuimos perezosos a la hora de ponernos manos a la obra. Julia concertó una cita con un neurólogo y cuatro días después regresábamos a Cadaqués para llevarlo a la consulta. Diagnóstico: deterioro cognitivo neurodegenerativo de carácter leve. Pronóstico: incierto. Recomendaciones: seguimiento. Al final resultaron mayores los inconvenientes del ajetreo que lo que sacamos en claro, y nos decidimos por lo menos drástico: contratar a una asistenta para que estuviera vigilado unas horas al día. Julia venía de atravesar años intensos: había asistido durante meses a su madre enferma, la había visto morir, había sufrido un largo y complejo duelo y había escrito sobre ello unas memorias que, tras muchas dudas, acababa de enviarle a su editor; se disponía, en definitiva, a pasar la página de una época extenuante y yo estaba firmemente interesado en que lo hiciera. Entre el agónico final de su madre y su reporte literario se nos habían ido cuatro años. Habíamos crecido, y puede que fuéramos más sabios, pero el cansancio acumulado no nos arrendaba la ganancia. En esas condiciones, no es que deliberadamente optáramos por no hacer más: es que un resorte en nuestro sistema inmunológico hizo clic y nos impidió, incluso, considerarlo. Habíamos

puesto a rodar de nuevo la maquinaria del tiempo y seguimos confiados a ella, con la única salvedad de llamar y visitar al padre de Julia más a menudo de lo que veníamos haciendo. En ocasiones, nos informó de presencias seguramente fantasmales, o se encasquilló en repetir una misma pregunta varias veces, pero no percibimos un agravamiento hasta que varios meses después un vecino lo encontró desorientado en la calle. Fue entonces cuando tuvimos que intervenir. Las posibilidades a nuestro alcance –asistencia domiciliaria a tiempo completo, ingreso en un asilo o traerlo a casa– quedaron reducidas a una sola nada más hablar Julia con su hermano.

–No tiene dinero, no puede responsabilizarse –me contó–. Va a hacer lo mismo que con mamá: desaparecer. Tendremos que hacernos cargo.

La última frase, calculadamente ambigua, contenía la promesa de un porvenir poco alentador. Además de la pérdida de intimidad y de los inconvenientes derivados de atender a un enfermo, significaba que volveríamos a interrumpir nuestra vida, o por lo menos una parte importante de ella; ahora que por fin disponíamos de un tiempo de pausa, íbamos a matar otra vez la espontaneidad. Por todo ello, Julia se vio obligada a apostillar:

–Sé que lo comprendes.

No pude negarlo:

–Lo comprendo, sí –concedí–. O mejor dicho: conociéndote, no me sorprende. Pero piénsalo, Julia. Tu padre tiene setenta años. Aún puede vivir muchos.

–No digo que sea para siempre. Pero por ahora está ubicado, nos reconoce y, salvo por esas interferencias repentinas, puede llevar una vida más o menos normal. No entendería que lo metiéramos en un asilo.

–No necesitamos la contribución de tu hermano –insistí–. Tiene su pensión, y con pocos arreglos podríamos alquilar su casa. Te sorprendería lo que sacaríamos solo en verano.

Las cejas de Julia se elevaron. La redundancia había sido innecesaria, y el intento, fallido. Noté que se refrenaba antes de hablar:

–Eso ya llegará. Tal vez no dentro de mucho. Pero no quiero que sea prematuro.

Julia jugaba con las cartas marcadas, ya que estaba segura de mi aquiescencia. El porqué de que fuera así tiene que ver con mi percepción de ella cuando la conocí. Julia entendía el mundo y lo juzgaba desde unas

convicciones que aplicaba a todos los aspectos de su vida. No era retrógrada ni puritana, ni siquiera conservadora, le gustaba el juego y apreciaba las personalidades complejas, encajaba los golpes y era tan flexible como para negociar, pero había un punto, digamos esencial, a partir del cual no concedía la frivolidad, las medias tintas ni la ambigüedades. Así fue durante nuestro matrimonio y así era hace treinta años en la universidad, cuando cada mañana llegaba en autobús, ya cansada, del pueblo del Ampurdán donde vivía con su madre. Con una diferencia: entonces era tan tímida que sus desacuerdos los demostraba con silencios prolongados, tan inocente como para seguir reía de su infancia y no avizorar que el porvenir trae derrotas. Al menos una: la sensación de que basta con querer huir de algo para que nos sea imposible despegarnos, de que no hay manera de distanciarse del pasado si precisamente lo que queremos es eso.

Tan tímida que tardé en conocerla.

Este es el momento de detenernos en los antecedentes. Sus padres... Ambos constituían un ejemplo representativo de las élites culturales españolas, solo a medias cosmopolitas y burguesas, que de un día para otro debieron adaptar el sesentayochismo ya demodé de su juventud setentera a los aires más pragmáticos imperantes en la siguiente década. Su padre, lector de Lawrence Durrell y de Henry Miller, había sido un festivo militante universitario del partido comunista aún clandestino, y luego había postergado su deseo de convertirse en escritor para fundar con un socio una agencia de publicidad que durante quince años fue la más premiada en los festivales del gremio. Había ganado mucho dinero, pero también lo había malgastado con una pulsión que algunos tacharían de narcisista. Se había casado cuatro veces, y a todas sus mujeres las había dejado de buenos modos, caballerosamente, sin disputarles el patrimonio común. La madre de Julia –la primera– había compartido con él ardores y efervescencias políticas, había asistido a su transformación en exitoso ejecutivo, le había dado sus dos únicos hijos, y, acaso por eso, era, de las cuatro, de quien más cosas lo separaban. Al contrario que él, había seguido ligada a sus rutinas juveniles a costa de convertirse en un reducto para recalcitrantes y vividores –náufragos, como ella, de otra época–, que pasaban por su vida; pasaban y desaparecían. Había regentado una librería y un bar de copas, y, tras separarse, se había trasladado al campo, donde había encontrado en la errática fabricación de jabones y

aceites ecológicos una percha idónea donde colgar su fatiga existencial. En esa casa y en la finca que la rodeaba, una vieja propiedad familiar en litigio, había crecido Julia obligada desde los doce años a ejercer de madre de su madre.

En cuanto al hermano, la razón de su separación de él en ese período difícil en que la infancia queda atrás y el mundo adulto, tan próximo, nos produce el mismo grado de rechazo que de atracción, se halla en la terquedad con que Julia se obligó a respetar el pacto provisional que cimentó el divorcio de sus progenitores. A pesar de su carácter más similar al paterno, había aceptado vivir con su madre por considerarla afectivamente más necesitada; jamás previó, sin embargo, que esa decisión se perpetuaría más allá de la provisionalidad con que fue concebida mientras sus padres jugaban a la mutua gentileza, repartiéndose equitativamente hasta los hijos. Barruntó que, cuando quedara atrás el trauma de la ruptura, tramarían un reordenamiento definitivo que enmendaría la separación de su hermano. Esperaba, en resumidas cuentas, que acudieran en su rescate, y cuando comprobó que en él prevalecía el pragmatismo que lo había decantado por la opción *a priori* menos árida y que sus padres, si algún deseo albergaban de otro reparto, lo arrumbaban en pos de evitar el enfrentamiento, se transfiguró en la principal defensora del *statu quo*. Ni se habría permitido violentar a quienes se conformaban con lo que había ni ella misma esperaba ya otra cosa. Se resignó, tal como se resignaría más tarde a que el distanciamiento con su hermano se agudizara conforme sus diferentes vidas les abrieron y cerraron puertas distintas. Se veían bastante, compartían los fines de semana –dos al mes en casa de su padre y otros dos en la de su madre–, pero tanta frecuencia solo le servía para constatar las muchas veces que su hermano la trataba con indiferencia. En fines de semana alternos llegaba a la casa de su padre y tenía la impresión, con sus zapatos manchados de barro, de ser un estorbo, una presencia incómoda en un hábitat masculino regido por códigos e inercias desconocidas. En el otro extremo, su hermano debía de experimentar un trance parecido los viernes que acudía al campo con la camisa blanca almidonada asomando por debajo del jersey azul del uniforme escolar. Su aire de excursionista forzado, de adolescente frágil desubicado en la rudeza de un campamento de verano, era demasiado explícito. Desde que su madre y ella lo recogían en la parada del autobús, hasta que lo dejaban la tarde del domingo, Julia no cesaba de apercibirse de cosas que tomaba ya como

normales y que para él seguro que no lo eran. El viejísimo Mercedes con el asiento del copiloto vencido hacia atrás y varios estratos de desperdicios en las alfombrillas de los pies, la casa entre cerros coronados de granito, el viento, el trajín de leña para alimentar la chimenea, la atmósfera de antigua residencia veraniega incapaz de suministrar ya el confort para el que fue concebida pese a los parches de modernidad –estufas, ventiladores– dispersos aquí y allá; el desgobierno, la improvisación, los soliloquios dipsómanos de su madre cuando entraba en barrena. Todo contrastaba con el día a día en casa de su padre, donde el mayor azar lo representaban las pizzas y la comida china a domicilio.

Julia no pretendía reemplazar a su hermano. Tampoco estaba segura de que prefiriese vivir con él y con su padre, aunque envidiase la cercanía entre ambos. Lo que azuzaba sus vigiliias era la sensación de ser la pieza desgajada de un conjunto que tenía su propia vida al margen de ella. Daba igual que su madre fuera otra pieza desgajada y que ambas conformaran a su vez una suerte de unidad distinta. Cada vez que volvía de casa de su padre, la afligía el convencimiento de que dejaba atrás tramas inconclusas de sí misma que ya no recuperaría. ¿A qué venía preguntar el primer fin de semana de septiembre cómo había terminado agosto? Qué importaba aquella historia a cuyos primeros latidos, pero no a los últimos, había asistido.

En cierta ocasión Julia me confesó que la conciencia de esa dualidad la convirtió en escritora. Sin desdecirla, creo que influyó asimismo la querencia de afianzar una legitimidad filial que irracionalmente consideraba perjudicada. Su padre jamás había encontrado tiempo para cumplir su viejo deseo de escribir, y en la medida en que ella sí dio el paso, confiaba en despertar su interés, como si con la realización vicaria de los caducos anhelos paternos compensara la distancia abierta entre ellos. Fue, además, una forma de reivindicarse frente a la vida en apariencia más provechosa que, a partir de determinado momento, empezó a llevar su hermano gracias a la dadivosidad del padre, el cual, distraído en encadenar una relación sentimental con otra, no ahorraba en universidades y cursos en el extranjero para su hijo, en tanto que ella, apegada a la lealtad exacerbada hacia su madre, optaba por la inmovilidad.

El primer paso fue convencer al padre, algo que resultó arduo. Una reacción típica en enfermos con demencias degenerativas es aferrarse a su

entorno, donde se sienten seguros, y rechazar cualquier alteración. Aunque él no había desarrollado todavía otro de los síntomas, la desconfianza perenne, protestaba y acusaba a Julia de egoísta por obligarlo a romper con su vida. Nos emplazaba a instalarnos nosotros en su casa, sin comprender que, más allá de no vernos viviendo en la costa, nuestra agenda y contactos estaban en Barcelona. Superado el trance con algún quebranto de Julia, nos organizamos para minimizar los trastornos de la convivencia. Por fortuna disponíamos de un piso amplio con dos gabinetes de trabajo. Desmontamos uno para instalar allí el nuevo dormitorio, despersonalizamos el otro para compartirlo y alquilamos un espacio en una oficina de *coworking*, de forma que uno acompañase siempre a su padre. Lo decidimos así, a pesar de contar con una asistenta que venía por las mañanas, no tanto por temor a que cometiera algún despropósito como por darle seguridad. En lo que a mí respecta, disponer de un despacho fuera de casa representó mi único aliciente en una época escasa de ellos. En los primeros tiempos, sin embargo, apenas pude utilizarlo, ya que en las mismas fechas se publicó el libro de Julia sobre su madre, razón por la cual ella tuvo que implicarse en la promoción y yo que mantenerme a los mandos de la casa.

La coincidencia tuvo su cuota de importancia en cómo se desarrollaron los acontecimientos. De alguna forma, Julia se descolgó de la cotidianidad, tal como en su adolescencia había quedado al margen de la de su padre y su hermano. Entraba y salía sin una periodicidad fija, se ausentaba durante semanas para atender sus compromisos en ferias de libro y festivales de América Latina y España, mientras su padre tomaba la medida a su nueva realidad conmigo como único referente. No quiero decir que las intermitentes apariciones de su hija lo soliviantaran, tan solo que le exigían un esfuerzo del que no salía indemne. Yo lo dejaba a su aire, no escarbaba en su memoria ni lo sometía a interrogatorios; todo lo contrario que Julia, quien, debido a la ansiedad incubada en sus frecuentes desapariciones, no podía evitar avasallarlos con invasivas muestras de afecto. Y como su padre, lastrado por telarañas cada día más tupidas, casi nunca respondía a sus expectativas, se frustraba con un desconsuelo en el que se mezclaban las heridas no cerradas del pasado con el duelo anticipado por un futuro a todas luces descorazonador.

Casi desde el principio abundaron los signos indicadores de que su padre, sueltas las bridas que lo habían obligado a contenerse cuando vivía solo,

emprendía en nuestra casa un precipitado deterioro. Por ejemplo, se empeñaba en salir por el pan y regresaba con más barras de las necesarias. O llamaba a un cerrajero y se hacía instalar un cerrojo en la puerta de su cuarto. Tenía la enajenada convicción de que no cesábamos de recibir invitados y actuaba en consecuencia, obsequiosamente o a la defensiva según inescrutables vaivenes. A veces se mostraba desconcertado y huidizo, o me reprochaba haber dejado entrar a alguien, y a veces parecía entretenido y conforme con presencias acerca de las cuales preguntaba con curiosidad genuina. Una tarde se pasó horas *observando* a un niño jugar en el salón y otro día, en cambio, me emplazó a llamar a la policía tras *encontrar* a un desconocido en su cama. La receta de Julia, cuando pasaba por casa, consistía en forzarlo a admitir que se trataba de alucinaciones. Digo que lo forzaba porque, incluso cuando obtenía como respuesta un silencio dócil, era evidente que causaba a su padre más tribulaciones que sosiego, y lo mismo cabe decir de las preguntas constantes con las que trataba de aprovisionar su propia memoria para el día en que él no pudiera saciar sus curiosidades de hija.

–Es increíble –me dijo una noche en que regresé tarde de la oficina. Llevaba dos días en Barcelona y en otros dos volvería a irse, esta vez al Hay Festival de Cartagena de Indias, donde compartiría una mesa con otros escritores que habían sacado libros de duelo–. Ha decidido olvidar a mi madre.

–¿Qué quieres decir? –pregunté. Su padre dormía en su cuarto y ella estaba sentada en el sofá del salón, iluminada a duras penas por las luces callejeras procedentes de la ventana. En el tocadiscos sonaba un viejo vinilo de Amalia Rodrigues al que recurría desde la muerte de su madre cada vez que se dejaba enquistar en la melancolía.

–No sabe de cuál de sus mujeres soy hija –declaró con más impaciencia que congoja, al tiempo que encendía la lámpara aledaña al sofá. Tenía las cuencas de los ojos llorosas, pero le vencía la prisa por contarme–: Lo reté a una partida de cartas y, como se perdía, pasé a hablarle de mi último viaje hasta que de pronto quiso saber sobre qué era mi libro. Que no lo recordara ya me ha extrañado. Pero es que, cuando le he contestado que sobre mamá, ha cavilado unos instantes y después me ha preguntado si Lucía se había muerto. ¡Lucía! La ha llamado Lucía, ¿entiendes? ¿Cómo puede ser?

–Julia... Amor... Lo sabíamos... –mascullé–. Ha sido un lapsus, los tiene a

veces, pero eso no quiere decir que mañana no se acuerde, su memoria es intermitente, cada vez lo será más.

Me senté a su lado, tomé su cabeza entre las manos y traté de secar sus lágrimas con los labios, pero no me lo permitió. Se restregó con la manga del jersey y luego subió las piernas al asiento y las abrazó en una postura defensiva.

–Me ha preguntado quién era mi madre. ¿Te lo puedes creer? Y lo peor es que no parecía confuso. Le he repetido el nombre varias veces y lo único que he obtenido como respuesta ha sido una mirada de buey. Como me he enfadado, él se ha enfurecido y ha insistido en que no recordaba a nadie con ese nombre. Le he gritado: *Tu primera mujer, estúpido, la madre de tus hijos*, y él ha dado un manotazo a la baraja que estaba sobre la mesa...

–Pero, Julia...

–Lo sé –me cortó–. ¿Qué querías? A lo mejor estoy demasiado susceptible. Paso los días hablando del libro, recordando cosas que querría tener ya superadas, llego aquí agotada y me encuentro con esto. –Hizo una pausa y ahora sí me permitió abrazarla–: Si no se acuerda de mi madre, ¿qué recuerda, entonces, de mí?

Julia ignoraba que su padre a veces utilizaba el nombre de su hermano para dirigirse a mí. Lo callé, al igual que otros síntomas de su erratismo, para evitarle preocupaciones añadidas en un período durante el cual sus viajes la sumían en una culpabilidad casi perpetua. No quería entristecerla, y, visto lo visto, mi prevención no era equivocada. Sin apenas reflexionar, casi como un animal que acopia calorías para el letargo invernal, había tomado mis precauciones. Mientras Julia atendía sus compromisos en festivales y ferias, la traía a nuestra conversación con cualquier excusa. Incluso cuando su padre parecía en sus cabales, le notificaba cada correo electrónico, cada llamada o chateo, a fin de apuntalar el recuerdo de su hija, y también le mencionaba, si tenía ocasión, a su otro hijo. Supongo que era una manera de participarle que esa cotidianidad forjada entre ambos apenas era un paréntesis y que no debíamos tejer lazos que excluyeran a Julia. Por lo demás, desde que descubrí que su zozobra disminuía cuando un día era igual al anterior, nuestra convivencia fue bastante llevadera. Empleaba la mañana en el gabinete mientras él se fatigaba emborronando crucigramas con los que trataba de mantener en forma la cabeza, y por la tarde paseábamos hasta el mar o lo

llevaba a algún museo. Aun así, cuando en la cena nos colocábamos frente al televisor para ver una película, rara era la noche en que no me sorprendía con algún dislate. A menudo se confundía con el argumento, y su desasosiego crecía cuanto más cercanas eran las tramas a su experiencia. Recuerdo una noche en que puse *Los cuatrocientos golpes*, de Truffaut, y a la mitad se levantó muy excitado para decir que todo era mentira, que nada había pasado así, que él nunca había estado en un correccional. En otra ocasión, viendo *Una mujer bajo la influencia*, de Cassavetes, me rogó que la quitara y me preguntó si creía que alguna vez sus hijos le perdonarían lo que había hecho a su madre.

Después de la noche de la pelea con su padre, Julia pareció recapacitar y, en los dos días que aún permaneció con nosotros, se esforzó en contenerse. El equilibrio, no obstante, era precario, y aunque me acuciaba la entrega urgente de una web, me obstiné en no separarme de ellos. El primer día acudimos a un concierto de Brad Mehldau en el Liceo y luego cenamos en un tailandés. Julia no lo dijo, pero era evidente que propuso ambos planes pensando en su padre. Quería complacerlo y lo cierto es que tuvo éxito. El único incidente sucedió tras perderlo durante unos instantes a la salida del concierto: cuando lo localizamos en el guardarropa y Julia lo apremió, dijo sin reconocernos que debía quedarse allí porque estaba esperando a su hija y a su yerno.

En realidad, hasta que embarcó hacia Colombia la principal preocupación de Julia fue su hermano. Lo llamó dos veces por Skype y volvieron a discutir como meses atrás, cuando le informamos de los primeros síntomas de la enfermedad. Julia no entendía que continuara desentendiéndose. Lo emplazaba a venir al menos de visita y él daba largas, sin rechazarlo pero sin comprometerse a una fecha concreta.

–¿Sabes? –me dijo la víspera de su marcha–. Debería alegrarme de llevar esto a solas contigo. Cuando era pequeña fantaseaba con una oportunidad así. Me imaginaba que mi padre tenía un accidente o que se ponía enfermo y que no me despegaba de la cabecera de su cama.

–Olvídate de tu hermano. Allá él.

–Lo intento –me contestó. Acababa de terminar la maleta y estábamos en la cocina ante sendas tazas de caldo. Salía temprano, se había despedido de su padre, que dormía en su habitación–. Sabes que no protesté cuando hizo lo mismo con mi madre. Lo consideré normal.

Efectivamente, su hermano tan solo había venido dos veces y por pocos días cuando su madre estuvo enferma, y Julia no se lo había reprochado. Sentía que era lo que correspondía. Desde la separación familiar, las relaciones entre su madre y él no habían sido fluidas. Tenían un carácter parecido, sanguíneo y egocéntrico, y andaban siempre a la gresca por cuestiones nimias que solidificaban en la memoria hasta volverlas insolubles. La madre de Julia denostaba lo que llamaba las costumbres de rico de su hijo, su frivolidad y poco aprecio por el sacrificio, lo calificaba de consentido y de expoliador, y este acusaba a su progenitora de hippie trasnochada. Lo peor es que las descalificaciones no eran mera munición de fogueo lanzada al aire sino que respondían a un genuino desprecio mutuo.

–Habría preferido tenerlo a nuestro lado, pero admití su decisión –continuó Julia–. En cierto modo fue honrado. Los lazos entre ellos estaban muy deteriorados, y si él no sentía la necesidad de repararlos, carecía de sentido obligarlo. Mi madre se lo habría tomado a mal, lo habría considerado la prueba de que iba a morir.

–Pues déjalo –insistí–. Tampoco nos iba a aliviar que viniera una o dos semanas.

–Es que ahora es a él a quien le corresponde llevar el peso. No digo que yo no quiera estar, digo que él no debiera permitirse mantenerse lejos. Se lo debe a nuestro padre.

–Tu padre no parece echarlo de menos.

Julia me miró con sorprendida dureza. Por la ventana de la cocina, irrumpió el sonido de un televisor. Luego se levantó de la silla y zanjó:

–Yo sí lo echo de menos. Venga, vámonos a la cama. Tú no lo entiendes. Después de todo, no hay día en que no te llame alguno de tus hermanos.

–Claro que te entiendo –dije, poniéndome a mi vez de pie–. Estás demasiado sensible, Julia. Debes intentar juzgar todo con mayor ligereza. Nos queda mucho por delante.

–Entonces no me digas que mi padre no lo echa de menos. ¿Cómo no va a echarlo de menos? Eran uña y carne. Si no lo echa de menos a él, ¿yo qué soy?

Al día siguiente no pisé el gabinete. Llevaba casi una semana de retraso en la entrega de la web y habría necesitado al menos seis horas de trabajo intenso para terminar el primer tratamiento, pero Julia salió muy temprano

hacia el aeropuerto, y aunque volví a la cama después de despedirla en la puerta, no había conciliado el sueño. Estaba cansado y un escozor de preocupación turbaba mis pensamientos más ordinarios. Me inquietaba la inestabilidad de Julia, no sabía cómo tomarme que, mientras su padre se desmemoriaba, ella se empeñara en recuperar los padecimientos de un pasado sin resolver. Escribí un correo a su hermano conminándolo a venir a Barcelona, y cuando iba a enviarlo, recapacité y lo borré. No quería arriesgarme a que Julia se enterara y me lo reprochara. Por otra parte, ¿quién sabía qué era lo mejor? Por supuesto, habría sido ideal que su hermano se responsabilizara tanto como ella de su padre, pero perseguirlo era un imposible, y los sucedáneos, meros parches. ¿Se habría dado por satisfecha con que viniera de vez en cuando? ¿Habría contribuido a eliminar sus nervios o se habrían recrudecido con cada visita? En realidad, la única forma de erradicarlos pasaba por la desaparición del problema. Con esta idea en la cabeza, sentado aún ante el ordenador en el que había escrito el correo, acabé preguntándome cuánto se tarda en ahogar a alguien con una almohada, así como si entre los tranquilizantes prescritos a su padre había alguno potencialmente letal. No le tenía gran simpatía, en donde otros destacaban la rectitud de sus fidelidades yo atisbaba una vanidad empalagosa; sin embargo, imaginarme en ese trance me repelió y me empujó a su habitación con ansias de purgar el atrevimiento con atenciones. Aún era temprano, pero no tanto como para asustarlo. Entreabrí la puerta y me asomé. La luz que se filtraba entre las lamas de la persiana teñía el interior de contornos lechosos. Distinguí al padre de Julia, tapado hasta el mentón, con la almohada pegada al cabecero y la cabeza reclinada. Representaba la viva imagen del enfermo alerta, el que no se confía al ir y venir adormecedor de las enfermeras, a sus ritmos bruscos y a sus palabras de estereotipado cariño. Tenía los ojos abiertos, y al percatarse de mi presencia tornó a mirarme con tembloroso interés. Parecía un niño antiguo asomado por primera vez al balcón de un cine, demasiado sobrepasado por la avalancha de imágenes como para tomar excesivo aprecio de ninguna. Tenía los carrillos enrojecidos y lacios sus músculos. La suya era una mirada casi animal, sin demasiados matices, tamizada solo por el instinto, pero en la que aún brillaba, fatigado, un rescoldo humano que se angustiaba y pedía socorro. Le llevó unos segundos hacerse a mi presencia, pero en cuanto pasaron pude sentir su angustia como mía, celarme de la infinidad de peligros que vemos al acecho cuando la

incertidumbre y el miedo lo copan todo, cuando ignoramos qué será de nosotros porque hemos perdido ya la oportunidad de influir en nuestro destino. El padre de Julia pedía ayuda con la mirada dispersa de quien emerge de brumas, y yo hice lo que se esperaba de mí: pronuncié frases tranquilizadoras y cotidianas, lo arrullé con la promesa de un día reconocible en cada contorno. No ahorré palabras ni gestos de sosiego, y sin embargo ni en un solo momento dejé de sentir que no había futuro. No, no podía ser, e igual que yo lo sabía él –estoy seguro– en la parte de sí que mantenía a salvo de brumas. Lo mesuraba, lo temía, y tal vez buscaba una escapatoria, una señal indicadora de que si bien la vida había pasado deprisa, podía abandonarla sin entregar la dignidad, adornado el rostro con la media sonrisa resignada de esos forajidos de película a los que la muerte importuna pero no sorprende. Por desgracia, una posibilidad así quedaba fuera de su alcance. Ocupado en interpretar cada rasgo de una realidad a la fuga, ni tan siquiera tenía tiempo de imaginarla. ¿Puede encontrar la salida de un laberinto quien no diferencia el día de la noche?

Esa misma madrugada me sobresaltó el timbre del teléfono. Era Julia desde Cartagena de Indias. Por su voz, parecía excitada. Venía de un cóctel, bebida.

–No puedo más –me espetó, entrecortada, quizá revolviéndose en la cama para quitarse un zapato–. Es tan aburrido esto, tan asquerosamente masculino... Ya no tengo edad para estos saraos en los que todos pretenden ser amigos de todos y por detrás, mientras te das la vuelta, no falta quien te pone verde.

–Escápate –le dije–, creo que hay unas islas espectaculares a dos o tres horas de navegación.

–No seas absurdo. No puedo –contestó con un nuevo balanceo, como si le tocara el turno al otro zapato–. Y aunque lo hiciera, no ceso de pensar en lo que se nos viene encima, en que tú estás allí con mi padre fingiendo que no pasa nada y yo estoy aquí dejándome engañar pero sabiendo que sí pasa. ¿Qué vamos a hacer? Esto no tiene ningún sentido. No voy a estar a la altura.

–¿De qué estás hablando? ¿De meterlo en una residencia? –pregunté.

–No hablo, me lamento. –Se había acercado el auricular a la boca y su voz sonaba más grave–. Estaba pensando en que ya no tendremos tiempo de asumir responsabilidades, ya casi no lo tenemos.

Asumir responsabilidades era un eufemismo al que Julia solía recurrir para

referirse a un difuso abanico de metas que convergían en el proyecto nunca rechazado de ser padres.

–Tendremos tiempo –recité, temeroso de su énfasis dramático cuando bebía.

–No, no lo tendremos –respondió, como si se hubiera sumergido varios metros bajo tierra–. Pero mejor así. Íbamos a ser unos padres demasiado mayores.

Un mes y pico después de esa conversación; un mes intenso, en el que oscilamos del hartazgo a la resignación; un mes en el que los tres –Julia, su padre y yo– acumulamos motivos de resentimiento, un mes en el que la vi llorar varias veces y juntos visitamos una residencia de la que salió espantada, a caballo entre dos viajes suyos, una mañana, su padre no se levantó de la cama. El día anterior había rebotado tensiones y los tres nos habíamos ido a dormir enfadados. El aturdimiento le duró desde que el médico firmó el parte de defunción hasta dos meses después, cuando su hermano vino de Nueva York para el reparto en la testamentaría. Anticipar un golpe, haberlo quizá deseado, no nos libra de su sacudida. Se fingía serena, y actuaba incluso con cierta aliviada ligereza, pero por dentro se notaba que ardía. Ardía por tener tantas razones para sentir alivio como para lamentarse. Ardía de indefinición entre un tumulto de sentimientos. Ardía porque la idea de que su padre hubiera querido poner fin a su vida, si bien limpia y fácil de encajar, dejaba tras de sí imágenes peliagudas. Habría querido compartir más tiempo con él, pero el padre que había tenido a su disposición ya no era el que añoraba y ni una sola fibra de su cerebro se resentía en realidad de su pérdida.

Curiosamente el reencuentro con su hermano la sosegó. Su efecto fue como el de un asteroide que se acopla a la órbita de un planeta al que parecía a punto de destruir. Cuando yo esperaba que lo recibiera con un estallido de reproches, bastó un arrumaco de él para vencer su resistencia. Una de esas noches, caminando de vuelta a casa tras cenar fuera, me retrasé un poco y, al observarlos avanzar delante de mí –Julia con su brazo auscultando la espalda erguida de su hermano–, me vinieron a la cabeza Narciso y Perséfone. Como Perséfone, reina traicionada del inframundo, Julia poseía la cualidad de salir indemne, de que su encanto refulgiese por encima de cualquier turbiedad. En

ese momento, salvada postreramente de sus tribulaciones, era pura entrega fraterna.

Qué raras las familias cuanto más pequeñas son, qué imprevistos y fuertes son los lazos que tejen al bies. Su hermano, cómo no, volvería a aprovecharse. No tardó ni tres semanas en adjudicarse una cantidad mayor del dinero obtenido en la venta de la casa de Cadaqués, pero ella se lo toleró, igual que le toleraría su marcha de un día para otro. Se conformaba con poco, Julia. Por lo general, era suficiente una inflexión cariñosa en la voz de él o una postal suya desde cualquier parte del mundo para que recobrase por un tiempo su deficitario sentimiento de pertenencia a algo. Un territorio fuera de mi alcance porque me precede: su viejo hogar infantil repentinamente disgregado.

Ocurrió, asimismo, que la vida se nos presentaba sencilla, sin turbulencias ni otros cambios que los debidos al progreso de cada uno en lo suyo. Julia, fortalecida por la excepcional acogida del libro sobre su madre, y yo, tentado con una oferta laboral que me obligaría a cumplir un horario a cambio de un sueldo holgado y del estímulo de abrirme a campos desconocidos. Era, como quien dice, nuestra última oportunidad para permitirnos un hijo y a ello nos aplicamos. Así, sin darnos cuenta, el cuarto del padre de Julia, al que no habíamos vuelto a asomarnos desde su muerte, pasó a ser el centro donde convergían nuestras ambiciones de vida futura. Teníamos el acuerdo tácito de no modificarlo ni hacer nada con él, dudábamos si seguir manteniendo el despacho de *coworking*, pero ambos imaginábamos ya, metidos allí, cunas y cambiapañales, cestas y biberones.

Sé que no importan tanto las acciones que cometemos como la capacidad de explicarlas según el momento. Sé que, de haberse satisfecho nuestra espera, Julia y yo habríamos tenido asuntos más felices de los que preocuparnos. Que ella no habría sentido la necesidad de mirar atrás o que, si lo hubiera hecho, los descosidos no habrían sido tantos.

Y, sin embargo, ante los primeros signos de adversidad, su comportamiento fue un bálsamo. Cuando se nos planteó la última alternativa de la inseminación artificial, con la incertidumbre y el estrés que conlleva, renunció sin dudarle y pasó a otra cosa y esa cosa era el nuevo libro que ya comenzaba a imaginar sobre la muerte de su padre, su desmemoria y el miedo a la disolución que lo llevó supuestamente a buscar una salida postrera.

El día en que me contó el planteamiento, me equivoqué pensando que ya estábamos curados, que, de vuelta al punto de partida, todo volvería a ser previsible. Por mi experiencia con otros libros suyos, sabía que nos quedaban muchas colinas que remontar, muchos desfiladeros, antes de alcanzar esa cumbre a partir de la cual la escritura cabalga y el ánimo corre parejo, pero precisamente por eso, porque los conocía, creía saber cómo desactivarlos. Bastaba con no contestar al mal humor, con no exigir respuestas pormenorizadas a la pregunta de *cómo vas* y con permanecer agazapado mientras no se pronunciara o buscara ayuda. En esta ocasión, arrancó concentrada. Luego, de pronto, encalló y se presentaron las dudas. Al principio débiles: ¿tenía sentido escribir, después del de su madre, un libro sobre su padre? Luego más profundas: ¿cómo lograría hablar de nosotros y al mismo tiempo preservar nuestra intimidad? Luego, definitivas: «Me falta la perspectiva moral.»

Había vivido otros atascos de Julia y todos los había superado, jamás la había visto dejar un texto inconcluso. Esta fue la primera vez. Lo intentó durante más de un año, ensayó diversas tentativas, dio saltos, se adelantó en la trama, empezó capítulos sueltos... No sirvió de nada. Con ello solo consiguió que los borradores fueran cada vez más inmanejables y más difícil encontrar un rumbo. Pese a que el libro se resistía, le costaba renunciar y practicó caminos transversales. Durante un tiempo fantaseó con servirse para la narración de un diálogo con su hermano y por esa razón le prodigó llamadas y esperó otras que no llegaron. Había invertido tanto tiempo en el trabajo que no concebía dejarlo en dique seco. Y cuando lo hizo, se vino abajo. «¿Qué voy a hacer ahora?», se quejaba. Y luego, a veces, lamentándose: «No tengo nada.»

«Y qué más da», le decía yo. «Antes eras menos profesional, no te preocupaba el tiempo que te llevaba cada libro.»

«No me preocupo», contestaba, tajante.

Pero sí se preocupaba, y vinieron tiempos difíciles. Tiempos en los que me desconcertó; durante los cuales no siempre supe interpretarla. Si me cargaba de argumentos con los que combatir su frustración por el abandono de su libro, me recordaba la muerte y enfermedad de su padre; si descargaba allí mi acopio de consuelos traía a cuenta a su hermano, su convicción de que no hacía nada por mantener el vínculo con ella. Y, sobre esas tres ausencias –

libro, padre y hermano—, en los vanos de la conversación se divisaba asimismo algo no nombrado: mi sospecha de que, aunque Julia nunca hiciera referencia a ello, sabía, como yo, que su estado habría sido otro de haber tenido éxito nuestro tardío intento de ser padres. Julia se encallaba en el pasado porque no creía tener un futuro estimulante, y en consecuencia hizo lo que la mayoría de la gente que se siente acosada por varios frentes: se ensimismó. Sin querer, marcó una distancia y levantó muros. Se vino abajo, pero desde abajo siguió hurgando. Se aficionó a encerrarse en el cuarto que había sido de su padre antes de convertirse en efímero receptáculo de proyectadas cunas. Allí continuaba dándole vueltas a su libro, leía, trabajaba en otras cosas o, con más frecuencia, no hacía nada. Y también me juzgaba. Tuve por primera vez barrunto de ello una tarde en que, al regresar de mi despacho en la firma de ropa, la encontré en tinieblas, sentada en un sillón setentero de orejas que se había empeñado en traerse de Cadaqués, uno de esos armatostes con forma de huevo partido que se asientan sobre una peana giratoria. Encaraba la puerta, como si me esperara. Pronunció mi nombre y me asomé al umbral, iluminado por la luz del vestíbulo. Distinguía el brillo de los anillos de sus manos sobre la manta con que se cubría las piernas; distinguía los destellos de sus gafas de presbicia balanceándose de los cordones sobre el pecho. Todo lo demás eran contornos desvaídos, grises densos, diversos grados de sepia y algún claro: la mesa de trabajo, el embozo de la cama, su propio rostro...

—¿Consideras aún que fue lo mejor para él? Mira la vida que llevamos.

Si ahora, con perspectiva, tuviera que señalar un momento en el cual Julia me anticipó el atribulado territorio al que la conduciría la escritura fallida de su libro, sin duda fue ese. Entonces me faltó malicia. Encajé el dardo, su tono acusador, pero estimé contraproducente contestar y no lo hice a pesar de que me dolió la separación que trazaba entre ella y yo.

Una tarde, no mucho después, trasladó sus enseres de dormir al cuarto de su padre y pasó la noche allí. No me dio explicaciones ni yo supe pedírselas. Cuando con el transcurso de los días fue evidente que no se trataba de un cambio temporal, consulté a un amigo psicólogo, que no fue más allá de echar la culpa al duelo demorado por la muerte de su padre y de aconsejarme que la dejara hacer, sin discutirle, para evitar a toda costa interrumpir el diálogo. Aunque lo intenté, no obtuve resultados. Como si se complaciera en ponerme las cosas difíciles, Julia intensificó sus monosílabos cada vez que le

dirigía la palabra con asuntos cotidianos, y en ocasiones llegó a contestarme mal, tal como se había acostumbrado a hacer con su padre. De tanto en tanto, rectificaba y me pedía perdón, pero incluso entonces no tardaba en rechazar los mimos con que me apresuraba a consolarla.

Y a veces, como no podía ser de otro modo, yo mismo perdía la paciencia. Era demasiado profundo el agujero y demasiado terca su resistencia a aceptar ayuda.

—¿Sabes lo que creo? —le dije, tras un desplante especialmente virulento—. Que no has sabido escribir tu maldito libro porque te mientes a ti misma. Hay una parte importante de ti, en relación con tu padre, que te niegas a asumir. Jamás le perdonaste que te permitiera vivir con tu madre.

Julia se empecinaba en el recuerdo de los últimos días de su padre en casa, y estaba claro que en el relato que empezaba a fijar me reprochaba haber sido el desencadenante, por la presión que ejercí sobre ella, del deterioro de la convivencia. Me soliviantaba el olvido de su propia contribución y me desasosegaba no saber hasta dónde llevaría sus pesquisas, pero, de no ser por mi enfado, no se me habría ocurrido decirle nada tan duro. De hecho, hasta ese momento habría sido casi inconcebible que me tomara la libertad de cuestionar aspectos de su pasado. O que descalificase un libro suyo, menos aún si estaba teniendo dificultades con él. Y ocurrió que, una vez formulada la acusación, en lugar de recapitular y juzgarla inmerecida, me atreví a ir más allá:

—Mientras dependiste de él, fuiste una hija a la espera, complaciente y solícita por el temor de perderlo; pero en cuanto estuvo en tu poder dejaste aflorar todo lo que antes reprimías.

Por primera vez, Julia levantó la mirada y me observó en silencio con la mezcla de despreciativo desamparo típica de algunos deprimidos al sentirse cuestionados.

—Y con tu hermano te ocurre lo mismo —proseguí—. Lo que pasa es que a él no lo tienes en tus manos...

—No tienes ni idea —dijo, cortante.

—No digo que fuese premeditado. Tan solo que te impacientaste con tu padre más veces de las adecuadas y que, en una persona por lo general tan equilibrada como tú, tan bondadosa, eso no puede sino tener una lectura. ¿Te acuerdas del día que apareció en nuestra cama?

Me refería a una madrugada, a la vuelta de su viaje a Cartagena de Indias,

en que su padre había irrumpido en nuestro cuarto mientras dormíamos, se había metido entre los dos y había conciliado el sueño abrazado a Julia, sin que ni ella ni yo nos diéramos cuenta hasta la mañana siguiente, cuando, tras despertarse y descubrirnos en tan embarazosa situación, Julia se dejó llevar del nerviosismo y arremetió contra su padre y de paso contra mí, por no haber estado alerta para evitarlo. Ni entendí entonces su virulenta reacción ni entendía ahora que, ante mi recordatorio, en lugar de recapacitar o mostrarse conciliadora, optara por guardar un silencio proceloso en el cual me sostuvo la mirada durante unos instantes y luego la apartó desdeñosa, como si una distancia sin cura se hubiera abierto entre nosotros.

Trayendo a su memoria ese suceso trataba de propinarle un toque de atención. Apelar a su sentido común. Había sido en su digestión de los excesos de aquella mañana –quería decirle–, de su duradero enfado, primero, y de su agónico arrepentimiento posterior, cuando ambos habíamos tomado conciencia de que, de seguir así, no sobreviviríamos. Que no llegáramos a hablarlo no quiere decir nada. Por lo general las convicciones más firmes, incluso si son compartidas, toman forma en silencio. Consecuencia de ello había sido que Julia considerase por primera vez internarlo. Ahora bien, en lugar de recordarle aquella mañana, ¿por qué no fui claro y le dije que había sido ella la culpable de que todo se volviera insufrible? Tal vez eso habría frenado su búsqueda. Si no lo hice, supongo que se debió a un equivocado afán de preservarla. Quería defenderme sin acusarla tan directamente y me equivoqué. Fue peor ponerla ante el espejo.

No calculé el poder de la experiencia cuando se preserva en una imagen, ni medí la rapidez con que estas alientan escenarios antes no considerados. Abandonar el rifirrafe cotidiano –erosionante pero inocuo–, las malas caras, los reproches mudos, para pasar al *tú hiciste*, al *tú dijiste*, dio alas a Julia. Bajó al suelo, enfocó la mirada y, así como yo di en imaginar razones nuevas a su comportamiento pretérito, estrechó su cerco.

Nunca nos recuperamos.

Inmune a los intentos de apaciguarla, determinada a tejer el presente con los hilos del pasado, Julia se alejó cada día un poco más y a mí me resultó cada día más difícil mantener la calma. Era como si el rechazo que en tiempos había sentido hacia su padre me lo hubiera trasladado a mí, y como si yo, igual que él, hubiera pasado del desconcierto al resentimiento. A mi pesar, nos fortificamos en la inquina mutua. Supe que se acercaba el final una

mañana en que se asomó a nuestro antiguo dormitorio y me preguntó, con la urgencia insomne con que antaño me consultaba las dudas nocturnas sobre sus libros:

–Si te hubiera pedido que ayudaras a morir a mi padre, no lo habrías hecho, ¿verdad?

Es cierto que el condicional suavizaba y que la petición última de corroboración contenía todavía una duda genuina, pero, con condicional o no, ahí estábamos, hasta ahí habíamos llegado. No quedaba mucho más.

Para no equivocar la respuesta, la miré sin contestar. Tanto si negaba como si le daba un sí indubitable, dañaría nuestro futuro. Julia bajó los ojos y se retiró por donde había venido. Me quedé sentado. Decirle cualquier cosa aparte de la verdad solo alargaría la presión. Permanecer como hasta entonces resultaba una quimera. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que hubiera escrito la última página de su libro? La culpa es obcecada. Engendra culpa. Recordé las palabras de un amigo que recientemente había superado una grave pancreatitis (*hubo un momento en que sentí la muerte al lado y que bastaba con dejarme ir*) y, a diferencia de él, a sabiendas de que hiciera lo que hiciera acabaríamos en el mismo páramo, me sentí sin fuerzas para intentar nada.

Dejarla ir. Fingir hartazgo. O no fingirlo: enseñar el que acumulaba. Seguir expuestos a la confrontación aumentaba el riesgo de sufrir duraderos efectos colaterales y alejaba, en consecuencia, la necesaria introspección de Julia en sus propias motivaciones. Si todavía tenía posibilidades de recuperar su comprensión, debía ser ella quien desentrañara la trama, hacerse las preguntas pertinentes y contestarlas. Esto, que sin duda era lo mejor para su libro, valía igual para mí.

Nada de eso lo dije: lo pensé para confortarme.

Mientras no reconociese su propia culpabilidad, si quería para mí una justa distribución de cargas y eximentes, debía desaparecer del estrado a la primera provocación.

Y negar siempre, hasta estar fuera.

No fue fácil.

En la única carta que recibí de Julia, me calificaba de psicópata narcisista y me reprochaba haberme desembarazado de ella ante el primer obstáculo sin siquiera forzar una conversación. En suma: desde la lejanía todavía pretendía que yo mismo me acusara en lugar de asumir ella un rol de fiscal que, de

ejercer con rigor, necesariamente le habría conducido a ampliar contra sí misma la causa.

En realidad, hasta los últimos tiempos de la convivencia con su padre no había previsto proceder por mi cuenta. El regreso de Julia de Cartagena había sido turbulento. La temporada de ferias y festivales literarios finalizó, y, como resultado de ello, menguaron sus deberes promocionales del libro sobre su madre; siguieron reclamándola en conferencias y clubes de lectura, pero eran viajes cortos, por territorio español, que no la obligaban a pernoctar fuera de casa más de una noche. El cambio tuvo de bueno que dejó de padecer por la lejanía cotidiana de su padre, y de malo que el roce continuo incrementó las fricciones. Este provocaba a diario situaciones engorrosas que se retroalimentaban en espiral y que fueron minando la confianza de ambos. El esquema, con excepciones, era el mismo: su padre metía la pata, la llamaba por otro nombre o traicionaba una memoria común, Julia estallaba o se encerraba en un silencio hosco y luego venían las lágrimas. Su padre le cogió miedo y yo empecé a vivir en un sobresalto constante. Desconcertado, no entendía de dónde procedía su agresividad. ¿La había albergado siempre, solo que reprimida, o es que de pronto no sabía controlar la frustración?

Quise hablar con ella, pero o bien se cerraba en banda, o bien acometía frágiles propósitos de enmienda que al poco traicionaba. Fue entonces cuando le propuse buscar una residencia y ella aceptó a regañadientes, consciente de que el futuro no podía prolongarse en esas condiciones. Ninguna la satisfizo. Estaba perdida, anulada por el conflicto entre sus deberes filiales y su incapacidad para cumplir con ellos. Por supuesto, no se me ocurrió mencionarle la madrugada en que entré en el cuarto de su padre estando ella en Cartagena; no le mencioné el correo escrito a su hermano ni le referí las luctuosas elucubraciones con que me había entretenido tras decidir no enviarlo. En una ocasión en que me permití insinuarle que a lo mejor su padre, de estar en su mano, no querría prolongar su existencia, me había mirado desconcertada, como si no lo hubiera considerado, y, tras unos segundos de duda, me había dicho que sí, que seguramente eso sería lo mejor dadas las circunstancias, pero que nadie, salvo él, podía tomar la decisión.

¿Nadie podía?

La línea es fina, y no me costaría argüir ahora que me equivoqué, fingir arrepentimiento. La realidad, al contrario, es que estoy en paz con lo que

hice, a pesar de que lamento, cómo no, las consecuencias que trajo. El alejamiento de Julia debido a su inquisitivo inconformismo de escritor. Si no se hubiera empeñado en escribir sobre su padre, si nos hubiera mantenido a salvo del recuerdo, este relato, que en cierto modo complementa el que ella escriba, habría sido innecesario.

¿Hasta dónde llega mi responsabilidad? No voy a perder un minuto argumentando las razones de una decisión tomada pensando en el bien de otros. Más difícil de entender a mi modo de ver es la ceguera de Julia al ponerme en la diana sin cuestionarse a sí misma. ¿Lo hará si escribe sobre ello? De momento lo único que puedo afirmar es que se está demorando. Seis años sin publicar es demasiado tiempo.

Por mi parte, he dejado de fantasear con la posibilidad de que todo vuelva a ser como era. Aunque la deseo, no espero su llamada. El tiempo teje estigmas irreparables, y es muy probable que mantenga heridas con su padre que se resiste a compartir. A nuestra edad, por profundo y duradero que haya sido el amor, queda ya lejos el momento de las confidencias. No sé qué heridas. Su rabia era demasiada, solo eso. Sería injusto por mi parte asentar como axiomas lo que no son sino elucubraciones.

De los hechos que yo provoqué y viví en primera persona es mía la responsabilidad.

La ocasión llegó tras una semana en la que Julia y su padre dejaron prácticamente de hablarse, cuando estuvo claro que lo que vendría sería peor. Él había borrado mi nombre de su cabeza y solo me llamaba con el de su hijo; ella, incapaz de sobreponerse, desbordada de emociones, comenzó a impacientarse y me recriminó las atenciones que dedicaba a su padre. Un día me reprochó estar empeñado en robarle su cariño, y aunque rectificó y se disculpó, me pidió que no le dejara llamarme con el nombre de su hermano. En fin: que ya había sufrido lo suficiente en otros tiempos como para que ahora, tantos años después, todo se repitiera. Esto último no lo dijo, pero fue como si lo hiciera.

Los ecos del pasado. Soy consciente de lo atribiliario que puede parecer atribuirles algún protagonismo, pero carezco de una explicación más plausible. El padre de Julia no era dueño de sus actos, y Julia, que sí debería haberlo sido, a su modo tampoco lo era. Parecía un objeto flotante abandonado a la marea, un corcho o un pedazo de madera que tan pronto se

aproxima a la orilla, suspendido en la superficie del agua, como desaparece en las profundidades al sacudirlo una ola.

En sentido estricto resulta banal hablar de responsabilidades. Es cierto que por causa de ella todo se volvió más insoportable. Sin embargo, eso no socava una sospecha de la que los años transcurridos no me han hecho abdicar: su inconsciencia respecto de lo que hacía. Constataba *a posteriori* las consecuencias de sus actos, y se esforzaba en buscarles justificación, pero no veía, mientras los llevaba a cabo, que con ellos cada vez se volvía más insalubre la estrecha baldosa sobre la que ambos –no solo su padre– nos manteníamos en equilibrio.

Desde la mañana fue uno de esos días de los que, cuando terminan, uno piensa que no deberían haber sucedido. El padre de Julia lo empezó tan confuso como para tomar a la asistenta por la madre de Julia. Yo había ido temprano a la oficina de *coworking* para resolver tareas pendientes, y cuando regresé, rebasado el mediodía, los encontré en el salón.

–Julia dice que vuestra madre trabaja ahora de asistenta –me anunció él.

–Yo no he dicho eso, papá. Y él no es tu hijo. Deja de tratarlo como si lo fuera.

Como siempre que lo confrontaban con uno de sus espejismos, el padre de Julia se quedó meditativo durante un instante y volvió a la carga con terquedad:

–Entonces, ¿por qué ha entrado con llaves? ¿Y por qué se ha puesto a limpiar? No quiero que vuestra madre venga aquí.

Julia enrojeció, pero logró contenerse. No obstante, como si necesitara apartarse para no estallar, me hizo una seña para que la siguiera fuera del salón.

–Te ruego que por una vez no le sigas la corriente. Esto es demasiado. Tienes que decirle la verdad.

–¿Qué verdad? –le pregunté–. ¿Que tiene una enfermedad degenerativa y que la mayor parte de lo que ve son fantasmagorías?

–No te pongas sarcástico, no es el momento.

–Julia, es evidente que tú y yo no sabemos lidiar con esto y que donde mejor va a estar es en una residencia.

–Eres tú quien no sabe llevarlo.

Durante unos momentos me quedé sin réplica. Julia, vestida aún con el

camisón y una sudadera a modo de bata, me miraba airada. La aspereza que traslucía su actitud se disolvía ante la imagen, más patente, de su desvalimiento.

–La residencia es lo último, ¿me entiendes?

–Pues entonces déjame hacerlo a mi modo. No puedo estar todo el tiempo luchando con él.

Intentaba apelar así a su sentido común, y Julia se disponía a responder, cuando de improviso apareció su padre en el pasillo y terminó la faena:

–Que se vaya, si quiere –vociferó–. No puede montar estos alborotos. Ha salido a vuestra madre.

Cogí al padre de Julia por los hombros, lo conduje de vuelta al salón, le ordené que no se moviera de ahí y regresé por Julia. Estaba descompuesta, demasiado afectada para llorar. Cuando quise abrazarla, intentó apartarse, pero insistí y no se resistió. Con la palma de una mano aferrada a su espalda y la otra acariciándole la nuca, le susurré que se duchara y se vistiera y se aireara. Que llamara a alguien, que yo me encargaría de darle la comida a su padre, y que regresara tarde si quería.

Para mi sorpresa, aceptó.

Pasé la tarde adoctrinando sin éxito a su padre para que fuera cuidadoso con ella. Sin éxito, porque, aunque seguía irritable y celoso, por supuesto no recordaba lo sucedido. Aun así, perseveré mientras dábamos un paseo hasta el mar. Entre tanto, envié a Julia varios mensajes que ni siquiera abrió. Apareció a eso de las ocho con síntomas de haber bebido. No tanto como para estar borracha, aunque sí –recelé– como para no calibrar el efecto de sus palabras.

–¿Os molesto? –preguntó, al irrumpir en el salón.

Llevábamos en silencio desde la vuelta del paseo, balanceándose su padre en la mecedora y yo leyendo, y me faltaron reflejos para responder.

–Me iría a casa de mamá –explicó–, pero ¿sabes? –Se dirigió a su padre–. Murió hace tres años.

El aludido la miró sin comprender.

–Julia, por favor –le dije.

–Es verdad, perdona. Ya estoy alborotando otra vez...

–Déjalo, en serio.

–Me siento tan sola... Tú no lo entiendes. La memoria duele si no se comparte.

–O si no asume cada uno la suya –dije como para mí mismo, sorprendido de un pensamiento que había brotado espontáneamente–. Hagamos una cosa. Voy a preparar una buena cena y, si os apetece, más tarde vemos una película.

–*Con faldas y a lo loco* –exclamó su padre con júbilo infantil.

Viniendo de donde veníamos, sonó tan hilarante que Julia no pudo evitar sonreír. Aliviado, me levanté del sofá y la ayudé a quitarse el abrigo.

–Quedaos aquí. Cuando esté todo listo os aviso.

Ausentarme pudo ser una temeridad, pero lo juzgué mejor que permanecer a su lado. No iba a vivir pegado a ellos para evitarles todo daño. Durante un rato, pareció un acierto. Tuve tiempo de sacar un rollo de masa quebrada de la nevera, de encender el horno, de poner a cocer un bloque de espinacas congeladas sobre una sartén, y mientras se cocían, de hacer una bechamel ligera a la que añadí unas tiras de jamón; cuando el horno se calentó, templé la masa y la extendí sobre el molde aplastando los bordes con un tenedor. Después de añadir el relleno y de meter el pastel en el horno, fui al salón. De camino, escuché a Julia preguntar algo sobre un verano y que su padre contestaba *no me acuerdo*, pero, como las voces eran calmas, retrocedí sin asomarme. Aliñé la ensalada de la guarnición y, cuando empezaba a cortar la bresaola y el parmesano que serviría como aperitivo, me interrumpió la voz soliviantada de Julia: *No te vayas, ¿adónde vas?, vuelve a sentarte*. Al poco apareció su padre en la cocina y, enseguida, la propia Julia.

–Es increíble. No resiste ni un minuto conmigo.

Su tono era ahora lastimero.

–Eso no es cierto –le dije–. Casi he terminado la cena. Venga, sentaos ya.

Tenía la impresión de caminar por un alambre tan fino que en cualquier momento podíamos caer al vacío.

–¿Dónde aprendiste a cocinar? –me preguntó el padre de Julia.

–Fijándome y leyendo recetas, supongo.

–Yo nunca he sabido hacer nada.

–Eso no es cierto, papá. Hacías escalivada y arroz negro y pasta de muchas formas.

Coloqué ante ellos la bresaola con el parmesano y comenzamos a comer sentados a la barra de la cocina. No ofrecí vino, pero Julia lo pidió y no tuve más remedio que abrir una botella. Ya puestos, serví a su padre. Nadie volvió a hablar hasta que saqué del horno el pastel de espinacas. Todo parecía ir

bien, y entonces, cuando esperaba una celebración de mis dotes de cocinero, el padre de Julia se sacó de la chistera una pregunta absurda:

–¿Cuántos años tiene el chaval?

Su hija y yo alzamos instintivamente la cabeza para observar hacia dónde miraba.

–¿Qué chaval? –inquirió Julia, al comprobar que, fijos como tenía los ojos en ella, no se trataba de una alucinación.

–¡Joder!, el chaval.

–Aquí no hay ningún chaval, papá.

–Claro que no. Por eso lo pregunto. ¿Es ya mayor? ¿Cuántos años tiene?

Julia guardó silencio como si no supiera qué decir, y a mí no se me ocurrió de qué forma mediar.

–¿Lo has enviado a estudiar fuera?

–Pues claro que no, papá. No hay ningún chaval.

–¿Cómo que no? Tu madre me dijo que había un chaval.

Por un instante, atisbé una fisura en la expresión de extrañeza de Julia y que, para rectificarla, adoptaba un ademán más severo.

–Mamá no pudo decirte eso.

–Lo escondiste debajo de una piedra. Eso me dijo.

–Ni debajo de una piedra ni en otro sitio. Lo que dices no tiene sentido, papá.

–Búscalo y verás. Búscalo. ¡Se va a morir si no lo sacas!

No terminamos la cena. Como su padre insistía, Julia se levantó para irse (*me asfixio, no puedo más, estoy agotada*) y yo continué al otro lado de la barra sin saber qué hacer. Al momento quise ir tras ella para comprobar si estaba bien, pero su padre me lo impidió agarrándome de una mano.

–No vayas –me dijo–. Ten cuidado. Quiere escondernos a los dos debajo de una piedra.

Tardé más de una hora en conducirlo a su cuarto. Lo acosté, le apagué la luz y fui a buscar a Julia. La encontré en nuestro dormitorio, metida en la cama, con un libro abierto sobre el pecho. Apenas había dado un par de pasos dentro cuando su padre gritó:

–La piedra, quítame la piedra de encima.

–Esta vez déjame a mí –dijo Julia.

–Claro.

Salió de la cama, se calzó las zapatillas y, mientras se alejaba por el

pasillo, aguardé inmóvil. No me equivocaba. Al cabo de muy poco, volvió a oírse la voz de su padre:

–Tú no, tú no.

Me detuve en el umbral. Julia estaba sentada a los pies de la cama con el cuerpo inclinado hacia delante y la mano derecha apoyada sin vigor sobre el colchón, en tanto que su padre, esquinado entre la pared y el cabecero, se mantenía a distancia con las piernas recogidas. Pensé que lo habría intentado sosegar mediante una caricia y que él se la había sacudido y se había apartado.

Debí de carraspear o hacer algún ruido, porque, al sentirme, Julia no tardó en volverse.

–No sé qué le pasa. Cálmalo tú, por favor.

Parecía angustiada. Angustiada y agradecida por mi aparición. Su padre, que no había reparado en mí –tan tenso y desubicado se le veía–, tornó a mirarme por encima de la cabeza de ella. En un primer momento, sus ojos, acuosos y muy abiertos, vagaron por mi rostro. Le llevó un tiempo rescatar la falsa imagen de mí fijada en su delirio, y cuando por fin la activó, el alivio se impuso a un minúsculo residuo de vergüenza. Vergüenza por la situación o vergüenza, quién sabe, por algo más amplio.

Efectivamente, era tarde para casi todo.

La intensidad de los hechos vividos ha borrado de mi memoria su exacta literalidad. No creo que me dirigiera frases tan atrabiliarias y crueles como «aparta a tu hermana de mí. Esa niña es el diablo y quiere obligarme a hacer una tontería», pero lo que dijo fue similar o eso entendí al menos. Después, Julia se levantó, comenzó a llorar y salió del cuarto dando un portazo.

Nos quedamos mirándonos. Pasó un segundo, pasaron dos, tres o cuatro... El caso es que conservo la impresión de que, en ese ínterin en cualquier caso breve, desfiló por mi cabeza lo que nos depararía el futuro –escenas como aquella multiplicadas, discusiones con Julia, la degradación, el horror, un cansancio cada vez más corrosivo...– y que fue entonces –o eso, a lo mejor, fue una recreación posterior: ¿acaso no había buscado ya en la internet profunda qué emplear y qué dosis?– cuando acepté que no valía la pena continuar.

–No te preocupes, papá.

No pensaba decir *papá*, pero lo dije cuando menos cierto lo sentía, y, una vez dicho, inesperadamente me sentí más libre de actuar; y supongo que a su

modo él también, pues estiró de nuevo las piernas, se metió debajo de la colcha y, lanzándome una mirada casi serena, como si por primera se abriera a una esperanza, exclamó:

–La piedra. No te olvides de quitarme la piedra.

–Descuida, papá. Yo me encargo.

Mi memoria sigue sin ser nítida sobre lo que sucedió a continuación. Seguramente esperé a que se quedase dormido y luego me uní a Julia en el salón, o donde se hubiera refugiado. Hablamos, intenté sosegarla. La conduje al dormitorio, tal vez me metí a su lado en la cama y, cuando por fin concilió el sueño, volví a levantarme.

Del resto, el desenlace dramático que desfigura todo lo anterior, sí me acuerdo, pero son imágenes y sensaciones deslavazadas que poco añaden.

Los pasos amortiguados, el ruido de mis pensamientos fabricando excusas, el peso de la cabeza, la barbilla y el embozo humedecidos, el trasiego de las grageas en la garganta, la búsqueda de una toalla, los arrullos, la espera, el regreso con Julia y, por último, el silencio... El silencio de *no quiero saber más*. El silencio de las sombras que reverberan, de lo que has dejado atrás y reaparece con otra forma. Todas las veces que te dices *eso ya lo conozco, allí ya he estado*.

TRAICIÓN

Nuestras necesidades eran tan modestas que vivíamos con nada. En un sentido laxo, éramos felices. Mi madre había acomodado sus ambiciones a la seguridad de un trabajo que, aunque por debajo de sus capacidades, le devolvía una imagen de sí misma que no rechazaba. Le bastaba con ser quien era: hablar como hablaba, vestirse como se vestía; nada más que su distinción se requería para cumplir con los clientes del anticuario de pintura donde había acabado de dependienta gracias a las gestiones de una conocida de los propietarios. Pero contábamos el dinero, cómo no. Su sueldo resultaba escaso, vivíamos de alquiler, arrastrábamos las deudas de su última aventura empresarial y yo aún estudiaba. Y teníamos preocupaciones. La principal de las cuales, la precariedad de nuestros cimientos: un miedo vago pero persistente, que no nos confesábamos, a que aquel frágil equilibrio se desmoronase.

Luego, estaba todo lo demás: la alegría de mi madre, sus ganas de vivir, su moderada excentricidad, su empatía con quienes lo pasaban mal, su fidelidad, su sentimentalismo, su tendencia a atender las reverberaciones del pasado antes que la concreción del presente y su generosidad inusitada, que incluía un don admirable para perdonar sin alimentar rencores. De todo ello se benefició un gran número de gente, ya que otra de sus características, y esta bien extraña, era su costumbre de elegir sus amistades entre personas con una notable incompetencia para organizarse la vida conforme a parámetros convencionales. Nuestra casa permanecía abierta para ellos, tanto en las épocas buenas como en las malas. Por ahí pasaron mi padre, que buscó refugio incontables veces, antiguos novios, amigas a quienes un mal paso o una viudedad repentina dejaron sin recursos, y el favorito de los protegidos: su único hermano.

En verdad, a mi tío no le faltaban razones para merecer una preferencia que en mi madre estaba teñida de cierto sentimiento protector de carácter maternal. Siete años menor, y, como ella, huérfano de madre, apenas obtuvo la mayoría de edad había sido expulsado al mundo después de casarse mi abuelo por segunda vez. Como consecuencia de ello, se había entregado a

una vida nómada que pocas veces le dio sosiego. Había abandonado sus estudios para cumplir el servicio militar; había sobrevivido con trabajos variopintos en Estados Unidos y en Francia; había frecuentado círculos artísticos y aprendido a explotar su resbaladiza belleza; había publicado una novela y probado suerte en el cine, de actor secundario en un par de producciones olvidables y de ayudante de dirección en una extraña película *underground*; había regentado una *boîte* de corta pero fulgurante fama y jugado al póquer profesionalmente en timbas y casinos ilegales; había sido promotor de conciertos de jazz y durante unos meses había trabajado para un periódico diseñando crucigramas. Menciono sus actividades más llamativas, dejo a un lado las más grises o sórdidas. La razón de que no hubiera prosperado en ninguna no habría que atribuírsela a la cortedad de sus talentos sino a la exuberancia con que se manifestaban; a su inconstancia, a su renuencia a dejarse atar, a su insatisfacción con los logros obtenidos, a su apetito de experiencias y a su poco respeto por los compromisos, que en ocasiones le había llevado a comportarse de forma desleal con sus socios y empleadores. Compartía con mi madre la buena planta y el optimismo. Era un seductor experto, de los que no miden las consecuencias de sus acciones en las víctimas de su buena fortuna: confiaba en que algún día las resarciría, cosa que en una trayectoria como la suya, marcada por una sempiterna huida hacia delante, casi nunca era cierta. La conciencia difusa de esta contradicción, así como los estragos del tiempo, lo habían endurecido, y, por otra parte, conforme su temperamento volátil fue siendo conocido, su habilidad para caer de pie y reinventarse también había disminuido. Entrado en la madurez, las fases de privaciones habían empezado a ser más abundantes que las opulentas, y a menudo había recurrido a mi madre para obtener cobijo o dinero. Quienes lo estimábamos, sin que ello mermara su poderoso atractivo, sabíamos que, abatido a su pesar y acuciado por prestamistas y resentidos, su horizonte no era tan luminoso como algún día habría imaginado. Trampeaba como podía, ya sin grandes metas ni recursos para lograrlas.

Pero lo queríamos. Lo queríamos mucho y lo alentábamos a escribir un libro sobre su vida, con la ilusión de que encontrara en ello una vía para redimirse. Lo rechazó siempre, en parte avergonzado y en parte halagado por la confianza en él que nuestra sugerencia revelaba. Teníamos una buena relación, yo lo admiraba más allá de lo que sus equívocas hazañas

justificaban y él me correspondía con un afecto sincero, heredero del que profesaba a mi madre. Parecía una ecuación, por equitativa, destinada a no romperse. Tanto mi madre como yo habíamos sufrido por su causa desilusiones y desengaños y se los habíamos perdonado con limpieza de corazón. Meros avisos acerca de las líneas que no debía traspasar, nuestras represalias no habían durado.

Mi madre aún vive; él no. Desconfío, por tanto, de la pertinencia de hablar de perdón. Se diría que el perdón es una gracia que se otorga entre los vivos, aunque con frecuencia son la muerte o su posibilidad las que allanan el camino.

Unos años antes de su muerte, mi tío disfrutó de un esplendor postrero como representante de un instrumentista de jazz conocido en el circuito internacional tanto por su indiscutida calidad como por los plantones, en conciertos y galas, inducidos por los desvaríos de su politoxicomanía. Soy deliberadamente impreciso para no resucitar viejas querellas. El caso es que las labores de mi tío superaban las de un intermediario convencional. Además de negociar los contratos, atendía al músico en su vida diaria dosificando sus adicciones para tenerlo a punto en sus compromisos. Creo que lo admiraba y que lo unía a él una genuina amistad, de otro modo no concibo que durase a su lado. Quienes han sostenido a un drogadicto intentando que no se quiebre, conocen la ingratitud. Mi tío obtenía sus compensaciones, no solo el porcentaje pactado que recibía a cambio de cada bolo, sino otros muchos, llamémoslos ilegítimos, que extraía a modo de comisión autoasignada de casi cualquier gestión no profesional que realizaba para él, ya fuera el pago a un médico o a un camello. De ello fui testigo, inocente a veces y perspicaz otras. Cuando un compromiso los traía a Madrid, salvo que me lo impidiera un examen próximo, mi tío me invitaba a los conciertos y grabaciones con permiso de mi madre. A ella no le importaba que perdiera clases a condición de que no se reflejara en mis notas, menos aún si la excusa era compartir un rato con su hermano, y yo disfrutaba participando del ambiente extraño de los músicos. Me gustaba observar la reacción del público, aprender a descifrar cuándo un aplauso era exagerado y cuándo pasaba inadvertido un quiebro especialmente virtuoso, y me enorgullecía tener acceso al *backstage*, conocer lo que sucedía entre bambalinas. Disfrutaba de la complicidad de mi tío, que no hacía ostentación pero tampoco se esforzaba en ocultarme sus *otras* labores. Vi más en esos días de lo que me atreví a confesar a mi madre. Traté

con traficantes que parecían atildados oficinistas, contemplé la ansiedad con que se les recibía y el sosiego que dejaban tras su marcha, vislumbré las bolsitas con el objeto de su mercadeo, me familiaricé con sus distintos géneros y presencié a distancia las negociaciones de mi tío, sus trapicheos que a menudo incluían pagos demorados.

La relación de mi tío con el músico acabó por la misma época en que mi madre empezó a trabajar en el anticuario de pintura. Ignoro si la ruptura fue amistosa o forzada por un desencuentro mutuo. Lo que sé es que terminó y que, a consecuencia de ello, mi tío dejó la nocturnidad y se abstuvo de frecuentar las salas de conciertos de las que antes era asiduo. Mi madre lo notó igualmente, y ambos conjeturamos que se había saturado de mala vida y buscaba reequilibrarse. Ya no era joven, y a ciertas edades ningún organismo soporta el desorden horario y la ingesta diaria de alcohol. Después de su ruptura con el músico, desapareció de Madrid durante una temporada y, a su regreso, no tardó en pedir asilo en casa. Es posible que fuera entonces cuando más pesado me puse animándolo a escribir sus memorias. Conservaba algún dinero del ganado como *manager* y nos hablaba con insistencia de abrir un chiringuito en una playa de Formentera, para el que decía contar ya con licencia, pero era evidente que se trataba de un proyecto más, entre otros muy vagos con los que intentaba apaciguar la inquietud de mi madre. Estaba agotado, sin ímpetu ni imaginación para elucubrar una salida real. Con posterioridad me he preguntado si el cáncer que lo mataría pocos años después no envenenaba ya su metabolismo. Puede ser. La otra alternativa, más plausible, es que lo paralizara el miedo. Ya entonces abundaban las señales que nos habrían autorizado a pensarlo, pero de hecho no supimos hilar las conexiones hasta que fue tarde.

Aquí debería bifurcar la narración entre lo vivido por mí y lo vivido por mi madre. Solo puedo hacerlo parcialmente, ya que de la parte de mi madre apenas conozco el final. Mientras yo atendía las clases de mi último curso de instituto, mi tío se aficionó a acompañarla al anticuario. Pasaba con ella toda la mañana, demostrando un tacto y una labia con los clientes que alentaban en mi madre la esperanza de un cambio de actitud más profundo. Nunca los vi en esas circunstancias, pero debían de formar una pareja peculiar, tan altos los dos, tan elegantes sin deliberación, tan distantes a la vez que cálidos, tan parecidos pese a la diferente edad...

Mi turno, el rato que mi tío me dedicaba, llegaba por la tarde: las tres

horas, tras el almuerzo en casa, durante las cuales mi madre debía abrir de nuevo el anticuario. No andábamos boyantes de dinero, ya lo dije, y nuestros planes eran limitados. Tampoco disponía yo de excesivo tiempo, cercanos como estaban el fin del curso y las pruebas de selectividad a las que debía presentarme en junio. Alguna vez fuimos al cine pero por lo general permanecíamos en casa, satisfechos con dar un paseo cuando concluía mi jornada de estudio. Pese a saberlo atribulado, me sentía afortunado por la ilusión de cómplice afinidad que me proporcionaba su cercanía. Nuestras conversaciones, cortas, versaban sobre su infancia con mi madre. Yo le interrogaba a la caza de las claves, además de su orfandad materna y de las malas relaciones con su padre, que explicaban por qué los dos habían tenido trayectorias vitales y laborales alejadas de lo que su origen social habría dictaminado, y él me respondía con historias embellecidas o con defensivas declaraciones destinadas a cortar mis pesquisas.

–Prefiero ser lo que soy antes que pudrirme en un despacho de abogados – me soltó en una ocasión.

Sucedió una tarde nubosa de primavera en la que la luz se filtraba con reflejos metálicos. Habíamos estado en el jardín botánico y regresábamos a casa, callejeando por el barrio de las Letras. Nada hacía prever lo que sucedería. Así es casi siempre. Caminábamos despacio, contagiados de la calma que nos infundía el escaso tránsito, cuando repentinamente dos hombres se abalanzaron sobre él, lo zarandearon y lo arrastraron hasta un bar. Yo entré unos pasos por detrás y, mientras uno de ellos me sujetaba del pecho por la camisa y el otro discutía con mi tío al fondo del local, observé la alarma que provocaba en el camarero nuestra violenta irrupción. No protestó. Demostró más sangre fría. Sigiloso, descolgó un teléfono de góndola que había sobre un refrigerador junto a un listín de canutillo de alambre y marcó. Para entonces, el hombre que se encargaba de mí me había arrastrado hasta la barra y, con afán de disimular, pedía una cerveza para él y una Coca-Cola para mí. Vio al camarero al teléfono pero no sospechó. Ni siquiera yo supe que de esa llamada dependía mi suerte. Todo sucedió más rápido de como lo describo aquí. Mi confusión era considerable. Intenté escuchar la conversación de mi tío con el otro facineroso, pero solo este hablaba y lo hacía en susurros, sujetando a mi tío por el costado en un gesto que pretendía parecer amistoso. Los ojos de mi tío expresaban pavor. Lo vi con claridad en un momento en que cruzó la mirada conmigo, poco antes de que su acosador

se volviera y me observara. El examen que este me dedicó fue moroso. Luego, lo interrumpió para decir algo a mi tío y mi tío asintió con la cabeza.

No son tantas las cosas que nos sacuden de improviso y remueven nuestros cimientos. Ocurre con las muertes que nos tocan muy de cerca y con algunas pérdidas. Lo raro es que cuando algo así sucede, no sentimos el golpe de inmediato. Es como si, para amortiguarlo, nuestro cerebro nos protegiera forzándonos a aceptar su inexorabilidad. Al recibirlo, nos sentimos extrañamente lúcidos, con la sensación de que todo encaja. A eso lo denominamos quedarnos aturcidos, pero no es cierto. De hecho, pocas veces contemplamos con mayor comprensión ese mecanismo azaroso y con frecuencia cruel que llamamos vida. Más tarde llegan la ira o el desconsuelo, que son lo contrario de la lucidez, y más tarde aún, el intento de recomponernos a partir de los pedazos esparcidos, asimilar el golpe, lo llamamos. Este es el proceso más largo, pero también aquí erramos en la expresión: lo aceptamos, no lo asimilamos.

Ese atardecer de primavera mi tío se marchó del bar dejándome como garantía de su regreso, y si bien me es imposible corroborarlo, pues apenas unos minutos después sonó una sirena y los dos hombres se dieron a la fuga, tengo la convicción, a lo mejor injusta, de que no planeaba regresar, de que él sí estaba aturcido. Por supuesto no tenía el dinero que, supongo, le reclamaban. Creo que solo pensó en sí mismo.

Qué absurdo. Renunció a pedir ayuda porque eso lo habría colocado en una situación aún más comprometida según los códigos del hampa. Tal vez consideró que no se atreverían a hacerme nada. Pero, si fue así, ¿por qué permitieron ellos que se marchara? Yo llevaba encima mi documentación, y en el mejor de los casos se habrían dedicado a amedrentarme.

Al llegar a casa preferí no contar nada a mi madre, a pesar de que mi tío no acudió a dormir ni llamó para avisar y ella se inquietó. Lo hice posteriormente, y aún me arrepiento. Explicaré enseguida el porqué de mi decisión, pero antes debo incluir el relato de mi madre. Al parecer, mi tío la llamó al día siguiente, preguntó por mí, se excusó por su ausencia nocturna dando a entender que había dormido con una mujer y después se presentó, como acostumbraba, en el anticuario y pasó con ella el resto de la mañana. Según mi madre, su comportamiento había sido el de otros días, solícito con los clientes y cariñoso con ella. Le sorprendió tan solo su cautela al preguntar

por mí en la conversación telefónica previa, así como que se fuera instantes antes del cierre aduciendo tener una cita.

Mi madre me refirió sucintamente lo anterior cuando nos encontramos para comer, pero los detalles los añadió por la noche, tras llegar a casa después de descubrir que una de las piezas más valiosas del anticuario, una tabla renacentista de un reputado pintor de la corte del reino de Aragón, fácil de esconder debido a su tamaño en la trasera de una chaqueta, había desaparecido.

Mi tío no resistió la posibilidad de volver a mirarme con el vergonzoso recuerdo de su desertión, y yo sucumbí a la tentación de contársela a mi madre. Me equivoqué. Mi madre perdió su trabajo en el anticuario y a raíz de ello pasamos una época de penuria, pero, si bien acabó por olvidar la contribución de mi tío a su despido, jamás le perdonó haberme dejado en aquel bar.

O sí lo hizo. Pero ya tarde. Cuando la muerte batía sus alas sobre él y nada podía reparar mi traición.

MUDAR DE PIEL

En 2005 murió mi abuela paterna, y, mi padre, que llevaba seis años desaparecido, se presentó en el cementerio.

Nuestra madre nos había pedido que lo evitáramos en el caso de encontrarlo en algún sitio. Yo creía que para mí sería fácil; mi hermano, en cambio, no tenía las cosas tan claras. Como insinuó una vez, seguramente su curiosidad se impondría sobre la recomendación materna. Después de todo, era el pequeño y no guardaba memoria de casi nada. Además, difícilmente podría escaparse si nuestro padre lo abordaba.

El día del entierro no lo vimos. Al parecer se quedó retirado, contemplando la ceremonia entre los asistentes ajenos a la familia. Pero los días siguientes supimos de él por nuestra tía Martina, su hermana. Había tomado una habitación en una de las pensiones del centro y no pensaba moverse hasta haber cobrado su parte de la herencia. Lo de la herencia lo pronunció mi tía para tantear a mi madre. Desde que mi abuela enfermara se había desatado una guerra por el dinero, con varios parientes a la espera de un despiste del bando rival para llevarla al notario, y mi tía quería averiguar, supongo, si mi madre estaba entre ellos. Si no demostraba ansiedad ante el comentario significaba que guardaba una carta en la manga. Lo que mi tía ignoraba era que mi abuela había sido previsora y dos años antes, imaginando lo que se desencadenaría, había regalado a mi madre unos cuantos miles de euros. De reservarnos algo en el testamento, no sería más que una propina.

Al terminar los días de duelo supimos que la última voluntad de mi abuela había sido hacer a todos sus hijos herederos por igual, tal como quedara fijado, veinte años antes, en el que resultó ser su único testamento. Creo que mi madre esperaba un castigo a mi padre y que en cierta medida se sintió defraudada, y creo que su decepción contenía asimismo una dosis de despecho por el dinero que mi padre disfrutaría y no nosotros, como si la suma que ella había recibido anticipadamente, y por la cual nunca protestó, de pronto perdiera varios quilates de valor por no haber sido restada de la parte de mi padre. Y había, por último, un escozor más: la sospecha de que, manteniendo un testamento tan antiguo, mi abuela había querido librarlo del

agravio de ser desheredado. Donde otros advertirían un cándido gesto de piedad maternal, ella veía debilidad. Una debilidad tanto más execrable en tanto que representaba una suerte de absolución póstuma de mi padre.

Una semana después de la apertura del testamento, mi padre se presentó en casa. Lo hizo cuando mi hermano y yo estábamos en el colegio, algo que nuestra madre –fiel a su máxima de no dar al enemigo ni agua– se empeñó en considerar casual. Mi padre le dijo que no tenía intención de disfrutar de su herencia, que la cantidad no iba a arreglarle la vida y que, mejor que malgastarla en un negocio ruinoso de los suyos, prefería darnos el dinero a mi hermano y a mí para resarcirnos, si era posible, de su ausencia de tantos años. No conservo muchos recuerdos de mi padre antes de que nos abandonara, pero los que poseo son suficientes para concluir que un gesto así de contrición no era habitual en él. Mi madre me informó de ello esa misma noche, entre sorprendida y alegre, después de que mi hermano se hubiera metido en la cama.

–¿Y qué le contestaste? –le pregunté, ávido de saber si abriríamos una brecha en un panorama vital dominado por su previsora austeridad.

–¡Qué pregunta! –exclamó airada–. Le he dicho que no lo necesitamos. No puede pretender que lo perdonemos por un puñado de dinero.

Al día siguiente, camino del colegio, se lo conté a mi hermano. Mi madre me había pedido que no lo hiciera; no atendí su deseo para prevenirlo ante lo que pudiera suceder. Tal vez nuestro padre, apaciguada su conciencia con el ofrecimiento, se diera por satisfecho y no insistiera, o tal vez volviera a la carga. Por lo que sabía a través de la tía Martina, que lo había visto unas cuantas veces, no mostraba muchas ganas de retomar su vida. Su último batacazo, la manufactura de jabones para lavadoras industriales en un garaje, le había costado una corta estancia encarcelado por fabricación y venta ilegal, y desde entonces trabajaba como representante de productos de droguería en una ciudad de la periferia de Barcelona. Mi tía me dijo que era la sombra de lo que había sido.

–¿Jabones de lavadora? –preguntó mi hermano, tras frenar su silla–. Pero ¿no era inventor?

Esa era, lo reconozco, la versión dulcificada que había alentado en él para combatir la aspereza desmitificadora de nuestra madre: un padre constructor de artilugios, un soñador de patentes que algún día regresaría con los bolsillos repletos para tornar en admiración el desprecio de su familia. Una idea

probablemente cercana a la que tendría de sí mismo en los tiempos en que huyó de casa, pero que tenía poco que ver con la realidad, más sórdida, a la que lo habían conducido sus sucesivos fracasos empresariales: alquimista a granel de ungüentos y brebajes dudosos que otros vendían en envases de marcas conocidas.

Pocos días después nuestro padre llamó por teléfono. Contesté yo.

–Alberto, soy papá. Si tu madre está en casa, no digas que estás hablando conmigo.

Me quedé seco. Apenas unos minutos antes habría sido incapaz de recordar su voz; ahora, conforme me venían en tropel imágenes que creía olvidadas, tuve la sensación de que nunca había dejado de resonar en mi cabeza. De todas las posibilidades que había contemplado ni se me había ocurrido la de que intentase hablar conmigo.

–¿Te ha contado tu madre?

No respondí. ¿Cómo se habla con un padre al que no vemos desde hace años? Traté de recordar cuál había sido nuestra última conversación. Difícil saberlo. Después del accidente de mi hermano todo fueron nervios y pesadumbre, operaciones y un obligado *reseteo* del futuro en el que cualquier prioridad que no fuese suya quedó relegada y cualquier otro protagonismo erradicado. Mi padre no pudo soportarlo o se engañó con la ilusión de que podría darnos más si se apartaba por un tiempo.

–No hables si no quieres, pero escúchame.

En ese momento mi hermano apareció por la esquina del pasillo con las muletas que usaba en casa y me preguntó quién era. Le guiñé un ojo y me llevé el índice a los labios mientras nuestro padre me contaba apresuradamente el propósito de su visita a casa días antes. Cuando terminó, respiró profundamente al otro lado del hilo y añadió que entendía que estuviéramos molestos con él, que no pretendía nuestro perdón, tan solo ayudarnos:

–Diga lo que diga vuestra madre os daré el dinero. Si hace falta, abriré una cuenta a vuestro nombre.

Mi hermano era un optimista nato, y eso era lo que más temía nuestra madre de él. Es triste decirlo, pero es así. Agradecía, claro, su templanza, la resignación con que había aceptado su desgracia, pero le atemorizaba su espíritu insumiso. Creo que en cierto modo veía a nuestro padre reflejado en él y que eso infundía en ella un celo irracional.

Seis años antes, nuestro padre se había ido de casa dejando atrás dos hijos, pero era el abandono del menor de ellos, mi hermano, lo que al sentir general resultaba más condenable. Nadie lo mencionaba, se traslucía en los silencios como algo que no requiere explicitarse, pero lo cierto es que ni siquiera mi madre confiaba en que la solidaridad de mi familia paterna con ella hubiera sido la misma de tenerme solo a mí. Es comprensible, por tanto, que al discurrir sobre las motivaciones de mi padre yo mismo me atribuyera un papel secundario. Sin haberlo meditado, daba por hecho que el principal aliciente de su vuelta era mi hermano, que a él, más que a mí, le debía sus explicaciones. Suponía que si intentaba un acercamiento, sería con él. Por supuesto me equivocaba. No había considerado nuestra diferencia de edad (tres años mi hermano frente a los ocho míos cuando nuestro padre desapareció) ni que yo, aunque fuera como interlocutor inicial, le era necesario.

—¿Te ha preguntado por mí? —deseó saber mi hermano cuando colgué.

—No.

—¿Y habéis quedado en algo?

—Quiere que hablemos con mamá de lo del dinero.

Esa noche, sentados a la mesa de la cocina, mientras nos servía la cena, le referí a nuestra madre la llamada. Mamá miró a mi hermano con el cucharón de la sopa en alto y luego a mí, reprobadora.

—Muy bien —contestó—. Que lo haga, si quiere. Que os dé ese dinero. Pero que no piense en volver a pisar esta casa. No quiero que tu hermano lo vea a solas.

En verdad había pocas probabilidades de que sucediera: la mayoría de las veces estábamos juntos. Cuando al final de la tarde bajaba un rato al parque, lo llevaba conmigo. También me acompañaba los lunes y jueves a las clases de fútbol. Lo ponía a resguardo, junto al banco de entrenadores, y allí aguantaba dos horas sin rechistar. Me parecía algo cruel, pero mi madre no permitía otra cosa. El único sitio al que no venía era la piscina. La mía estaba en la segunda planta de un edificio del centro y no tenía buenos accesos, mientras que la suya, a la que lo llevaba los sábados, era una piscina de fisioterapia donde recibían tratamiento pacientes con disfunciones motoras. En consecuencia: como no lo esperara a la salida del colegio, era difícil que se vieran sin mí. Pero había resquicios. Mi hermano no era tan dócil como nuestra madre habría querido. Su silla era algo más grande de lo adecuado, y

si bien no la manejaba con la soltura deseable, eso no le impedía andar siempre en busca de excusas para aventurarse a la calle. Conseguía burlar la vigilancia y se iba por el pan o el periódico que nadie le había pedido, o a comprar chucherías.

Una de las decisiones que nuestra madre había tomado cuando los médicos le informaron de que mi hermano no volvería a caminar fue dejar nuestro antiguo apartamento para alquilar un bajo. Eso le había permitido deshacerse, de paso, de los cachivaches de mi padre: su colección de instrumental antiguo de laboratorio, los libros de química, las cámaras, los vinilos, los juguetes de latón... «Os haré un buen regalo con lo que saque de esto», dijo. Conservó, metidas en un baúl, sus fotos familiares, así como la ropa de vestir que pensó que podríamos aprovechar en un futuro. Atrás quedaron las cortinas venecianas, algunos muebles, la colección de postales y buena parte del menaje de la cocina. Decía que, como las serpientes, teníamos que liberarnos de la piel vieja para sobrevivir. En cambio nunca consiguió enterrar el recuerdo de la ventana por la que se había precipitado accidentalmente mi hermano en una desgraciada tarde de verano. Tiempo después de abandonar la casa, todavía se despertaba de madrugada suplicando que la cerráramos.

Como nos había anunciado en la mesa de la cocina, no dejó transcurrir muchos días antes de ponerse en contacto con nuestro padre. Juntos tramitaron la donación hereditaria. Nos lo comunicó una tarde, tras regresar de la fábrica de cojinetes de fricción donde trabajaba como administrativa, y creo que esperaba acabar así con la molesta reverberación del pasado que mi padre representaba para ella.

Efectivamente no volvimos a saber de él en varios meses. Sin embargo, mi hermano se encargó de que no lo olvidáramos. A mí me interrogaba por detalles de su vida acerca de los cuales no había demostrado interés hasta entonces, y a mi madre empezó a castigarla con su desdén, culpándola de tomar decisiones sin tener en cuenta nuestra opinión. Mi madre resistía con entereza, pero una vez, que recuerde, se derrumbó y comenzó a llorar. Fue en la antigua casa de mi abuela. Habíamos cobrado ya la parte que nos correspondía por su venta y, antes de entregar las llaves, mi tía Martina nos llamó, en representación de sus hermanas, para ofrecernos quedarnos con algún recuerdo. Fuimos un sábado por la mañana y nos abrió el portero. Mi madre miró el panorama devastado: el negativo de los muebles ausentes

sobre la pintura rancia, cajones y armarios abiertos... Polvo, montones de libros y de loza, fotos, calendarios y utensilios diversos por el suelo.

–Nos han dejado los despojos –dijo–. Lo normal es que se hubiesen hecho lotes para sortear.

–Venga, mamá –le cortó mi hermano, con la respiración agitada por el esfuerzo; había tenido que dejar la silla en el portal y había subido en el estrecho ascensor apoyado en las muletas–. Admítelo: seguramente no habrías querido nada.

–Pero tendrían que habernos dado la oportunidad. ¿Para qué estamos aquí, si no? A tu padre no se lo habrían hecho.

–Eso no lo sabes.

–Claro que lo sé. Aunque lo desprecien, vuestro padre es de la familia. Yo, en cambio, siempre fui para ellos una intrusa, una arribista. Se creían por encima. Que tu abuela decidiera ser generosa tras tu accidente no quiere decir que me otorgara el mismo estatus que a los maridos de vuestras tías.

–No, claro.

Mi hermano había usado un tono irónico, pese a lo cual mi madre prefirió hacer oídos sordos.

–Yo era una excentricidad más del atontado de su hijo; se me consideró corresponsable de los fracasos de vuestro padre, cuando la verdad es que todos los errores que cometió los cometió para intentar satisfacer las desmedidas expectativas de su familia. Después de la ruina de vuestro abuelo, solo él se descolgó. Vuestras tías consiguieron casarse bien y a vuestra abuela le quedó la pensión y un poco de patrimonio que logró salvar. Sin embargo, tendríais que haber visto cómo temblaba vuestro padre cada vez que iba a verla, peor que ante un tribunal. Y tenía razón: sentenciada yo, acabaron de sentenciarlo a él. Qué distinta habría sido nuestra vida sin esa tensión. Se lo dije mil veces.

Mi madre dejó escapar dos lágrimas que mi hermano, como yo, tuvo que ver. La tomé de la mano para calmarla, mientras él, que la había escuchado con ademán indiferente, le daba la espalda para sentarse en uno de los sofás.

–¿Quieres decir que fue por culpa de la abuela por lo que se marchó? –preguntó–. ¿Que tú no tuviste nada que ver?

Mi madre, que tal vez demandaba de él un gesto de cariño como el mío, rompió, ahora sí, a llorar:

–Quiero decir que durante toda su vida le hicieron sentirse tan de menos

que cuando tuviste el accidente ya no le quedó otra opción que desaparecer. Podía haberse conformado con un trabajo de oficina, pero no: tenía que volver a casa con un triunfo a la medida de las pretensiones de su familia. La realidad es que ansiaba su respeto más que nuestro bienestar.

Por esa misma época mi hermano y yo comenzamos a recibir postales de nuestro padre. Venían a nombre de los dos y al principio apenas contenían texto. Fórmulas convencionales y breves como «espero que estéis bien» o «me acuerdo de vosotros», seguidas en la firma de un simple «papá» subrayado en diagonal. La primera vez que descubrí una en el aparador de la cocina pensé que había acabado allí por desatención de mi madre, que no había leído el remite o la había traspapelado en el trance de deshacerse de ella. Con la segunda, nos quedó claro que era su modo de entregárnoslas sin ponerse en la tesitura de mostrar la desaprobación que le causaban. Supongo que las consideraría una intromisión, el recordatorio forzoso de alguien que no estaba y a quien se había obligado a no esperar. Nocivas para nosotros: un goteo que ni reparaba ni atenuaba el hueco que se afanaban en llenar, un sucedáneo que, por precario, ponía más a la vista su condición fraudulenta. Incluso mi hermano, pasada la emoción de las primeras, no supo disimular la decepción. *¿Por qué no viene a vernos?*, me preguntó una tarde. *Pues que lo diga*, zanjó a contrapelo cuando le contesté que tal vez le era imposible viajar de Barcelona a Sevilla. *A lo mejor no dispone de dinero, o tiene obligaciones*, le dije. Ese fue el punto de inflexión. Mi madre, a quien le llegaron los ecos de su desencanto, me interceptó en el pasillo y me espetó: *¿No crees que sería mejor acabar con esto? Estaba mucho mejor antes, cuando no se acordaba de papá*. La vadeé y proseguí mi camino. Si se proponía retener las postales, que no me consultara. Me negaba a servirle nuevamente de cómplice. Halagado e ignorante de las consecuencias, había aceptado serlo en el pasado, pero ahora estaba decidido a mantenerme neutral. Intuía que su fin primordial al buscar mi apoyo era descargarse de responsabilidad y lo cierto es que ni advertía los beneficios que me reportaría ni juzgaba leal con mi hermano ocultarle nada. Mi hermano había crecido, y mejor que proporcionarle una versión manipulada era presentarle la realidad sin veladuras. Aunque fuera árida, aunque le doliera. Por otra parte, ¿acaso se había preocupado ella del efecto que esta tendría en mí? Cuando nuestro padre se fue de casa, mi edad era similar a la que tenía mi hermano en la

actualidad, y sin embargo no me había puesto paños calientes. Todo lo contrario: quizá porque carecía de alguien más con quien compartir sus inquietudes, me había forzado a comportarme como un adulto.

Mi madre insistió días después en involucrarme en sus manejos y me vi en la obligación de decirle que, si necesitaba un confidente, se buscara un novio pero que procurara en adelante dejarme en paz. Creo que ni en sus peores sueños había esperado una respuesta tan brusca; al parecer hice diana, pues se calló y no volvió a intentarlo. A semejanza de mi hermano, tenía la convicción de que si nuestro padre se mantenía alejado, era en virtud de algún pacto con mamá: quién sabe si el precio exigido por aceptar su dinero. Las postales serían, según nuestra interpretación, el torpe lenitivo mediante el que apaciguaba un deseo vedado. Ni se nos ocurría pensar que enviándolas buscara asimismo ablandar el corazón de ella. La posibilidad de una reconciliación, que casi todos los hijos de padres separados anhelan, quedaba muy lejos de mis expectativas. Tan seguro como que mi madre seguía amando a mi padre era que su orgullo jamás le permitiría aceptarlo. Por lo menos no antes de que la rotación de la tierra llegara a su fin, la fuerza de la gravedad remitiera y todos sus habitantes fuéramos succionados al espacio.

Entre tanto, una tarde en la que mi madre estaba en la fábrica, recibimos la imprevista visita de la tía Martina. Imprevista y expeditiva, ya que, nada más abrirle la puerta, mientras juntaba sus mejillas con las mías en el primer beso, declaró, atropellada, que venía *motu proprio*, y no por encargo de nadie, a rogarnos que hiciéramos algo por nuestro padre.

—¿Dónde está Arturo? —preguntó. Vestía un traje chaqueta de espiguilla y llevaba el pelo largo cuidadosamente peinado, sujeto el flequillo por una horquilla en la que brillaban tres diminutas esmeraldas. El extremo opuesto, en atildamiento, a la melena oxidada de nuestra madre. Tras cruzar el recibidor, se había sentado en el único sofá; las rodillas juntas, las piernas ladeadas y la espalda erguida. Si no estaba incómoda, intentaba parecerlo. A decir verdad, no era solo una cuestión capilar. Su elegancia anticuada contrastaba con el desorden a nuestro alrededor igual que un galápago destacaría en un barreño de cangrejos.

—En su cuarto —contesté.

—Lámalo.

Obedecí, y al poco tiempo estábamos los dos frente a ella. Sorprendido por

la aparición, mi hermano había optado por permanecer de pie con las muletas y yo, por solidaridad, me mantuve a su lado.

–He venido para hablaros, espero que no os importe –dijo, autoritaria, después de responder con una sonrisa al saludo de Arturo–. Vuestro padre está en la indigencia. Es inmoral que no hagáis nada por él. He intentado hacérselo ver a vuestra madre, pero no atiende a razones.

La noticia no pareció impresionar a Arturo.

–Pero tiene un trabajo –intervino–. Eso le dijiste a mamá...

–De representante de productos de droguería, sí –le cortó ella–. Ya ves... Prácticamente de vendedor ambulante. Vive en una pensión. Está en la indigencia –enfaticó.

Mi tía hizo, entonces, un alto para observarnos, y, como no respondimos, continuó:

–Vuestra madre tiene que devolverle el dinero. O eso o hacerle un sitio aquí. Él ha sido más generoso con ella de lo que podía permitirse. Pobre mamá: si llega a saber lo que haría vuestro padre con la herencia, os aseguro que no se la habría dejado. Nos la habría dado a sus hermanas, para que se la administráramos.

–Tía Martina –dije–, sabes bien que mamá no aceptó ese dinero para ella sino para nosotros.

–¿Sí? –preguntó, rauda–. ¿Y lo habéis notado en algo?

Ni yo ni Arturo respondimos.

–Vuestra madre no sabe vivir. Es una mujer llena de complejos. De una clase distinta.

–No es verdad –repliqué.

–Sí que lo es, Alberto. Lo sabes bien.

Una suave brisa entraba por la ventana, el sonido del tráfico se mezclaba con el de la radio del vecino de arriba. Mi hermano callaba, pero percibí que las palabras de mi tía le hacían mella, ya que dejó caer una de sus muletas.

–Los matrimonios así nunca resultan –prosiguió ella–. La acogimos, le dimos la oportunidad de aprender, pero, en lugar de eso, apartó a vuestro padre de nosotros, de sus amigos, de todo lo que le hacía sentirse insegura. Temía, supongo, que se le escapara. Vuestro padre es una persona débil y se dejó manipular. Decía que quería que fuera algo por sí mismo. Qué idiotez. Lo que quería era un marido de pedigrí, y cuando las cosas empezaron a irle mal, ya sabéis lo que pasó...

–No queremos que sigas aquí, queremos que te vayas –gritó de pronto mi hermano–. Vete, vete ahora mismo.

–No te pongas así, Arturo. Solo quiero que tratéis de que por una vez vuestra madre no piense solo en ella.

–He dicho que te vayas.

Esa noche, después de que nuestra madre se fuera a la cama, mi hermano golpeó con los nudillos en el tabique de separación entre nuestros dormitorios.

–¿Crees que la tía Martina tiene razón?

Estaba tumbado en calzoncillos sobre la colcha, con los brazos en cruz bajo la nuca y las rodillas magulladas de cicatrices dobladas en alto.

–¿Sobre qué?

–Sobre mamá.

–No.

–¿Y por qué dice esas cosas?

–Las dice porque se las cree.

Arturo guardó silencio, imagino que recordando el resentimiento exhibido por nuestra madre el día en que la acompañamos a la casa desvalijada de la abuela. Supuse que me preguntaría si había sido demasiado duro con ella, pero suspiró y cambió de tema.

–¿Crees que papá está tan mal como dice la tía Martina?

–No lo sé.

–Pero tendríamos que hacer algo. Averiguar si es cierto.

Esta vez fui yo quien se mordió la lengua. Era tarde, estaba cansado y no me veía explicándole que no todos los caminos, una vez transitados, tienen vuelta atrás. Ni el uno querría seguramente que le devolviéramos ningún dinero ni la otra querría hacerse cargo de descalabros ajenos. Y es probable que tampoco él, una vez pasada la novedad, le encontrara aliciente a convivir con un padre en bancarrota al que se viera en la tardía obligación de dar afecto. A veces vale más una ausencia cuidada con mimo que una presencia a destiempo, sobre todo si el orden habitual se invierte y es la segunda la que sigue a la primera.

Si bien carezco de indicios suficientes para afirmarlo, sospecho que nuestro padre hizo una reflexión parecida, y que no fue el veto de mamá lo

que le impidió lanzarse a reconquistar su lugar entre nosotros. De alguna forma asumió que su influencia sería más beneficiosa, y tal vez incluso más fértil, resguardado en la lejanía que si nos imponía su vuelta con el único aval de la pena. Sabía que si con la convivencia lo rechazábamos –y no era improbable que así fuera–, a la larga nos perjudicaría más. La culpa crea más vasallaje que el resentimiento; el resentimiento es más dúctil, más maleable, en ocasiones le basta con una palabra para sanar. Imagino que fueron días de luchas en sordina y que, cuanto menos hizo él por presionar a mi madre, más resistió ella las embestidas de la tía Martina. De otro modo no entiendo el mutismo repentino de nuestra madre. Si él hubiese tratado seriamente de regresar, si la idea hubiese sido suya, mamá no habría perdido oportunidad de dárnoslo a entender. Que callara las pretensiones de la tía Martina refleja, me parece, su anuencia con la inacción de nuestro padre. Son meras especulaciones, todo puede ser. En cualquier caso, mi hermano y yo no le referimos la visita de Martina por no encizañar, y ella no demostró tener noticia de que hubiera sucedido.

Ese invierno seguimos recibiendo las postales de nuestro padre; solo que, como creíamos conocer su contenido, a menudo las dejábamos sin leer en el aparador de la cocina. Mi hermano fantaseó durante algún tiempo con enviarle una carta, incluso con ir a visitarlo, pero habría necesitado pedirle la dirección a nuestra tía y le faltaron ganas para apearse de su enfado con ella. Es probable que, a consecuencia de este, su deseo no fuera para entonces tan acuciante. Lo cierto es que ni siquiera le habría servido: un día en que, tras vencer mi resistencia, cogió en un agónico alarde el mazo de postales para buscar una pista de dónde se alojaba, descubrimos que, si bien las parcas frases escritas seguían siendo las mismas, ya no venían, como antes, de Barcelona, sino de una ristra de lugares distintos: Zaragoza, San Sebastián, Santiago, Madrid... Nos lo confirmó semanas después una llamada telefónica de Martina. Salí del cuarto, sorprendido por los gritos, y escuché decir a mi madre: *¿Cómo quieres que lo sepa, Martina? Hace mucho que tu hermano no me informa de dónde va. Se habrá mudado. Llama a la policía si te preocupa.* Creo que en ese momento todo el pesar que acumulaba por no haber apoyado a mi hermano en sus pesquisas se me agolpó en la garganta y tuve ganas de llorar. Me embargó el presentimiento de que algo irremediable se aproximaba y que ya no estaba en mi mano evitarlo.

Con la llegada de la primavera, las postales comenzaron a espaciarse, hasta

que dejamos de recibirlas. Mi madre, mientras, pareció recuperar el aliento. Sus relaciones con mi hermano mejoraron a medida que los acontecimientos de los últimos meses adquirieron la esponjosa inconsistencia de los sueños. No sé expresarlo de otro modo. Fue como si Arturo hubiese elegido aferrarse a lo seguro y, junto a la incertidumbre, hubiera congelado en una urna la curiosidad y los anhelos que había despertado en él la fugaz aparición de nuestro padre. Ella, por su parte, consciente de la metamorfosis, atenuó perceptiblemente su vigilancia sobre él y le otorgó una confianza nueva que prometía socavar mi tradicional papel de mediador –sabueso de ella o parachoques de él, según dónde pusiera el énfasis–. En cuanto a mí, la sutil toma de partido de Arturo me liberó de presiones y por primera vez me sentí impelido a escuchar mi corazón. Durante algunas noches, cuando ellos dormían, me levanté de la cama, cogí una escalera y bajé de lo alto de la estantería del salón la caja de cartón donde mi madre guardaba las fotos antiguas. Entre los vestigios allí almacenados de una vida que no llegó a ser o que solo lo fue como proyecto, había una foto que me obsesionaba. En ella se veía a mis padres al borde de un acantilado. Por el amarillo de la tierra y las matas de espino seguramente la Breña, en las cercanías del cabo de Trafalgar. Lo que me llamaba la atención era el contraste entre ambos. Mi padre, con chaqueta y corbata y el pelo agitado por el viento, perdía la mirada en el paisaje, en tanto que mi madre, con alpargatas de cuña y un vestido floreado, se aferraba a ese instante de eternidad observando, firmemente cogida de su brazo, el objetivo de la cámara.

Dos acontecimientos quebraron esos días la tranquilidad precariamente recuperada.

El primero de ellos fue un espejismo, un ensayo frustrado: una tarde, al regresar del trabajo, mi madre nos anunció que el sábado siguiente tendríamos invitados a cenar. Nos pidió que ordenáramos nuestros cuartos y que, si era posible, le echáramos una mano con el resto de la casa. Que yo recordara, era la primera vez que recibíamos a alguien. En consecuencia, a lo largo de los días restantes, la ayudé a dar un repaso a todo: mientras ella se ocupaba del baño y de la cocina, sacudí el sofá, quité el polvo a los muebles, guardé en cajones los papeles desperdigados, limpié los cristales y pasé el aspirador. El viernes, mi madre sacó de la cómoda el juego de servilletas y el mantel que utilizábamos en Navidad, los planchó a conciencia, inspeccionó la cristalería y los cubiertos y decidió comprar vasos y una jarra de agua. El

sábado, al regresar del mercado, preparó la mesa para cuatro y se encerró en la cocina. Mi hermano, que había presenciado los preparativos sin intervenir, tuvo una idea absurda que también había pasado fugazmente por mi cabeza a pesar de que preferí guardarla para mí.

—¿Y si es papá quien viene?

El invitado resultó ser un compañero de la fábrica de quien alguna vez habíamos oído hablar, mezclado su nombre con el de otros tantos a los que tampoco poníamos cara. Era alto, desgarrado, y llevaba el flequillo liso y castaño peinado en diagonal sobre la frente.

—Hola, soy Felipe —dijo sonriente, después de dar a mi madre una botella de vino envuelta en papel de seda blanco.

Mi hermano y yo tendimos la mano y él las palmeó y luego enganchó sus falanges en las nuestras como si estuviéramos en la cancha de baloncesto de un suburbio neoyorquino.

—Tenía ganas de conoceros. Vuestra madre habla sin parar de vosotros.

Superado el primer desconcierto, mi hermano se comportó. Mientras yo ofrecía algo de beber, él le indicó el sofá para que se sentara. Cada vez que nuestra madre desapareció rumbo a la cocina, me levanté para ayudarla y lo dejé contestando sin aspavientos a las preguntas del desconocido: *¿Sigues la liga? ¿Eres bético o sevillista?*

—¿Estás contento? —me preguntó nuestra madre en un aparte—. ¿No es esto lo que querías?

Se había recogido el pelo en un moño, del que se escapaban dos hebras rubísimas por detrás de las orejas, y aunque sonreía para dejar patente que no pretendía resultar irónica, en el iris verde de sus ojos atisbé los trazos abisales de una extrema melancolía.

Del segundo acontecimiento solo yo fui consciente y aún dudo si no fue también un espejismo. Sucedió en el último partido de la liguilla escolar en la que participaba mi equipo. Estábamos cuartos en la tabla y disputábamos subir al tercer puesto o descender hasta el quinto. El empate solo nos valía para quedarnos igual. Había salido en el segundo tiempo con el marcador a cero. Mi posición era de medio centro ofensivo, pero el entrenador nos había ordenado implicarnos sin excepciones en labores defensivas. Llevaba unos minutos en el campo y en mi primera jugada había colado un pase clarísimo de gol que el delantero a quien iba dirigido no supo interpretar. Entonces, al

correr hacia abajo para taponar el contragolpe, miré de refilón a mi hermano, que, como siempre, asistía al partido desde el banco de entrenadores. Arturo sonrió con complicidad celebrando mi intervención, y luego giró la cabeza para hablar con un hombre sentado a su lado. Este iba tocado con una gorra roja de béisbol que contrastaba con su indumentaria formal, y aunque apenas pude distinguir sus facciones, lo que vi bastó para que el corazón me diera un vuelco. Vi el último destello de una sonrisa aprobatoria como la de Arturo, vi un rostro afilado por una delgadez tan extrema que parecía enfermiza y vi una nariz que, en grande, me recordó a la mía. A partir de ahí no pude concentrarme. Perdí la posición y, mientras el entrenador se levantaba y comenzaba a gritarme dando manotazos al aire, simulé un tirón en el ligamento a tiempo de ver cómo el jugador al que debía marcar se colaba en el área y cabeceaba a gol. Después de eso, permanecí en el campo porque ya habíamos agotado los cambios. De todas formas, habría sido inútil abandonar. Cuando volví a mirar a mi hermano, nuestro padre –o quien creía que era él– ya se había ido.

Esa tarde, empujando su silla de vuelta a casa, esperé que mi hermano tuviera algo que contarme además de censurar mi errático comportamiento en el juego. Como no lo mencionaba, saqué yo el tema.

–¿Cuál? –me preguntó, cuando le inquirí por el hombre con quien había conversado.

–El de la gorra roja.

–Ah, ese... –Pareció dudar–. No sé.

–Pero ¿de qué hablasteis?

–Me preguntó si era familia de alguno de los jugadores y yo le dije que era tu hermano.

–¿De nada más?

–No. También intentó hacerse el simpático aleccionándome con uno de esos comentarios idiotas destinados a confortar a los inválidos y los tontos. Me dijo que tenías mucha suerte de tenerme como hermano y que tratáramos de estar siempre unidos. ¿Te imaginas? ¿Qué sabe él de cómo soy?

Guardé silencio un instante, midiendo si debía decirlo, pero al final me decidí:

–Creo que era papá.

Mi hermano rió.

–En serio –dije–. Piénsalo.

–Oh, venga... Qué tontería. –Se volteó en la silla para escudriñarme–. ¿Y por qué iba a querer papá hablar conmigo sin decirme quién era?

No contesté, y él no insistió. Todo podía ser. Un último gesto, una despedida. Callamos a lo largo de dos manzanas eternas, y, luego, cuando ya enfilábamos nuestra calle, igual que si emergiera de una caverna, musitó:

–Pues si era papá es un gilipollas.

El broche destinado a perdurar en nuestra memoria.

–Bueno..., quizá no lo era.

En casa, mi madre nos aguardaba con la mesa puesta. Arturo no le informó de mi teoría sobre el hombre de la gorra roja ni le habló de él, y yo, por supuesto, lo secundé. Pero estaba convencido. Cada vez más. Aunque me faltaran piezas para resolver el puzle. Una de ellas, la piedra roseta, me esperaba sobre el aparador de la cocina. La descubrí cuando pasábamos a cenar: un sobre alargado con la misma caligrafía que tan bien había llegado a conocer. No me atreví a cogerlo. Arturo hacía saña con humor de mi actuación en el partido, y nuestra madre sonreía con muda jovialidad. Noté que se había recogido el pelo y pintado los labios. Un jarrón con flores adornaba la mesa.

–Tengo una sorpresa –anunció, impaciente, en cuanto Arturo terminó su relato.

Los dos la miramos. En condiciones normales, me habría preguntado el porqué de mi bajo rendimiento. Miré con disimulo el sobre. Estaba cerrado. Difícilmente podía tener relación con su benevolencia. Que lo hubiera dejado en el mismo lugar donde solía dejar las postales parecía indicar que no había modificado su criterio respecto a mi padre.

–Un regalo –añadió, incapaz de contener la excitación–. Nos vamos a París. Este verano. Una semana. De vacaciones. Los tres solos. Sin Felipe ni ningún otro novio.

Era obvio que lo último había sido una broma. Aun así, Arturo y yo continuamos sin reaccionar. Probablemente, él también había visto el sobre y ahora necesitaba tiempo. Tenía que ser casual, una coincidencia.

–¿Qué pasa? ¿No os hace ilusión?

–Sí, sí –aseveré. Y era verdad: desde la marcha de nuestro padre, no habíamos ido de viaje. La distancia mayor que habíamos recorrido eran los

cien kilómetros que nos separaban de la playa de Sanlúcar, en donde pasábamos una semana todos los veranos. El mar y la arena no era lo que más gustaba a Arturo.

–¿Y a ti, Arturo? –preguntó mi madre.

–Mucha –contestó, con escaso énfasis–. Pero... ¿en qué vamos a ir?

–En avión, claro.

Mi madre se estiró para coger un folleto del aparador donde estaba el sobre, y lo colocó en el mantel, delante de él. Yo estaba enfrente y pude ver la foto de una silla de ruedas con motor eléctrico. Arturo no dijo nada.

–He encargado una de estas. Pero antes tendrás que demostrarme que te la mereces. De otro modo, nos iremos tu hermano y yo solos.

Más tarde, cuando terminamos la cena, permanecemos sentados a la mesa durante un rato. Mi madre sacó de una bolsa de plástico una guía de París y nos recitó, alegre, los lugares que se proponía visitar. Decía Louvre y Orsay, pronunciando las palabras a la española, con esa dignidad tan suya reactiva a toda impostación. Al mismo tiempo, noté que Arturo dejaba atrás sus prevenciones y se distendía, más ilusionado o quizá menos dispuesto a decepcionarla.

–¿Sabéis que cuando terminé el colegio estuve a punto de ir? –dijo nuestra madre de improviso–. La mayoría de mis compañeros fueron.

–¿Y qué pasó? –preguntó mi hermano.

–Bueno, en esos tiempos no estábamos para muchas alegrías en casa de mis padres, y aunque el viaje se sufragó con las rifas y trabajos que habíamos hecho a lo largo del curso, preferí quedarme.

Arturo guardó silencio unos instantes y luego hizo algo excepcional: extendió la mano y acarició a nuestra madre. Pensé que él, como yo, era consciente de estar viviendo un momento único. Pensé que nuestra madre nos estaba mostrando una parte de sí misma que nunca antes nos había enseñado. Un viaje a París. ¿Se podía pedir menos?

–Bueno, vámonos a la cama –apostilló enseguida, visiblemente emocionada–. Que nadie friegue. Ya lo haré yo mañana.

Recogimos la mesa los tres, dejamos los platos en el fregadero, y, cuando ya nos retirábamos, cogí el sobre de la alacena y lo abrí delante de ellos. Seguramente mi padre pronunciaba Louvre y Orsay como era debido. El

texto era algo más largo de lo acostumbrado. La letra, dispuesta con elegancia en la cuartilla, guardaba los márgenes debidos:

Queridos hijos:

Esta noche me voy a México. Me espera un trabajo que me ha ofrecido un buen amigo. Confío en quedarme una larga temporada.

Quién sabe. A lo mejor algún día os envío un billete para que vengáis a visitarme. Si no lo hago, no penséis mal. México es un país inmenso, lleno de oportunidades, pero ya sabéis que no siempre basta con eso.

Decid a vuestra madre que cualquier decisión que tome acerca de vosotros me parecerá bien.

Os quiere,

Vuestro padre

–¿Algo importante? –preguntó mi madre.

–Lo de siempre –contesté. Luego introduje de nuevo el papel en el envoltorio y lo rompí longitudinalmente en varios trozos.

PRESERVA MEJOR EL RECUERDO

Me tengo por buen amigo. Esto, que para mí es casi un axioma, no lo reconocen sin embargo todos mis allegados. Algunos me reprochan hacer menos que ellos para conservar nuestra amistad y otros guardan contabilidades minuciosas de agravios. La acusación es siempre la misma: desaparezco, no me dejo ver, no escribo o no llamo. He de admitirlo: no les falta razón. Salvo que comportarme así no creo que refute la calidad de mi cariño. Mi vivencia del tiempo es peculiar, tan laxa como para demorar obligaciones acuciantes y tan estrecha como para vivir desbordado por lo trivial. El supuesto desapego si acaso guarda relación con que en la infancia me habitué a querer a personas sin una presencia real en mi vida (quería a mi madre, a quien no conocí, y, por el mero hecho de serlo, quería a sus padres, mis abuelos, igual que quería casi a cualquiera que la hubiera tratado). También con el lento desarrollo de mis habilidades sociales: tardé en hacer amigos, tardé en considerarme merecedor de aprecio. Lo primero, mi orfandad, me acostumbró a guardar afectos unidireccionales, a no necesitar refrendar mi amor con hechos; lo segundo alimentó en mí la duda acerca de mí mismo, lo cual me hizo retraído, poco proclive a tomar la iniciativa. Hay un tercer factor, y es que, como consecuencia de esa vieja inseguridad, en las fases iniciales de cualquier relación tiendo a esforzarme en la conquista del otro, y luego, una vez lograda, acuso cierta compensatoria desgana.

Eso puedo afirmarlo ahora, cuando –perdón por la jactancia– me sobran los amigos. Hubo una época, sin embargo, en la que las cosas eran distintas; tiempos de temblor y anhelos en los cuales prefería quedarme en el aula durante mis recreos escolares antes que mezclarme en el patio con mis compañeros. ¡Cuántas horas no habré pasado asomado al balcón de mi casa observando jugar a otros niños en el jardín comunitario! A excepción de un vecino con el que pasé algunas tardes correteando en triciclo, y del hijo de una pareja amiga de mi padre que nos visitaba de vez en cuando, mi primer amigo me llegó con siete años; el único hasta más allá de los doce. Él era gordo y yo atlético, él era feo y yo más bien agraciado, pero da igual: nuestra marginación era similar. La suya se fundaba en sus condiciones físicas, la

mía en mis trabas anímicas. Si la ausencia de madre me hizo un ser en parte cojo, la impericia con que mi padre se esforzaba en rellenar su hueco me encadenó irremisiblemente a él. Aunque sea injusto equipararlas, la enfermedad y su cura arrojaban sobre mí pesos parejos. Vivía hacia dentro, enquistado, sin agallas para emanciparme. Mi padre era el tamiz que lo filtraba todo, quien me animaba a salir de mí mismo y quien me consolaba cuando no lo lograba. Sin darnos cuenta, estábamos encerrados en un círculo: él me alentaba a traer amigos a casa, a inscribirme en actividades extraescolares o a frecuentar los cumpleaños de mis compañeros, y yo no lo defraudaba porque quisiera sino porque la mayor demostración de su amor, que necesitaba más que cualquier cosa, tomaba cuerpo en la obsequiosa resignación con que sobrellevaba el fracaso de sus expectativas. Tan solo años después, cuando estudiaba mi primer año de universidad en Alemania y la soledad lo encorajinó para buscar recambio a mi madre, descubrí cuán cerca habíamos estado de la catástrofe.

Dos acontecimientos asentaron las bases de nuestra salvación. El primero fue, ya lo he dicho, mi amistad con el niño gordo, un ejemplo vivaz e imaginativo de cómo un excluido puede encontrar secretos cauces de desarrollo. El segundo, que, preocupado por mi encaje en el colegio al que acudían la mayoría de mis vecinos, mi padre decidiera cambiarme a uno donde mi reputación, por así decir, estaba limpia. Debió de calcular que, diluido en una amalgama de compañeros variopintos, mis posibilidades de vencer la timidez serían mayores que en la endogamia donde me había desenvuelto hasta entonces, obligado a tratar en el parque a los mismos niños que en el colegio. En el nuevo no hice amistades perdurables, pero por lo menos aprendí que nada en mí alentaba *per se* al rechazo. No pasé a formar parte de los mandamases de la clase pero tampoco se me arrinconó con los repudiados.

El principal impulso, con todo, se lo debo a Bruno, el hijo de aquellos amigos de mi padre que de vez en cuando nos visitaban. Quizá por lo forzado de nuestros encuentros, durante años nos habíamos tratado con indecisa cautela, pero, a raíz de un complot familiar para enviarnos un verano a estudiar inglés, no nos quedó más opción que intimar. El comienzo, semanas antes de emprender el viaje, fue poco prometedor. Apenas teníamos catorce años, y aún me pregunto qué lo atrajo de mí. Quedamos en una boca de metro para ir a una sesión doble de cine elegida por él y, según me vio, hizo abierta

chanza de mi indumentaria aniñada: plumas rojo chillón, reloj digital de pulsera, suéter de manga larga con el logo de la marca bien visible, anodinos pantalones de pinza y mocasines. La suya, consistente en botines gastados, cazadora de cuero, pantalones estrechos y jersey oscuro de cuello alto, era desaliñada a conciencia, y aunque no prefiguraba los rasgos identificativos de ninguna de las tribus urbanas que proliferaban a principios de los ochenta, parecía cuestión de tiempo que adoptara el corsé de una de ellas. Y sí, claro que yo le ofrecía algo: pese a su abuso de una jerga para mí nueva, como llamar *viejos* a los padres, *chupa* a la cazadora o *peluco* al reloj, pese a su mención incesante de películas y de grupos musicales de los que yo no había oído hablar escondía un interior tan frágil como el mío. No era difícil adivinar que esa misma precocidad de la que se ufanaba y que seguramente lo convertía en el raro de su colegio, provenía de una soledad tan acusada como la que a mí me atormentaba. Necesitaba un comparsa, un discípulo, un cómplice, y no me avergüenza reconocer que me presté a ello halagado pero con un punto de reserva que nunca abandoné. No le disputé su liderazgo, pues ni lo ambicionaba ni me era posible asumirlo, y a cambio me gané el derecho de no atreverme a ir tan lejos como él en las diversas transformaciones a las que nos sometimos con celeridad asombrosa. De Inglaterra, por ejemplo, llegamos cargados de atuendos y complementos punkis, pero mientras que él no tardó en colgarse cadenas, incrustarse *piercings* y pintarse o raparse el pelo, yo no fui más allá de modelar el mío con laca, calzar botas militares o vestir camisetas con estampados provocativos y, ocasionalmente, pantalones de cuadros escoceses. Y eso solo un breve período, el que tardé en desertar del puesto de batería en un grupo musical que formamos con colegas, tan imberbes como nosotros, reclutados mediante anuncios en fanzines. Si bien no del todo, ya que ni habría tenido sentido ni me lo habrían tolerado mis amigos, atemperé mis estilismos. Mantuve las camisetas, pero las combinaba con americanas de segunda mano y con largos abrigos y pantalones militares teñidos de negro que sujetaba con tirantes; una estética más cercana a The Clash que a los Sex Pistols, los dos grupos pioneros del punk entre los que nos debatíamos. Sin duda, mi padre tuvo su cuota de responsabilidad en ello. Satisfecho con mi ganada independencia, pero receloso de mi precario equilibrio, censuraba mis excesos con leves sarcasmos que cundían efecto. Del mismo modo oblicuo me alertó acerca de las drogas. Me señaló cuáles debía evitar y cuáles podía

permitirme, y, con una petulancia enternecedora, llegó a ofrecerse a facilitármelas argumentando que todavía eran más nocivas las sustancias con las que algunas se adulteraban. Por supuesto, el día en que fumé mi primer porro no estaba con él, pese a lo cual nunca me recriminó los ojos enrojecidos con que empecé a llegar los viernes y sábados por la noche. Me consentía salir hasta tarde a condición de llamarlo cada cierto tiempo desde cabinas telefónicas, una libertad de la que no disfrutaban todos mis amigos, el que menos Bruno. Y, como con la vestimenta, también en eso correspondí siendo prudente. En un par de ocasiones inhalé *speed*, y tardé años en atreverme con el LSD y la cocaína. El primero me dio miedo y la segunda nunca me gustó. Frente a la heroína tenía reparos de más envidia y no di el paso. Con mi corta experiencia, intuía que en mi caso la amenaza se escondía en las drogas depresoras y no en las euforizantes.

Pero lo cierto es que éramos casi niños. A excepción de ocasionales golpes de suerte favorecidos por los porteros (un concierto de Siouxsie & The Banshees, otro de Nina Hagen), pocas veces se nos permitía el acceso a salas célebres como Rock-Ola o Marquee, adonde iban los modernos que nos superaban en edad y atrevimiento. Por lo general, nos conformábamos con explorar los bares de Malasaña y con más frecuencia nos reuníamos en casa de uno de nosotros que vivía sin sus padres a cargo de dos hermanas poco mayores. En su cocina fumábamos porros, bebíamos estrambóticos combinados hechos de ginebra, canela y leche, escuchábamos música, hablábamos y reíamos. Como las hermanas de nuestro anfitrión nos regalaban su desdén, componíamos una cofradía eminentemente masculina. Ninguno tenía experiencia amorosa, y la energía que no liberábamos en discusiones políticas la consumíamos anhelándola. No era fácil. En nuestro margen de edad éramos unos adelantados y Madrid era una ciudad todavía pacata. Leíamos a Bakunin, a Proudhon y a Kropotkin, leíamos *El derecho a la pereza*, de Paul Lafargue, a los dadaístas y a los beatniks; íbamos al cine y a manifestaciones, nos afiliamos a la CNT y, estimulados por el ejemplo de los *squatters* londinenses, participamos en la primera ocupación ilegal de un edificio en Madrid, donde contribuimos con escobas y alegre ingenuidad a crear un efímero centro cultural. Tanta actividad, junto con la vigilancia que practicábamos unos sobre otros, nos mantuvo a salvo de los disolutos pozos donde muchos compañeros de generación se perdieron. Con el tiempo, algunos se dedicaron al activismo político, otros, como Bruno, intentaron

convertirse en músicos profesionales, y los menos seguimos hasta la universidad el rumbo de estudios familiarmente prefijado. A nuestros diecisiete años las viejas complicidades estaban acabadas, y a ello contribuyó, además de la bifurcación de intereses, la aparición de las primeras novias. La mía acabó en brazos del amigo que nos brindaba su casa, y su sustituta en los de Bruno. Por mi parte, en cuanto tuve oportunidad, me vengué de ambos haciendo lo propio. No me enorgullezco. Fueron cópulas apresuradas, exentas de cualquier infatuación romántica. Sea como fuere, salí fortalecido, y aunque no encontré rápido recambio a mis amigos perdidos, desde entonces no me faltaron arrestos para adentrarme a solas en un bar ni para dirigir la palabra a desconocidas. Fue así como mi universo, antes tan masculino, se pobló de mujeres. Con ellas terminé de curtirme, y cuando al acabar el bachillerato mi padre me planteó la posibilidad de iniciar mis estudios en una universidad extranjera, acepté sin pensarlo.

Volví a encontrarme con Bruno con ocasión de algún viaje de los que me traían periódicamente a Madrid. No sé en qué momento habíamos iniciado cierto contacto postal. Sus cartas rebosaban referencias al pasado, interjecciones y vocablos de nuestro gastado argot juvenil. Pese a ello, su antiguo carisma parecía intacto. Había dejado la música y, sin la ayuda de sus padres, desesperanzados ya de meterlo en vereda, sobrevivía por medio de un batiburrillo de actividades marginales, trabajos efímeros como técnico de sonido, pinchadiscos o camarero, con los que se aferraba a una heroica bohemia. Era un experto en la Primera Internacional, en música reggae, en novela gráfica y en otros temas variopintos que no le reportaban beneficio crematístico alguno, y un seductor enamorado a quien las mujeres caídas en sus redes rompían el corazón cuando descubrían que su desbordante entusiasmo se edificaba sobre una crónica despreocupación acerca del futuro. Era alegre, optimista e ingenuo a partes iguales, y desconocía la envidia tanto como el rencor. Para mí, escaso siempre de amarres, habría sido el cómplice perfecto de no ser porque, reacio a considerar otros modos de estar en el mundo diferentes del suyo, no veía mucho más allá de sí mismo y a menudo erraba al juzgar a quien tenía enfrente. Lo peor es que era afecto a prodigar consejos, y como estos resultaban tan excéntricos y extemporáneos como él mismo, tenía que esforzarme para no ver en ellos una censura de mi propia elección de vida. Si por él hubiese sido, yo tendría que haber abandonado mis estudios para dedicarme a cualquier disparate como recorrer la ruta 66 en

caravana. Discutir, rebatirle, me habría obligado a cuestionarlo, y no lo creía merecedor de ello. Había que callar, dejarlo hablar y esperar que sus ráfagas exhortatorias, en las que se investía de su viejo rol de guía espiritual, dieran paso a un olvido de sí que por lo general terminaba con los dos agarrados a la barra de un *afterhours*, éticamente felices por nuestra duradera amistad.

He de reconocer que el principal propiciador de esas citas nostálgicas era Bruno; y que, si bien yo no dejaba de disfrutarlas, la paulatina conciencia de que nada nuevo me depararían, junto con mi ajustada agenda en días vacacionales en los que debía compaginar diversos compromisos, alimentaron mi pereza. Pero cada vez que sabía de mi llegada, Bruno insistía, y lo cierto es que, agotadas las tácticas pasivas de resistencia, no soy persona a quien resulte fácil decir *no*. Me prestaba con culpable renuencia más veces de las que realmente deseaba, y en alguna ocasión, por *matar dos pájaros de un tiro*, incurrí en el error de llevar conmigo a amistades de la época de nuestro distanciamiento posadolescente. Nunca funcionó. Bruno pertenecía al territorio de mi memoria sentimental, y era improbable que alguien ajeno, hecho a otros códigos, supiera juzgar con la ternura necesaria su humor vetusto o sus fatigosas fobias. Y el desencuentro era recíproco: el agua no se juntaba con el aceite pero el aceite con el agua tampoco. Mejor nos iba cuando Bruno traía a alguna de sus efímeras novias, chicas con trabajos tan precarios como insólitos. Está mal decirlo, pero creo que, aunque Bruno me las presentaba con orgullo de donjuán, era mayor el que sentía al exhibirme. Lo disimulaba con bromas sobre mi atuendo o mis estudios, o recordando su antiguo tutelaje sobre mí, y aun así era patente en el momentáneo incremento de sus manifestaciones de afecto: pellizcos en la mejilla, palmadas y vigorosos enganchones de su brazo a mi cuello que me escoraban, azorado, hasta dar con mi cabeza en sus hombros.

El final llegó, porque esta es una historia con final, tras una cita en la que Bruno acudió acompañado de una irlandesa morena, con un ojo violeta y otro verde, que llevaba un año recorriendo Europa con el dinero que sacaba de tocar la flauta celta en la calle. Recién llegada a Madrid, no hablaba una palabra de español, y aunque el inglés de Bruno era precario, este superaba sus dificultades comunicativas con una expansiva expresividad y un arsenal memorizado de letras de grupos musicales anglosajones. El comienzo de la noche fue renqueante, ninguno de los tres estaba del todo cómodo, la irlandesa me miraba recelosa, Bruno se desgañitaba intentando impresionarla

y yo sentía que sobraba. Habíamos picado algo en un bar de los que por las noches frecuentan los taxistas (las economías de ellos no daban para más), y, poco antes de abandonarlo, Bruno sacó de su cartera con calculado suspense tres sellos amarillos de cartón fino, como cupones de supermercado, con el anagrama del yin y el yang estampado en rojo. Tanto la irlandesa como yo supimos enseguida de qué se trataba y noté que ella también dudaba. Para entonces, Bruno había separado el suyo, se lo había introducido bajo la lengua y nos tendía con incitadora sonrisa los restantes. Primero alargó ella la mano y luego yo, todavía titubeante pero decidido a no ser el aguafiestas. La euforia de la anfetamina que devaluaba el ácido se presentó rauda. Sin habérselo consultado, nos recuerdo bailando desaforados en un pub de ambiente mortecino al que nos condujo nuestro erratismo. Teníamos la jocosa sensación de que atraíamos todas las miradas, y seguramente era cierto. Ofendimos a más de uno que tomó por burlas nuestros crípticos comentarios, y, arrepentidos, los atosigamos con enrevesadas disculpas. Más tarde llegaron las alucinaciones. Nos habíamos sentado en el siguiente bar de nuestro recorrido e íbamos por turnos al cuarto de baño, donde veíamos zoológicos en miniatura en el emplaste de los baldosines. Casi no hablábamos, víctimas del convencimiento engreído de comunicarnos mentalmente. Cuando las ilusiones fueron a más, tuvimos la extraña prudencia de irnos a casa de Bruno, un cuchitril atiborrado de discos, tebeos y ropa en despreocupado revoltijo, y con un escritorio, dos sillas y un colchón sobre el suelo como todo mobiliario. No recuerdo el camino, si lo hicimos en taxi o andando, probablemente lo último, ya que la distancia no era mucha. Allí se rompió sin remedio la comunión a tres bandas. Poco a poco Bruno se quedó aparte. Sus espejismos no hallaban eco, y en cambio la irlandesa y yo parecíamos compartir un mismo cerebro. Mientras él se recluía más y más en sus cogitaciones y nos miraba hosco, nosotros hojeábamos enfervorecidos un cómic fantástico, levantando a cada viñeta la cabeza para ver pasar criaturas aladas que, lejos de atemorizarnos, afianzaban la alborozada afinidad entre nosotros.

Cualquiera que haya probado los alucinógenos sabe que estos no propician el rapto amoroso. Bajo su influencia puede darse cierta exaltación sensual, y no descarto que algo de eso se produjera entre la irlandesa y yo, pero por lo general transcurre en un cauterizador nivel de abstracción del que no necesariamente son conscientes quienes la experimentan. Ni siquiera estoy

seguro de que su sospecha fuera lo que alteró a Bruno aquella madrugada. Tal vez lo aislara su escaso dominio del inglés, o puede que su reacción se debiera, sin más, a lo que se conoce como un mal viaje. Pero, si así fue, ¿por qué tuvo consecuencias duraderas? La irlandesa y yo habíamos alcanzado ese punto de no retorno en el que los sentidos empiezan a recomponerse y, como Bruno deambulaba por la habitación tropezando a propósito con lo que encontraba a su paso, nos habíamos tumbado en la cama y lo emplazábamos, risueños, a que se sosegara y se uniera a nosotros. Por un momento pensamos que iba a obedecernos, pero, tras aproximarse por el lado del colchón donde yo yacía con la cabeza de ella recostada en mi hombro, comenzó a propinarme furiosas patadas. Di un brinco y me incorporé y no nos enzarzamos porque seguidamente él ocupó mi lugar en el lecho, se abrazó a la irlandesa y comenzó a llorar. Sus llantos duraron hasta que la luz de la mañana irrumpió rotunda por la ventana. Pasé el tiempo restante sentado en una silla que había arrimado a la cama, mirando preocupado a Bruno y compadecido de la irlandesa, que acariciaba su pelo esforzada en consolarlo. Cuando había transcurrido un rato de su último gemido, Bruno volvió la mirada hacia mí y, en un tono de serena firmeza que no le conocía, me conminó a salir de su casa.

—¿Quieres hacer el favor de irte? *Go away* —añadió.

Eso fue lo que dijo, y eso hice después de intercambiar una mirada con la irlandesa. No había móviles entonces y en mi ánimo pesó que mi padre estaría alarmado. Pero ¿para qué justificarme? Sobre todo sentí que Bruno nos hacía un favor. Nuestro tiempo en común se había agotado. En realidad, hacía mucho que los dos lo sabíamos. Hay afectos a los cuales preserva mejor el recuerdo.

BAKER Y MARGARITAS

La última primavera mi mujer y yo pasamos una semana escondidos en la caseta del jardín de nuestra hija. Nuria venía de atravesar una mala época a consecuencia de un bulto que le habían descubierto en el pecho, y yo llevaba meses acostándome con una de sus amigas, pero no creo que ni una cosa ni otra obrara en nosotros una influencia determinante.

La tarde que Nuria tenía la ecografía, había estado en la cama con su amiga. Los dos estábamos al tanto de que aquel era el día, conocíamos la hora de la cita y el lugar. Sin embargo, nos había sido tan difícil cuadrar el encuentro que lo pasamos por alto. Memoria selectiva, habría dicho Nuria en caso de enterarse. Inconsciencia, estupidez, replicaría yo. Mi propósito era terminar una historia que se prolongaba desde hacía meses, que casi no me procuraba satisfacciones y sí muchos quebraderos de cabeza. Haber acabado en la cama no desdecía mis intenciones. Si me faltaban arrestos para plantear la conversación de entrada, la provocaría por el procedimiento de representar en las postrimerías una tenue desgana. Estábamos sentados, aún desnudos, la amiga de Nuria tentándome otra vez con sus caricias, cuando mi actitud pesarosa provocó su reacción.

–¿Quieres dejar de verme?

–No sé lo que quiero.

–¿Qué te pasa?

–Siento que mi vida se me va de las manos.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Mi amante rechazaba los paños calientes. A cada resbaladiza mirada mía, a cada vaguedad balbuceada, respondió con un dardo, hasta que dos o tres rondas después, cuando con meandros de silencios calculados yo ya había hecho mías las implicaciones de su pregunta inicial, me asestó la jabalina. Estábamos en la calle, despidiéndonos a través de la ventanilla de su coche.

–Apresúrate. Probablemente Nuria habrá llegado ya del médico.

Lo dijo azorada, como si efectivamente lo acabara de recordar, aunque con un mohín atragantado en los labios. Girando la llave, me guiñó un ojo y añadió:

–Llámame si decides otra cosa.

Situaciones así no han sido infrecuentes en mi matrimonio. Llevo tantos años casado que bastaría un desliz anual para que la cifra de mi deslealtad fuera indeseable. Lo que hacía esta distinta era la coincidencia temporal con el susto de Nuria y, sobre todo, que pudiera considerarse el final de una recaída. Había sido infiel de manera ocasional durante la mayor parte de nuestra relación, pero hacía al menos cinco años que lo evitaba.

Desconozco de dónde procedía el desinterés de Nuria por desenmascaramme. Alguna vez había dado azarosamente con indicios que a otros les habrían permitido acusarme, pero, tras un enfado sumario, una mirada huidiza o una ironía, los había ignorado. Desde luego, no era producto de un frío cálculo. Perseguir apresarme con los lazos de la culpa a costa de guardar un silencio cómplice no casa con su carácter. O bien solo me atribuía flirteos y pecados veniales por los que no le valía la pena ponerme en aprietos, o bien era rea de difusos miedos relacionados con los cambios que afrontó al dejar Teherán, donde había nacido antes de la revolución jomeinista, hija de un matrimonio mixto de persa y española. Su padre, un cirujano plástico con ínfulas de intelectual bohemio, había conocido a su madre en Madrid mientras hacía prácticas con el famoso doctor Barros, y resultó obligado que a la hora del exilio optase por volver a la tierra de su mujer. A sus ocho años, Nuria no había afrontado grandes problemas de integración gracias al pragmatismo cosmopolita en el que fue educada. Sin embargo, la imposibilidad de regresar al lugar de su infancia, la ejemplar unión entre sus progenitores o la pequeñez del núcleo familiar –ella, como yo, es hija única–, le insuflaron cierto anhelo de solidez, de bases firmes, cierto pánico a encontrarse sola y desamparada.

Mi bagaje era distinto. También yo había sufrido una pérdida, solo que la mía era descomunal: mi madre formaba parte de la tripulación del vuelo que se estrelló en Barajas en 1983. Desde los dieciséis años viví aferrado a su recuerdo. Había continuado estudiando piano porque ella era aficionada y me lo inculcó, y había sido dócil con mi padre porque así lo habría querido, a pesar de que él jamás se recuperó y fue un padre con mando a distancia. Supe modular mi abatimiento, y aun así, por debajo de esa capa resignada, fluía en mi interior un autoinfligido escepticismo hacia el concepto mismo de solidez. No había amarras, en cualquier momento podíamos caer al vacío.

Pongo como ejemplo una conversación de hace tres años en un restaurante donde celebrábamos nuestro aniversario. Nuria me hizo una pregunta que inicialmente me desconcertó por su aparente puerilidad, pero que luego, en la conversación a que dio lugar, me sumió en un lastimoso estado de vergüenza paulatina. Algo muy suyo, eso de introducir cargas de profundidad en naderías de niña. Era la época en que la convivencia con nuestra hija se había convertido en un problema para los tres.

–Si tuvieras que elegir entre Daría y yo –me dijo–, ¿con quien te quedarías?

Daría es nuestra hija. Se llama así por empeño de Nuria, que quiso darle un nombre farsi con equivalencia en español.

–Por fortuna no tengo que elegir –repliqué. Sabía de lo que hablaba: había pasado el final de la adolescencia haciéndome una pregunta similar respecto a mis padres.

–Yo te elegiría a ti –aseveró, tras un instante de suspense.

El restaurante era de cocina gallega. Estábamos compartiendo un revuelto de erizos y la miré con el succulento tenedor, cargado de amarillos y naranjas, paralizado ante la boca.

–Eso no es cierto. No te mientas.

–Lo es en sentido metafórico. Si estuvierais los dos colgados de un precipicio, evidentemente trataría de salvarla primero a ella. Es más joven y, como madre, me siento responsable. Además –sonrió–, pesa menos y luego podría ayudarme a sacarte a ti. Pero no me refiero a eso.

Me había introducido el revuelto en la boca, e intentaba disimular el placer que me procuraba la gelatinosa mezcla de mar y aceite con el huevo apenas cuajado. Me inquietaba hacia dónde derivaría la conversación. Nuria y nuestra hija formaban una de esas parejas de madre e hija en las que la tendencia al acuerdo es inexistente desde muy temprano. Nuria había pecado de rigidez y a cambio había recibido toneladas de desprecio hacia lo que nuestra hija llamaba sus delirios de grandeza. Mi papel había sido el de mediador eterno entre ambas, con el resultado de que mis esfuerzos solo contribuyeron a mantener un *statu quo* viciado. Nuria me acusaba de no apoyarla lo suficiente, y nuestra hija se valía de mi propensión a la indolencia para esquivar el enconamiento con su madre y hacer lo que le venía en gana sin rendir cuentas.

–¿Te acuerdas de cuando no me decidía entre mi primo y tú?

Me acordaba, cómo no. Empezaba a levantar cabeza tras haber malgastado un año en recuperarme de un desengaño. Estaba cansado, resentido aún con una inglesa demasiado carnal que había arrastrado mi autoestima por clubs nocturnos de medio París, donde habíamos coincidido en el último curso de composición musical del ICRAM, y creía con vehemencia que la solución a mi mal pasaba por aceptar lo que antes rechazaba: buscar una novia que pudiera presentar a mi padre, abandonar mis veleidades de artista y emprender el doctorado en Madrid con vistas a acomodarme a un anodino horizonte de profesor. Como mis expectativas se fundaban en el aniquilamiento de la ilusión, me procuré una rutina exigente. La belleza auspiciadora de Nuria hizo el resto. Me la presentó su primo, un amigo del colegio con quien a veces acudía a conciertos y exposiciones. No fue fácil. Mantenían una relación ambigua condicionada por el parentesco, y aunque su primo no resistía un minuto al lado de Nuria sin balbucear, ni se apartaba para dejarme paso ni vencía sus reparos. Fue necesario que él perdiese en dos ocasiones los nervios conmigo, y que en ambas mi calma me prestigiara para que la mirada de Nuria recayera en mí. Nos deshicimos de sus últimas prevenciones una noche en que su primo quiso tener un aparte con ella, la sintió renuente y se marchó enfadado; aquello nos legitimó para salir a solas, y menos de un año después nos casábamos.

—Me pregunto qué habría pasado de haberlo elegido a él —continuó Nuria, mientras yo terminaba de tragar el revuelto—. No me arrepiento, entiéndeme. Por algo te escogí. Un primo nunca es de fiar. Me pregunto cómo de distinta sería yo. Tendría otra casa y Daría no existiría, existirían otros hijos, pero yo sería esencialmente igual. —Carraspeó, desvió la mirada un segundo hacia el revuelto y me miró decidida—. Por ejemplo: creo que tampoco me arrepentiría de mi elección. No te echaría de menos.

—Supongo —mascullé. No era una respuesta muy brillante, pero no veía a qué conclusión se encaminaba.

—Me refiero a que no es cierto que baste el aleteo de una mariposa en el otro extremo del mundo para que todo cambie en este. O no lo es para gente como yo. Nuestro margen de ser diferentes es muy estrecho y al final siempre se impone el carácter.

—¿Quieres decir que ahora podrías estar en otro restaurante diciéndole lo mismo a tu primo?

Nuria tardó unos instantes en entender.

–Eso es un poco exagerado, pero sí.

–¿Y qué tiene que ver con Daría? –pregunté.

–Que no ha sido una elección. Elegí tenerla, pero no la elegí a ella.

–¿Y por eso te sientes más libre? ¿Menos responsable?

–No me entiendes. Siento que mi ligazón contigo es más íntima.

Ya he descrito mi vergüenza por el contraste entre la firmeza de las convicciones de Nuria y la fragilidad de las mías. Nuria representa para mí esa persona que todos tenemos a la cual atribuimos las virtudes que a nosotros nos faltan. Mi problema reside en que dicha persona es también mi mujer, y uno no siempre quiere acostarse con su conciencia; lo cual no exime que, como cualquiera, Nuria también se equivoque y tenga a veces tempestuosos ataques de arbitrariedad que me arrojan a nocivos estados de egoísmo exacerbado. Su rectitud no es tanta ni la mía tan escasa, supongo.

Nos casamos sin patrimonio –Nuria tenía un empleo parcial como calculista en un estudio de arquitectura, y yo acababa de meter el pie en el conservatorio como profesor ayudante–, pero nos sobraba confianza en nosotros. *Nos sobraba* es una conclusión que saco ahora. Entonces ni me detenía a considerarlo. Nuria no dejaba espacio para la duda. *Lo que se hace bien, sale bien*, decía para celebrar cualquier éxito, y el mismo aserto impregnaba su vida entera. Todas sus acciones y lo que expresaba parecía fabricado a su dictado. Con los años, y las desilusiones, la invocación quedó reducida a un recordatorio ocasional de que el rumbo seguía siendo el mismo, pero en aquel entonces –entre risas, antes o después de un beso, raramente como censura o reproche– constituía una coletilla frecuente y, como tal, casi un conjuro. Es normal que tuviera efectos prácticos. Cómo desconfiar si nuestros objetivos efectivamente iban cumpliéndose.

No lo he dicho: Nuria posee una cara bonita y un cuerpo estupendo, y, por esos atributos y otros de naturaleza intangible, es una mujer atractiva. Lo era sin discusión en los primeros tiempos, aunque entonces una parte no desdeñable de mi interés sensual se aquilataba en la comparación con mi novia inglesa: el pelo negro liso frente al trigueño crespo; la boca de esfinge, amplia y con los labios dibujados, frente a la carnosidad menuda de un fruto de invierno; la hospitalidad tersa de una piel acostumbrada a los ángulos, frente al confort prieto de otra que se reserva recodos untuosos; el contraste azabachado de los pezones, frente al púrpura afresado... Allí donde mirase,

Nuria respondía a un fenotipo opuesto. Donde no era tan diferente, o no de forma desfavorable, era en la cama. Se movía con aplicada desenvoltura, y, si acaso, solo podía imputársele cierta perfección aprendida. Ejecutaba con destreza sus patrones, los modificaba para que pasaran por improvisados, pero si se arañaba aparecía la partitura. Lo señalo con la naturalidad que me permite añadir que ese resquicio de candidez necesario para enfrentarse a la vida con el ardor de un alumno generoso sumaba en mi consideración como haber y no como debe. Sobre ese flanco vulnerable, encantadoramente visible pese a que algunas de sus concreciones parecían fruto del más juicioso sentido común, desplegaba yo el paternalismo con el que compensaba la obvia superioridad de ella en la gobernanza de nuestros asuntos.

Durante tres años no hubo fisuras: terminé mi tesis sobre la evolución de la música de corte española, empecé a publicar artículos y me aseguré un puesto en el conservatorio, mientras Nuria abandonaba el despacho de arquitectura y abría una galería de arte con una amiga. Teníamos la vida encauzada, y la sensación de tranquilidad disgregó mi concentración abriéndola a variables antes no consideradas. Estaba a punto de meterme en un lío con una alumna cuando el nacimiento de nuestra hija, precedida de un embarazo dichoso, me impulsó a una abnegada vida de padre ejemplar. Se acallaron provisionalmente los impulsos que bullían en mi interior, hasta que al cabo de no mucho aprendí a llevar una vida doble entre mi descomunal entrega como padre y marido y una indulgencia casi plenaria con los desatinos adúlteros a los que, no sin pesadumbre, me fui viendo abocado. No sin pesadumbre porque me envilecían. Cada vez que regresaba a casa después de un encuentro amoroso, tenía que arrancarme la piel con la esponja antes de enfrentar las miradas de Nuria y de nuestra hija. Despachaba a mis amantes con prontitud para no involucrarme en relaciones largas, pero reincidía a pesar de que la errada conciencia de excepcionalidad con la que al principio había adormecido la culpa enseguida dio paso a una aceptación rutinaria del hecho más correosa; desapareció la resaca ocasional con la que purgamos un exceso más o menos único y se instaló una planicie entumecida.

Me habría sido más fácil interrumpir el ciclo si hubiese respondido a una cuestión sexual. Pero no era así. No es que el sexo no funcionara. Con posterioridad se haría tan infrecuente que a ninguno de los dos nos sería fácil recordar la última vez que lo habíamos practicado, pero ese momento tardó en llegar. Más que a liberar endorfinas, me confieso en retrospectiva adicto a

la adrenalina generada por la clandestinidad. Vivíamos tan obsesivamente la crianza de nuestra hija que el engaño representaba una descompresión, lo que para otros el deporte o un hobby. Pasé en ello algunos años, la infancia de Daría –muchas traiciones, muchas mentiras, muchos desechos de otros cuerpos adosados al mío mientras besaba a Nuria–, hasta que de pronto desapareció el impulso. Quedó, sí, el recuerdo inculpatario: ¿conocía Nuria mis escarceos? La mayoría de las veces concluía que sí, y añadía que ella misma no habría sido tan tonta como para desaprovechar la cercanía con algún artista de su galería, pero detrás quedaba la duda, y en momentos de flaqueza tanta benevolencia conmigo acababa en repulsa retrospectiva. Jamás se me pasó por la cabeza confesar. Quería a Nuria, arriesgarme a perderla equivalía a exponerme por voluntad propia a una amputación y me engañaba con la ilusión de poner simbólicamente a cero el contador de mi deslealtad cuando hubieran transcurrido tantos años de abstinencia como años había practicado el engaño.

La tarde en que regresé a casa después de poner fin a mi relación con su amiga, Nuria no había llegado aún del médico. La llamé al móvil, no contestó y, aunque ya había tomado una ducha en el hotel, aproveché el imprevisto para darme otra. Estuve un rato bajo el chorro. Aturdido, sin pensar, pensándolo todo. Cuando salí, la encontré en nuestro dormitorio.

–Te has olvidado.

–Lo siento –respondí–. Acabo de llegar.

Podía suceder cualquier cosa: un enfado sordo, un comentario dolido o una sentencia en farsi. Nuria, en cambio, prefirió ser generosa: me ahorró la penitencia de preguntar. Estaba, con el abrigo todavía puesto, junto a la cómoda heredada de sus padres donde almacenábamos los certificados. Era evidente que acababa de guardar los resultados de sus pruebas.

–No hay calcificaciones.

El año anterior, unos ganglios en mis axilas nos habían obligado a familiarizarnos con la jerga médica.

–Me lo pincharán por rutina, pero me han asegurado que es grasa.

Sonreí y me aproximé para abrazarla. Su actitud tranquila invitaba a ello. Sería, pero con una expresión nítida de alivio, parecía recién salida de la consulta del médico, como si mi olvido y sus nervios solitarios no hubieran tenido lugar.

–Quita. Estás húmedo. –Se apartó–. ¿Dónde has estado?

La brusquedad en Nuria no siempre denota rechazo. Sucede cuando hay un desfase entre sus expectativas ante una situación y lo que esta finalmente resulta ser. Es un mecanismo de defensa y a veces también el prólogo coqueto a una sutil forma de acercamiento. Su manera de procesar un abrazo, un beso o un halago antes de corresponder. Deseché que fuera el caso, ya que no atemperó su mirada inquisitiva al comenzar a desabotonarse el abrigo. Pude dar cualquier excusa roma, como que me había demorado en el conservatorio, pero me pareció más seguro arriesgar.

–En casa de Daría.

Preciso un desvío. He hablado tanto de mi relación con Nuria que he callado en exceso sobre mí. Mis pequeñas excentricidades, por ejemplo. Licencias de solitario, como pararme con los encuestadores, participar en programas radiofónicos de llamadas, involucrarme en asociaciones, escribir cartas de denuncia o rezar en las iglesias aunque no crea. De tan variopintas, enumerarlas les otorga una importancia que no tienen. Se trata de actos reiterados pero irreflexivos, a los que no prestaría atención si no fuera porque apuntan a un estado de hipersensibilidad que relaciono con la edad y que sí me inquieta. Exactamente como lo que acababa de confesar a Nuria. Llevaba un par de meses haciéndolo: una o dos veces por semana salía de casa un poco antes que ella y, en lugar de ir andando al conservatorio, que era mi rutina habitual, tomaba el metro y me dirigía a la colonia recuperada de chalets de tipo inglés donde nuestra hija encontró acomodo cuando pasó de actriz en ciernes a fulgurante estrella televisiva de un programa de humor donde hacía bromas soeces vestida con muy poca ropa. Mi fuga no era punible, duraba unas tres horas y robaba tiempo de oficina, no de clase. Mi propósito: internarme en los corredores asilvestrados que conectaban los accesos de servicio en cada manzana, alcanzar el chalet de Daría y, protegido por las ramas de un sauce llorón, auscultar entre las rejas del jardín trasero cualquier señal de vida. De ninguna de mis excursiones había traído nada reseñable: un grito proferido por un desconocido, la sombra de nuestra hija acicalándose con toalla otomana sobre la cabeza tras la ventana del baño...

Nuria, por supuesto, desconfió.

–¿Esta tarde? Pero si está en su programa.

–Lo sé.

—¿Entonces?

Me demoré en contestar.

—Lo hago a veces. Normalmente aprovecho las mañanas, cuando está en casa.

—¿Entras?

—Me quedo fuera.

Nuria me observó juzgando cuánto de cierto había en lo que acababa de oír. En otros tiempos, ante una confesión así, habría roto a reír. Supongo que aún lo estaba considerando.

—¿Y qué sacas con ello? —preguntó.

—Nada. No sé por qué lo hago.

Noté en su mirada que mi respuesta la convencía. Plegó los labios hasta casi sonreír y, mientras se volvía para salir del dormitorio, concluyó:

—Desde luego eres increíble. Me sorprendes cada día.

Al contrario de lo que haya podido parecer, entre Nuria y yo se abren abismos de carácter que solo el tiempo ha domesticado. Pero domesticar no quiere decir que debajo de los puentes no persistan los precipicios. Por ejemplo: yo hablo a borbotones, yo soy uno de esos atropellados que, para procesar un suceso, antes deben convertirlo en palabras. Nuria, en cambio, es mesurada y necesita recapacitar antes de emitir un juicio. Es observadora, lo cual se traduce en que, si yo me quedo con lo grueso —una elevación de cejas o una respuesta seca—, ella hila más fino.

Es complicado, nadie lo negará, convivir con una persona así. Para neutralizarla he tenido que ejercitarme en imitarla, que aprender a anticiparme, a morderme la lengua, a esmerarme con la mirada... Ella, por su parte, cedió varios metros de silencios entretejidos, desatascó su cohibida frivolidad, atemperó sus deducciones... Así pudimos dotarnos de un lugar habitable. Como las demás parejas, fabricamos un entente a base de desandar cada uno un trecho considerable.

Esa tarde casi noche, tras su salida del dormitorio, me quedé atrás para vestirme. Volví a encontrarla en la cocina, donde preparaba un salpicón de rape. Cuando terminó, lo llevó al comedor. Estaba dispuesto a hablar. La ocasión lo requería y me parecía que ella lo esperaba. Celebrar que por segunda vez habíamos regateado a la muerte. Hablar de la vida que nos esperaba, de nuestra hija, de nosotros. El tipo de conversación que mantienen los matrimonios cuando algo grave ha pasado en su seno. En lugar de eso,

Nuria se explayó a cuenta de un problema surgido en su galería con los cuadros de un pintor ya fallecido. Ella y su socia los habían comprado a un precio inferior al de mercado, y, al ponerlos de nuevo a la venta, los herederos del artista les habían advertido de que estaban manipulados. Originalmente eran dibujos sobre papel, aunque su propietario anterior los había pegado sobre lienzos para incrementar su valor. En su caso habían actuado de buena fe, nada les impedía seguir adelante con la venta para recuperar al menos lo invertido, pero a Nuria le molestaba no haberse dado cuenta por sí misma del engaño. Le dije que lo olvidara, que cosas así suceden todos los días, pero fue inútil. Consumimos en ese diálogo la cena, con más réplicas mías para restañar la herida, y, al terminar, se levantó y me dijo que se retiraba: la coincidencia de la cita médica con el litigio de los cuadros la había agotado. Consideré seguirla, pero hacerlo habría alterado la normalidad y sentí que Nuria demandaba lo contrario. En consecuencia, recogí la mesa, apuré una tarrina de helado apoyado en la nevera y luego fui al salón y me senté al piano. Estuve haciendo escalas y magullando fragmentos de piezas sueltas, casi mi única relación con el instrumento desde mi paso a la teoría. Me complacía el aislamiento de los cascos. No ceñirme a una composición concreta me permitía acoplar mis pensamientos, aminorar o acelerar a su compás el ritmo de los dedos. Comencé a divagar: reaparecía el abatimiento culpable de mi llegada a casa y remontaba con la evocación de personajes conocidos que fueron adúlteros. Me decía que lo mío era una mota en el universo, y que el verdadero engaño residía en el desdén amoroso. Yo nunca había abandonado a Nuria en ese sentido. Nunca había dejado de velar por ella ni de interesarme por sus cuitas. Salvo en breves momentos de ofuscación, nunca había querido estar sin ella. No solo por ser la madre de nuestra hija. Desde que Daría no era un bebé acaparador de afecto y se había convertido en un ser autónomo que lo rehuía, Nuria había recuperado su lugar en el vértice de la pirámide. Era feo haberme olvidado de su cita médica, sí. Ahora bien, lo que había perseguido entre tanto –volver a estar enteramente a su lado–, no era baladí. Mi compromiso con ella era total. Su bienestar, mi primera preocupación. Daba igual que en ocasiones no lo mereciera. Su desapego oriental, su conciencia opresiva de sí misma, de estar siempre acertada, la condicionaban a ella, no a mí. Era su penitencia. En cuanto a nuestra calamitosa vida sexual: también yo era responsable, y ella aparentemente no la acusaba; no había malentendidos. Otra cosa es que

acontecieran asuntos ajenos a mi control. Pero, mientras dependiera de mí, yo no desaparecería. El universo es tan grande y tan amenazador, y la vida humana tan frágil, tan efímeros nuestros gozos, tan claro nuestro destino, que más vale aferrarse a lo que somos, si no es malo, y durar cuanto nos sea posible.

Me desnudé en el pasillo y entré en el cuarto con sigilo. Nuria dormía de lado. Las sábanas, en mi mitad de la cama, me recibieron con frialdad. Me arrojé a ella y le rocé el hombro con el beso de todas las noches.

—Mañana voy contigo.

Era evidente a qué se refería.

—No pensaba volver. —Era verdad: iba a dejarlo. Me avergonzaba no poder explicar qué obtenía de mis excursiones. Paliar un vértigo de vacío, desatascar una vaga añoranza...

—Quiero ir.

Nuestra hija dice que estamos seniles, que nuestra vida pausada ha desecado nuestra corteza cerebral, y que perdimos el juicio arrastrados a una deriva que, de no ser descubierta, con seguridad nos habría conducido a una catástrofe peor que la de vernos encañonados de madrugada por un grupo de geos. Semejante final para algo que comenzó como una travesura resulta un sinsentido. Sin embargo, es obligado ponerse en la cabeza de los demás, y aunque en su caso Nuria y yo habríamos recelado antes, entendía que ella, enterada tarde de nuestra ausencia, necesitara paliar su remordimiento con medidas drásticas. Que durante siete días tus padres no contesten al teléfono puede ser muy preocupante, pero la inquietud y la zozobra se multiplican si ni siquiera recordamos cuándo supimos de ellos por última vez. ¿El domingo de la semana pasada? ¿El lunes anterior?

Otra consideración menos ecuánime merece el protocolo policial. Asumo que su estatus de celebridad otorga a Daría una vulnerabilidad especial que obliga a contemplar factores impensables en el caso de personas anónimas. Pero creo que los integrantes de la patrulla enviada a su casa tras la denuncia demostraron muy poco olfato no pidiéndole inspeccionar el chalet. Les intimidó ella o les intimidó la vieja casona racionalista, su fachada cubista y el jardín japonés que se avizora desde la escalinata de entrada. Mientras aguardaban a que Daría les abriera la puerta, tal vez alcanzaron a ver el sendero que conducía a nuestra guarida. Si hubiesen sido menos taimados,

habrían podido distinguir nuestras huellas en la gravilla. Ni Nuria ni yo habíamos puesto cuidado en no dejar rastro. Nos escondimos en el único lugar que, separado del cuerpo principal de la casa, nos permitía entrar y salir con cierta facilidad. Cuando nuestra hija alquiló la propiedad lo habíamos bautizado *la caseta del guarda*, y si bien sus dimensiones eran poco mayores que las de una caseta, con dos ventanas y una puerta tras la que se escondían un pequeñísimo distribuidor, un baño de ducha y dos dormitorios, claramente constituía un añadido levantado como ampliación para el servicio al abrigo del muro de separación de la finca vecina. Mi impresión es que actuamos al dictado de una lógica emocional. Igual de disponible estaba el garaje y no lo consideramos. Tomamos posesión del espacio que, seguro que de boquilla, seguro que sin meditarlo, nuestra hija había asegurado reservar para nosotros el día que nos mostró la casa. Fiar el futuro con ella a la improbable rehabilitación de las viejas estancias de la servidumbre era una forma de dejarnos claro que, incluso cuando la edad nos restase autonomía, no debíamos contar con instalarnos bajo su techo. O tal vez no. Las palabras suelen llegar mas lejos de lo que el corazón se atreve.

Pero regresemos a las precauciones. No tomamos demasiadas: mantener las luces apagadas, no hacer ruido, salir y entrar a las horas debidas... Según el atestado, nos delató el móvil de Nuria. Los primeros policías se limitaron a formalizar la denuncia y fue al cabo de dos días cuando el grupo de intervención rápida de la policía se presentó a los pies de nuestro improvisado lecho. Qué escena. Nuestro susto fue morrocotudo, aunque debo decir que el suyo también. Ignoro a quién esperaban encontrar. Supongo que a un extorsionador, o a un espectador fetichista del programa de nuestra hija, a un perverso... Desde luego, no a nosotros: dormidos, entrelazados, sin ligaduras ni mordazas. Les costó varios segundos entender quiénes éramos y varios minutos asimilar que no había secuestrador. Más peliagudo fue el momento de enfrentarnos a Daría. Después de que el comisario que la acompañaba le susurrase algo, la sonrisa de alivio que exhibía se plegó en una mueca de torva incredulidad.

—¿Por qué? —preguntó al encararnos.

A decir verdad, no sé en qué momento lo decidimos. Un paso llevó a otro. La noche en que Nuria expresó su deseo de acompañarme a casa de Daría, no opuse resistencia. A la mañana siguiente perseveraba en la idea y, en lugar de

pedirle que la reconsiderara, me permití apremiarla con el desayuno. Salimos juntos, yo marcando el paso camino del metro; callados, como si nos dirigiéramos a cumplir un trámite engorroso ante el que sobraban las palabras. Una vez en la urbanización, el silencio se hizo denso de verdad. Las persianas del segundo piso permanecían bajas. Como las de una mansión lejana e inexpugnable.

Tras esperar durante cerca de dos horas un signo de vida, habíamos emprendido el regreso. Por miedo a que un vecino nos descubriera, Nuria había preferido atravesar la zona donde la colonia languidecía para dar paso a un desordenado barrio de antiguos talleres, vecino de la circunvalación y del puente que la salvaba.

–Tenemos que venir por la tarde –dijo–. De lejos no sacamos nada.

Avanzábamos por el arcén. Nuria al frente, pegada al quitamiedos; yo detrás, midiendo las consecuencias que desencadenaría nuestra aventura. ¿Había reservado su munición para disparármela en casa? ¿Me reprocharía perder el tiempo de forma tan estúpida? ¿Me acusaría de loco? Cavilaba sobre ello, caminando a sus espaldas, mientras reparaba en la bonita forma que conservaba su culo enfundado en unos pantalones de pinza. Entonces llegó su advertencia de que no lo dejaríamos, su declaración de que nos arriesgaríamos a repetir la travesura cuando pudiéramos aventurarnos en el interior de la casa..., y mi cabeza no dio para más, me retraje, escondí el último vestigio de individualidad, de entendimiento propio, y me disolví obediente en ese *nosotros* que Nuria proponía, mucho más confortable y desde luego menos arriesgado que mi frágil discurrir.

Empezamos a acudir por las tardes, durante la emisión del programa de Daría, lo cual nos obligó a ajustar la agenda, a mover yo las tutorías con mis alumnos y a salir Nuria un poco antes de la galería a cambio de devolverle por las mañanas el favor a su socia. La conciencia de haber traspasado una frontera se me impuso desde nuestra primera incursión, cuando, tras atravesar apresurada el jardín, Nuria accedió por una ventana al interior y sin titubear tecleó una clave en la alarma.

–La fecha de su cumpleaños –explicó.

Esa misma tarde, moviéndonos con cautela para evitar la deshonra de un rastreo sistemático, corroboramos un puñado de intuiciones acerca de nuestra hija. Abrimos cajones, cotilleamos la tablet, leímos postales, revisamos algún bolsillo..., pero, sobre todo, deambulamos sin orden por las distintas

estancias. En las dos horas que nos concedimos ratificamos que tenía un pretendiente asiduo (un productor de la cadena con quien se la relacionaba en la prensa) y un novio resucitado de sus tiempos de postulante en *castings*. Con uno salía y con el otro se acostaba. Confirmamos que seguía alimentándose de muesli con yogur y que compraba numerosas bandejas de arándanos y frutas del bosque que acababan pudriéndose en la nevera, como las ensaladas en bolsa. Averiguamos, por los guiones desparramados, que su carrera televisiva no le había hecho olvidar el cine, y nos enredamos en un amago de discusión a cuenta de ello.

–Por lo menos es algo –dije.

–No digas tonterías –repuso Nuria.

Recogió uno de los manuscritos del suelo y lo exhibió ante mí.

–Mira: *Yin y Yang, una comedia de sexo tántrico*.

–Supongo que les pasa a todas las chicas que destacan en lo mismo que ella.

–Oh, venga. Ningún director serio la considerará jamás. No tiene cabeza.

–Es muy joven todavía.

–¿Para qué? ¿Para equivocarse? Por Dios, papá, si no ha hecho otra cosa en su corta vida.

Llamarme *papá* era una ironía a la que recurría cuando nos enzarzábamos acerca de nuestra hija. Una forma de echarme en cara mi parte de culpa en lo que ambos considerábamos un fracaso sin paliativos: nuestra incapacidad para influirla.

–Otros padres estarían encantados.

–¿Sí? ¿Qué padres? ¿Tenemos algo que ver con ellos?

–Quizá no. Pero eso no nos hace mejores. ¿Cuál es el problema? ¿No nos gusta nuestra hija? ¿Es indigna de nosotros? Eso apesta a superioridad moral.

–No. Hablamos de que los padres anhelan la felicidad de sus hijos y de que la nuestra lo tiene difícil. No es actriz, no es periodista, no es nada. Un fósforo dispuesto a arder en la pira donde arden tantos jóvenes que solo quieren ser alguien, no algo. ¿Qué hará cuando se le acabe ese maldito programa?

Callé porque sabía que Nuria estaba en lo cierto. Mi resistencia a admitirlo revelaba mi incapacidad para imaginar una solución. Había confiado en el transcurso del tiempo, pero este solo pasa y muy pocas veces repara. Nos habíamos equivocado, nuestros fracasos eran hermanos. Con una diferencia:

mientras yo aún confiaba en esperar, Nuria todavía creía posible influir. ¿De qué forma? Ni ella lo sabía. Ninguna de las dos actitudes era racional. Carecíamos de otro plan que no fuera seguir como hasta entonces, cada uno atado al mástil de su propia perplejidad. Nuria tanteaba a ciegas, ensayaba correctivos o buscaba fórmulas de acercamiento para recuperar cierto ascendente, y aunque se adivinaba el fracaso, peor que permitirle prolongar la agonía habría sido arrebatarse la esperanza. En consecuencia, las discusiones con respecto a Daría quedaban en tablas. Tras el choque, llegaba un momento en el que los dos callábamos. La de ese día no fue distinta. Distinto fue que se produjera en su propia casa y que hubiéramos entrado sin su consentimiento.

Por demencial que suene, una violación de la intimidad ajena como la que estábamos cometiendo, aunque representara cruzar una frontera, no era en ese contexto una rareza. Y, una vez franqueada la puerta, convertirlo en rutina parecía inevitable. En el transcurso de los días, los pantalones de Nuria mudaron y mudó asimismo nuestro estado de ánimo a medida que, desvanecida la excitación inicial, se nos evidenció el escaso aprovechamiento que sacábamos. Como la propia Nuria convino, contemplábamos los restos de la batalla (un consolador en el cajón de la mesilla, los zapatos desparramados ante las puertas abiertas del vestidor), no la batalla. Por supuesto, se trataba de un lamento insincero, destinado a perpetuar la apariencia de que nos movía un afán investigador. ¿Estaríamos allí sin el bulto en el pecho de Nuria? ¿Habría yo escatimado mi jornada laboral para espiar detrás de un sauce llorón si no me hubiese acostado con una de sus amigas? Después de vivir hasta el noveno cumpleaños de Daría en éxtasis y de afrontar unidos los primeros quebrantos, nos habíamos alejado durante su turbulenta adolescencia, y cuando volvíamos a estar solos, simplemente había llegado ese momento en que nos paramos a mirar al horizonte y concluimos que nada importante hay por hacer o que ya no tenemos ganas. A mí me acuciaba la sensación de que cada vez nos quedaba menos tiempo, y Nuria estaría dirimiendo si abandonarme. Quién sabe. Cualquier razón que invocara resultaría válida. Teníamos esa edad.

Un paso llevó a otro. Para no reflexionar sobre lo que nuestra actividad clandestina revelaba de nosotros, redujimos las conversaciones. Se acabó el preguntarnos qué tal habíamos dormido, las compras necesitadas de acuerdo previo y los desayunos dominicales. Después de dos semanas visitando la

casa de nuestra hija, hablábamos tan poco que la expresión «intercambio de información» aplicada a la facultad del habla adquiriría dimensiones sobrehumanas. No por abundancia sino por lo contrario. Fluía por otros cauces. Me refiero a esa información, fermento de una larga convivencia, genuina y a menudo más confiable, que asoma en los intersticios de los silencios y las miradas.

Mi insensibilidad no era tanta como para ignorar que Nuria sabía como yo que nuestra empresa trascendía la preocupación por una hija mal encarrilada, dueña ya de sus erradas decisiones en el mundo, y nos alcanzaba de lleno como pareja. El pacto tácito para soslayar cualquier desavenencia demostraba nuestra convicción de que la partida era definitiva. Entre tanto, el secreto, la clandestinidad, nos desperezó los sentidos y nos hizo locuaces en el silencio. El día que Nuria se dirigió a la caseta del guarda, no necesité más para saber qué proyecto alumbraba en su cabeza.

–Nos bastaría con unos futones –dije, tras entrar con ella–. Los hay muy finos y enrollables.

Su respuesta llegó dos días después por correo: colchonetas de vivac, almohadas inflables y sacos de dormir.

Ocupamos la caseta del guarda una tarde de abril amenazada de tormenta. Llevábamos una bolsa de plástico con comida de picar para un día y una maleta extensible de ruedas donde, junto a las vituallas de dormir, traíamos lectura y un neceser básico. Nos proponíamos aguantar al menos veinticuatro horas, pues abandonar el lugar con nuestra hija en casa entrañaba un riesgo. Habíamos llamado a nuestros trabajos para fingirnos enfermos, un recurso no tan manido al final de un invierno marcado por una gripe especialmente virulenta. Habíamos distraído paños y una escoba para limpiar nuestro futuro dormitorio, y apilado en el otro las cajas con ropa y reliquias infantiles que Daría guardaba allí desde su mudanza. Despejado el espacio, procedimos a repartirnos el equipaje. No me atreví a extender mi colchoneta hasta comprobar si Nuria instalaba la suya en el centro como una cama convencional, dándome así carta blanca para buscar su costado, o si me ponía ante el dilema de una disposición más rebuscada. Tras un instante de duda, hizo lo primero. Al salir de casa me había mostrado un juego de llaves del que se había apropiado sin yo saberlo, y por un momento pensé que no tardaría en lanzarse a explorar los entresijos que hasta entonces habíamos

tenido vedados. En cambio, arrimó la espalda a la pared, cogió su libro y se cubrió las piernas con el saco de dormir. El ambiente era húmedo. La rosácea luz de la ventana tenía una cualidad terrosa. Extendí la colchoneta, me tumbé al lado de Nuria y casi al instante la lluvia repicó sobre el tejado. Le dije: No leas con esta luz, vas a destrozarte los ojos. No contestó ni me hizo caso. Sentí en el rostro el calor que emanaban sus caderas. Luego debí de quedarme dormido, y durante largo tiempo, ya que cuando abrí los ojos la noche había caído y ya no llovía. Me incorporé sobresaltado, sin noción de dónde estaba.

–Tiene una fiestecita con dos amigas y tres babosos. –Nuria permanecía de pie, a medio metro de la ventana, para evitar que el resplandor la hiciera visible desde fuera–. Se los ha traído de la televisión, imagino.

–¿El productor?

Me crujían las rodillas, pero disimulé mientras iba a su lado.

–Nadie que conozca.

Las ventanas de la casa estaban todas iluminadas –redondas las de los baños, cuadradas las de los dormitorios, rectangulares las de las zonas comunes–, y Daría danzaba con sus amigos al ritmo de una música de la que nos llegaban ecos amortiguados. Disfrutábamos de una amplia panorámica gracias a que habían escogido como pista el espacio alfombrado a espaldas del sofá, frente a la puerta corredera de acceso al jardín. Bailaban de perfil, la vista puesta en la pantalla de plasma que presidía el salón. Coreando las canciones, cogiéndose por los hombros, fumando, saltando, inclinándose hacia delante...

–¿No tienes hambre? –pregunté a Nuria.

–Un poco. ¿Por qué no traes una de las cajas y la usamos como asiento?

Hice lo que me pedía, solo que no me bastó con una. Acarreé tres: los asientos y otra más que haría de mesa. Traje la comida, extendí la bolsa y puse encima los paquetitos de aluminio con el pan, el paté, los pedacitos variados de queso y el pepino y la zanahoria cortados en tiras.

–Qué pena no tener vino.

Me preparaba para un largo silencio, y la observación de Nuria, tan inesperada, me pilló desprevenido. Mi respuesta, tardía, resultó sosa:

–Ni se me ocurrió. Lo siento. También he olvidado los vasos. Tendremos que beber del grifo.

No era verdad. Sí que había pensado en el vino, pero concluí que Nuria lo

habría encontrado inadecuado. Constatar mi error me dejó perplejo. Nuria era de natural frugal y, a diferencia de mí, no bebía vino a diario. La miré considerando hacer un comentario gracioso, pero su tardanza en replicar me amedrentó. Absorta en la tediosa escena del otro lado del jardín, cogió un pedazo de queso, probó el paté y las hortalizas, repitió con los embutidos y, luego de varios minutos callada, se levantó, hurgó en la maleta y desapareció por la puerta del baño. Volvió con el camisón puesto cuando solo quedaban en el salón dos amigos de Daría tumbados con ella en el sofá.

–¿Y los otros? –preguntó.

–Acaban de irse.

–Me voy a la cama. Ya me contarás la bacanal.

Ir a remolque de Nuria me libra por lo general del martirio de la duda. Aunque no hubiera sido esa su intención, obedecí: me quedé sentado mientras ella se metía en el saco y pugnaba por buscar acomodo en la dureza de la colchoneta. Salvo por el escenario, la situación no era muy distinta de otras ya vividas. Como si en un albergue de campo se hubiera levantado de la cercanía de la chimenea dejándome con los últimos sorbos de una copa para precederme en la cama. Como si en una sobremesa con amigos se hubiera ausentado de la mesa sin indicarme si quería que la siguiera. Tenía la sensación de flotar en un ámbito conocido que sin embargo propiciaba un reajuste de las armonías perdidas. Años atrás, en el verano de nuestra primera crisis, habíamos viajado durante un mes con una caravana prestada. Cruzamos convalecientes Francia y Alemania, y cuando se suponía que recorreríamos la costa prusiana, saltamos a Dinamarca y desde allí en ferry hasta Helsinki. Ella decía seguir el rastro de Alvar Aalto y yo el de Sibelius. Regresamos con una semana de retraso a Madrid, entumecidos y congraciados.

No sé cuántas horas pasaron. Daría acababa de irse a la cama tras despedir a sus últimos amigos y su casa estaba en silencio. Nuria dormía en un saco, no en el revoltijo de un remolque ni en frías sábanas de otra época. Di tiempo a Daría de conciliar el sueño y después me llegué a la puerta y la abrí con cuidado. De inmediato, me despabiló el frescor de la madrugada. Llené los pulmones con la brisa vivificadora, oí el gorjeo de pájaros tempraneros, crucé el umbral para contemplar mejor el espectáculo... La tormenta había dejado un firmamento pletórico de estrellas languidecientes debido al avance de la aurora. Aquí y allá, en los arbustos de boj y en los cantos que abrazaban el

tronco de los parterres, refulgían motitas tornasoladas. El sauce llorón y el castaño de Indias que crecían a un costado de la casa retenían en sus hojas lluvia y rocío entremezclados. La situación no era como para relajarse, pero algo se descomprimió en mí. Durante unos instantes, enfrentado a la noche en retirada, sentí un fulgor de esperanza. Nuria no lo ignoraba: éramos náufragos que habían tenido sus diferencias, tan solo eso. Demasiado pequeños en un territorio ajeno. Lo quisiéramos o no, estábamos unidos. Después me entraron ganas de orinar. Volví al interior, cerré la puerta, eché un vistazo a Nuria. En el baño usé con remordimientos el lavabo. Al hacerlo, descubrí a través del espejo su ropa interior puesta a secar en la barra de la ducha. Unas bragas destensadas de encaje negro y unos pantis agujereados en las puntas que seguramente habría lavado a conciencia en las zonas húmedas. Me embadurné las manos de jabón y limpié los restos de la micción con abundante agua.

Desperté bien entrada la mañana con el rostro de Nuria a pocos centímetros del mío, enmarcado por la capucha del saco. Sus párpados apretados apenas la protegían de la luz que entraba a raudales: su sueño era inquieto. Abrió los ojos.

–Estaba soñando con mi perro.

El perro de Nuria, un Schnauzer gigante, constituía una piedra angular de su construcción moral. Había sido el soborno de sus padres para paliar los sinsabores de su llegada a España de niña, y lo había sacrificado cuando los cuidados que exigía lastraban su desordenada vida de estudiante casi universitaria. Era mayor, no habría durado mucho, pero haber adelantado su final era una mancha que Nuria cargaba a perpetuidad.

–¿Te acuerdas de la época en que temía prescindir de ti cuando dejaras de serme necesario?

Asentí. Esa había sido efectivamente una de sus fijaciones en los días de amor exaltado, tema recurrente en noches de mimos nocturnos durante las cuales acurrucaba su cuerpo doblado en el mío. Se proyectaba hacia el futuro y solo temía eso: prescindir de mí. Temía que, si aflojaba las bridas, el caballo de su egoísmo se desbocaría.

–Lo mismo me pasa con Daría. Temo estar cargándome de razones para desentenderme.

–A mí no me despachaste, ¿no? –Nuria me miró con melancólica alarma. Se había incorporado y manipulaba el cordón del saco para liberarse de la

capucha—. Quiero decir que aquí estoy y que harás igual con ella. Nada indica que sepas arrojar peso.

Aunque Nuria cayó en la trampa (¿De esa forma me ves?, preguntó braceando para emerger del saco), enseguida se retrajo y cambió de tema:

—Si vamos a quedarnos, tendremos que establecer algunas rutinas para abastecernos de comida y ropa.

Así es el matrimonio, al menos el nuestro: una conversación permanentemente interrumpida en la que creemos compartidas convicciones que a menudo tan solo son propias.

No lo pensé, sabía que nuestra aventura no terminaría así de pronto desde antes de haber descubierto su ropa en la ducha:

—Está bien —dije—. Me abstendré de preguntar si no empiezas a barruntar que matar a tu perro fue en el fondo lo mejor.

Nuria se había arremangado el saco hasta la cintura y, rígida como una S tumbada, trataba de deslizarlo por debajo de sus caderas. Hizo un alto en equilibrio y me miró casi enfadada.

—Eres increíble. ¿Me estás pidiendo que te desdiga?

Me había pasado y mi silencio avergonzado la autorizó a profundizar cuando acababa de dar la última patada a su abrigo nocturno:

—¿No te basta con que estés ahí, como decías? ¿Con que no me haya desprendido de ti?

Nuria apoyó la espalda en la pared y abrazó sus piernas dispuesta a sacar punta a mi desliz. Ahora fui yo quien cambió de tema:

—Puedo ir a casa, traigo lo que necesites.

—Ya que quieres oírlo, te lo diré —tenía el mentón encajado entre ambas rodillas y su cuello se hinchaba y deshinchaba con cada palabra—: no me arrepiento de seguir contigo. Pero ¿de qué sirve? Puedo estar mintiéndote.

—Me sirve porque eres incapaz de mentir.

Guardó silencio, alzó la cabeza y, sin apartar su mirada, la moduló de la extrañeza al sarcasmo y de este a una risueña condescendencia.

—Oh, venga, pongámonos en marcha. Para ser la primera mañana hemos hablado ya suficiente.

Darí nos llamó por primera vez ese mismo día por la tarde. Habíamos acechado la llegada de la asistenta y la habíamos visto limpiar los restos de la fiesta mientras las ventanas de su dormitorio continuaban cerradas. Todavía

lo estaban cuando Nuria me mostró la pantalla del móvil vibrando en la palma de una de sus manos. Daría debía de telefonar desde el taxi que la conducía a televisión, probablemente había llamado a mi móvil y, al encontrarlo apagado, probaba con el de su madre. Creo que no esperábamos algo tan sencillo como una llamada. Teníamos el cuerpo entumecido de movernos encorvados; habíamos desayunado y comido mal, estábamos intimidados por la situación, y supongo que resentidos aún por el ligero desencuentro matinal. Nuestro único deseo era que la casa quedase tranquila para salir en busca de provisiones. Ver el nombre de nuestra hija en el móvil fue como si de pronto irrumpiera una dimensión distinta, como si la propia Daría se hubiera desdoblado entre la imagen evanescente que perseguíamos de ella escondidos en su jardín, una construcción mental hecha de miedos y fracasos propios, y la más acuciante y real que nos llamaba desde un pedazo de su vida del cual no participábamos. Nuria me mostraba la pantalla del móvil apurada, sin reflexionar, como una niña subida a un árbol sacudiría el hombro de su amiga para alertarla de que ya venían voces en su busca. Ojalá fuese tan sencilla la vida: refugiarse en árboles sucesivos y esperar que nos bajen; pero vivirlo sin sufrimiento, con excitación. Siguió aún unos segundos con el móvil alzado, hasta que un gesto mío la alertó y lo bajó con un destello de vergüenza. Sonreí divertido y entonces ella, que me observaba expectante, me devolvió la sonrisa y dijo en farsi *qué tontería*. Creo que fue ahí cuando asumimos que llegaríamos hasta el final. Antes habíamos jugado con prevenciones, no muy seguros de hasta dónde querría el otro prolongar la partida. Ahora sabíamos que a ninguno le urgía regresar a la realidad que nos aguardaba al pie del árbol. Como para certificarlo, Nuria guardó el teléfono en la maleta y aseveró en tono de disculpa:

–Miraré las llamadas por la noche.

Reflexioné sobre ello yendo a nuestra casa a coger ropa y al pasar, de vuelta, por un supermercado. Al contrario de lo que Nuria colegía del sueño sobre su perro, no parecía buscar excusas para desentenderse de Daría: buscaba facilitárselas a ella. Por supuesto no era una argucia meditada; sin embargo, habría que estar ciego para no contemplar que ese era el probable final de nuestra aventura si efectivamente la llevábamos hasta ahí. Y he de decir que no solo no me contrariaba sino que le encontraba todo el sentido. Era necesario romper. Cuando algo está estancado, y la relación entre Daría y nosotros lo estaba, se necesita una sacudida que obligue a reajustar formas

desfasadas de pensar o de relacionarse. Y lo mismo con respecto a nuestro matrimonio. Mi conformidad anticipada con cualquier cambio llegaba al punto de no cerrarme a hablar de lo nunca hablado. Mi duda era cuánto contar, no fuera a ser que la sacudida nos sobrepasara. Por ejemplo, no había despejado el temor de que la amiga de Nuria con la que me había acostado se manifestara de alguna aciaga forma. No sabía nada de ella desde nuestra despedida, e ignoraba si había mantenido algún contacto con Nuria. Suponía a salvo el secreto, pero me intranquilizaba que nuestra desaparición la indujera a cometer un desliz, que llamara a Nuria más de la cuenta o que le preguntara por mí de forma poco natural. Es relativamente fácil admitir que se ha sido infiel, pero no lo es tanto aceptar que la última vez fue hace apenas unos días y con alguien tan cercano.

Nada de eso sucedió. Ni se dio un imprevisto que me obligara a hablar, ni tuve arrestos para sacudir el desinterés de Nuria. ¿Qué sentido habría tenido?

Muy pocas veces en la vida nos exponemos a encrucijadas dañinas. Afortunadamente, las decisiones erradas que la modifican de manera radical son escasas. El yonqui apresado en un círculo de degradación puede decir que el primer *tiro* que aceptó torció a perpetuidad su rumbo. El padre que perdió a un hijo por empeñarse en que cogiera el tren de la mañana arrastrará el daño perenne que le infligió su afán madrugador. El frívolo al que convencieron de meter su único dinero en un negocio descabellado atribuirá a esa causa el rencor, la incompreensión y la necesidad de la familia que arrastró en su caída. Pero insisto en que encrucijadas así no se aparecen a cualquiera, no todo el tiempo. Lo normal es vadear los conflictos, mirar hacia delante y hacia los lados antes de dar un paso, no arriesgar.

Por razones análogas, intento no hablar con Nuria de mi infancia. Ella tiene su diagnóstico. Sostiene que la desaparición prematura de mi madre me legó un miedo cervical a sufrir otra pérdida similar y que en consecuencia me convertí en un merodeador. Alguien necesitado de afecto pero incapaz de darlo, alguien que no profundiza, que tiene cauterizados sus sentimientos. Incluso a mi tendencia locuaz le atribuye el mismo origen, dice que es una pantalla sonora con la que trato de eludir el escrutinio ajeno. Creo que la observación es atinada. Solo que así expuesta representa una visión parcial, poco generosa. Es cierto que guardo en mi interior unos palmos de distancia con la realidad y que por ello puede calificármese de reservón, algo frío incluso. Pero no es menos cierto que doy lo máximo que ese límite me

permite. Es mi grado cero, por así decir. Que otros lo tengan a ras de suelo no debiera desmerecer mi entrega. ¿Lo tiene en cuenta Nuria? Supongo que sí. Es perspicaz. De hecho, siempre que el punto de mira se desvía hacia ella me anima a dejar atrás las explicaciones inocuas con las que suelo conformarme. Recuerdo una ocasión, en el sofá de casa, después de escuchar las *Siete fantasías* de Brahms. Hablábamos de nuestra hija recién nacida, de los rasgos de carácter que recibiría de cada uno, cuando por complacerla le dije que sería tan buena como ella y ella negó serlo y me previno contra la simpleza de pensar que detrás de sus suaves maneras no podían esconderse razones enrevesadas. En otra ocasión, al mencionar a un amigo al que había abandonado su mujer, añadió que la bondad aburre y que él había sido un campeón del aburrimiento. Relámpagos así no habían faltado a lo largo de los años. El más revelador, un día en que salíamos de casa con prisa después de un altercado doméstico. Yo estaba de mal humor o ella lo estaba, no me acuerdo. Tras reconciliarnos precariamente en el ascensor, caminábamos por la calle en busca de un taxi. Eran los tiempos en que todavía nos buscábamos en la cama. Para terminar de apaciguarla, le pasé el brazo por el hombro, la atraje hacia mí y le di un beso en la sien. Ella no opuso resistencia, pero la rigidez de su cuerpo me dejó ver que el momento de la dulzura no había llegado.

–La vida es extraña –musitó–. Ahí estás tú, tan inquebrantable, tan previsible como siempre, y eso que antes me proporcionaba sosiego, ya no me lo da.

–Pues soy el mismo –contesté, desconcertado, tomándola otra vez por el hombro.

–Lo sé. –Arqueó la espalda para zafarse–. A eso me refiero. Yo también soy la misma. Solo que me encuentro sola.

–No lo estás.

–Lo estoy y no lo estoy, como todo el mundo. Lo que quiero decir es que antes tu compañía me protegía de la angustia y ahora no.

Era una conclusión pueril y la formulé mientras aminoraba el paso:

–Supongo que no estás enamorada.

Nuria se detuvo y me miró como alguien que hubiera visto irrumpir a un grupo de payasos en un tribunal de oposición.

–No estoy hablando de amor. Estoy hablando de otra cosa. Es increíble que no te des cuenta. –Apretó los labios en un gesto de disgusto–: Me siento mal.

Pero eso no tiene que ver contigo. Escucha: desde que vine a España creí que bastaba con tener todo bajo control para encontrar estabilidad. Hacer lo que toca en cada momento y hacerlo bien, el clásico legado de una familia convencional. Sin embargo, lo que dejas de lado permanece en algún lugar comprometiendo tus cimientos. Aunque tardes en darte cuenta, llega un día en que el artificio se desmorona y te quedas desnuda. El problema es que no puedes rectificar porque no sabes vivir de otro modo. Yo sé que tengo la vida que he querido, pero hay una parte de mí que no se reconoce en ella. Y me da miedo.

Nuria apartó la mirada, y luego se abalanzó sobre un taxi que acababa de quedar libre.

–Tenemos tiempo –le dije corriendo detrás–. En unos años Daría hará su propia vida y haremos lo que queramos.

No contestó, entrábamos en el coche. Cuando ocupé el sitio a su lado, dio la dirección al conductor, bajó la ventanilla –hacía calor– y me susurró tajante:

–Olvídalo. He hablado demasiado.

Me acordé de ese diálogo mientras hurgaba en su armario: un jersey fino, un chal, calcetines, bragas, camisas, pantalones... Prendas escogidas para un viaje que desconocíamos adónde nos llevaría. ¿Lo interrumpiríamos abruptamente? ¿Regresaría en unos días para renovar el vestuario? La ropa de Nuria era como ella: sobria y concienzuda, tejidos naturales y colores telúricos: granate, cobre, cobalto, helecho... Añadí al equipaje mi enjambre de mudas y, pensando en las botellas de vino que compraría en el supermercado, cogí una navaja multiusos y vasos de plástico. Antes de salir, incorporé el reproductor portátil de vídeo, la primera temporada de *Twin Peaks* y dos películas compradas recientemente por Nuria: un documental sobre Chet Baker y una versión de Ado Arrieta de *La bella durmiente*. Las noches serían largas, y aunque deberíamos ser cuidadosos con el resplandor de la pantalla, me pareció menos arriesgado que la luz de lectura.

En el supermercado no me resultó fácil elegir. Compré pastrami, pan ácimo, humus, aceite de oliva, tomates, melocotones, ensaladas de pasta, falso caviar... Si nuestra excursión se prolongaba, deberíamos organizarnos para hacer el avituallamiento cerca de casa de Daría, incluso pensar en almorzar en algún restaurante. Cuando llegaba mi turno en la caja, descubrí

un cubo con flores y cedí al impulso de coger un ramo de margaritas. Luego me di cuenta de que no tendríamos dónde ponerlo, pero la cajera ya lo había visto en la cinta y me dio vergüenza defraudar su mirada cómplice; le pedí que aguardara un momento y, satisfecho por haber encontrado la solución, fui por una botella de agua.

El camino de vuelta me exigió más que el de ida debido a la maleta y a las bolsas de víveres. Había decidido no coger un taxi porque desde la boca del metro era fácil escabullirse en la red de corredores por la que se accedía a los jardines traseros de la colonia. Todavía era jueves, pero, tras la tormenta de la noche anterior, las calles bullían de alivios primaverales. En mi vagón, la mayoría de las mujeres llevaban sandalias o iban sin medias y algunas de ellas miraron risueñas el ramo que asomaba de una de las bolsas; debía de componer una figura extraña, con maleta, como si llegara o me fuera de viaje, unas flores y la compra. Por mi parte, sentía la impaciencia irracional de un padre que acaba de adquirir los regalos para una piñata y no ve el momento de mostrárselos a su hijo. Cada pasajero un mundo, pensé. Qué de historias en un solo vagón. Seguramente muchos conocerían a mi hija de verla en televisión y tendrían una idea acerca de ella. Seguramente habría quien la admiraba y quien la despreciaba y quien solo la envidiaba. Aquello por lo que unos se alegran o se duelen, a otros les causa el efecto contrario. ¿Debía decepcionarnos que Daría hubiera optado por una vida tan distinta de la nuestra? Sin duda. Menos razonable resultaba que eso interfiriera en la relación con ella. Vivía su tiempo, y lo mejor que podíamos hacer era no darle motivos de preocupación. Lo cual implicaba, entre otras cosas, retrotraernos al momento en el que no existía y Nuria y yo pensábamos sin más en nosotros.

¿Cabía la marcha atrás?

El porvenir arrancó a contrapelo. Encontré a Nuria nerviosa a consecuencia de un encuentro inesperado con el jardinero. Se lo había topado de frente cuando salía de ver el programa de Daría en su casa. Había tenido que decirle quién era y él no había desconfiado, pero se había quedado preocupada. Estábamos a la entrada del refugio, con la puerta abierta a mi espalda.

—¿Te imaginas que dice algo?

—No creo. Viene dos veces a la semana, cuando Daría está en televisión.

Nuria calló un instante, como si buscara en su recuerdo la confirmación a mis palabras. Su modo de salir del atolladero contuvo un velado reproche:

–Has tardado –me dijo–. He terminado toda la comida que trajimos esperándote.

–No sabía qué comprar. Mira.

Saqué el ramo de margaritas y se lo di.

–Pero ¿dónde voy a ponerlas? –preguntó casi disgustada.

–Ya lo he pensado: cortaré una botella de plástico.

Me rodeó para cerrar la puerta.

–Perdona. He estado intranquila. La próxima vez voy contigo. O si prefieres lo dejamos. Esto no tiene ningún sentido.

Fueron unos segundos, pero fueron determinantes. La última luz de la tarde trazaba un triángulo dorado en el suelo. Una bandada de estorninos revoloteaba en un árbol cercano. Por la ventana entornada llegaba el aroma de la madreselva abrazada a la fachada del refugio. De pronto sentí que la iniciativa pasaba a ser mía, como si Nuria depusiese su autoridad y me confiara nuestro futuro.

–Lo tiene mientras nosotros se lo demos –contesté–. He traído el reproductor de vídeo y vino. Podemos cenar y luego ver una película.

–Yo no quiero cenar. Algo de fruta como mucho.

A las nueve abrí una de las botellas de vino y nos sentamos en nuestras cajas con vistas. Entre nosotros, ensalada de pasta, pastrami y dos melocotones. A nuestros pies, bajo la ventana, el ramo frágil de margaritas en su botella seccionada. Nada más acomodarnos se iluminó el salón de Daría. Entró sola, se descalzó como una cigüeña torcida y, liberada de los tacones, trazó una trayectoria curva que la condujo hasta la puerta de la cocina. Estuvo allí apenas un minuto, y cuando salió, se dirigió con un frasco de yogur a las escaleras que conducían a su dormitorio.

–Parece que nos deja la noche libre –constató Nuria, llevándose a los labios el vaso de vino–. Hoy ha metido un par de veces la pata en su programa.

–No sería por la resaca. A su edad nosotros podíamos pasar una noche en vela sin que se notase.

–Yo no.

–Yo sí –repliqué, imprudente–. Pero supongo que fue antes de que nos conociéramos.

Había intentado sonar neutro, y ahora me daba cuenta de que mis palabras

podían resultar irónicas.

–¿De verdad tuviste una vida antes de conocerme? –preguntó Nuria–. Yo ni siquiera recuerdo la mía.

El mismo efecto de involuntaria ironía se advertía en sus palabras. La luz había caído y la veía en penumbra. Hablábamos despacio, nos tanteábamos. Su tono melancólico no contenía dobles sentidos. En todo caso, la conciencia irrefutable del transcurso del tiempo. Como el de dos amigos que se reencuentran después de años y contemplan el pasado desde la asunción de su decadencia. Estaba aún pensando qué contestar cuando Nuria se adelantó:

–Supongo que este es un momento ideal para que me cuentes con cuántas mujeres te has acostado y yo te confiese de qué me avergüenzo. –Su naturalidad, su ambivalente desenfado, no evitaron que por unos segundos me hundiera hasta los zapatos–. Pero ¿sabes qué? No merece la pena.

–¿No quieres jugar a verdad o atrevimiento? –pregunté, elusivo, buscando un resquicio por donde salir–. ¿Tú no jugabas de pequeña? Había que ponerse en círculo con una botella.

–En Teherán no teníamos nada parecido. Pero jugué en Madrid, sí. Aunque no era mi juego favorito.

–El mío tampoco.

–Un juego así sería inconcebible entre adultos. Solo los niños lo resisten. No tienen pasado ni culpas. –Sus palabras fluían de nuevo más pausadas, como si tras la ligera tensión hubiera regresado a una zona de confort; sus ojos, a la luz casi extinguida, cobraban densidades azabachadas–. Mira Daría. Es tan joven que aún podría jugar sin demasiado riesgo. ¿Sabes que durante un período largo de su infancia lamenté haberla tenido? Cometí la peor falta de una madre. Me pesaba haberla traído a este mundo, sentía que no podría protegerla y me ahogaba la responsabilidad. No la quería...

Su voz se quebró repentinamente, tendí mi brazo y la acaricié sabiendo lo que diría a continuación:

–Olvídalo.

Se inclinó y cogió uno de los melocotones.

–¿Los has lavado?

–Tienes el cuchillo junto al plato –respondí cuando ya arrimaba la fruta a su blusa y comenzaba a frotarla.

Esperé en silencio a que mordiera el melocotón, pero no lo hizo: al terminar de limpiarlo, lo retuvo a la altura del regazo, como si lo arrullara.

–Estoy cansada de buscar en el pasado razones para continuar adelante. Esa película que has traído. El documental sobre Chet Baker. Lo he visto. Olvidé contártelo. El otro día, cuando terminamos de montar la exposición. Creí que pasarías la tarde en casa, pero no llegabas y me decidí a verlo. Es fantástico, aunque sería un desperdicio que utilizaras el reproductor portátil. Sobre todo por la música.

–También yo lo he visto –la corté–. Creo que esa misma noche, mientras dormías.

–Es triste. –Había hecho una pausa para escucharme pero continuó como si no me hubiera oído–. Aparece la dependencia de Baker de las drogas, su mitomanía, las mentiras, las peleas, la degradación, su incapacidad para vivir saludablemente de su genio. –Comenzó a pasarse el melocotón de una mano a la otra igual que una pelota–. Como espectador, piensas que alguien con un don como el suyo debería saber vivir de otra forma. Hay dos momentos que no olvido. Uno es cuando el documentalista lo confronta con su paternidad descarriada, con sus hijos a los que no atiende, y desde otro continente él se permite algo enormemente acertado y al mismo tiempo cruel. Dice: *Trato de inculcarles que una buena forma de vivir es encontrar algo que disfrutes realmente hacer y luego aprender a hacerlo mejor que nadie y que así no tendrán ningún problema. ¿Te imaginas? Como consejo es impecable. La crueldad reside en que quien te lo dice, porque lo tiene, no sabe qué extraordinario es poseer el don que predica. Pero la crueldad mayor, porque es una crueldad a destiempo, es que el espectador ha visto ya a sus hijos dislocados y lo que en esos momentos espera es otro tipo de confesión. Como bien saben ellos, él no ha tenido una vida libre de problemas.*

–¿Y el otro?

Nuria detuvo el melocotón y me miró sin entender. Cuando comprendió, lo elevó a la altura de los ojos, como si considerara darle un mordisco.

–El segundo momento es cuando el documentalista le recrimina su incapacidad para prescindir de la heroína incluso durante el rodaje y él se revuelve resentido y responde: *Mira, tú quieres que sea honesto y te diga la verdad y al hacerlo solo te causo tristeza. Es muy pesado y completamente innecesario porque tengo cincuenta y siete años y no habría habido otra manera de hacer esta película. No la habría habido.*

Supe que la cita había acabado porque a continuación, como una niña que

coge carrerilla y se lanza al agua con la nariz tapada, acercó el melocotón a su boca y le dio un sonoro mordisco.

–Nunca lo había hecho –dijo, con la boca llena de pulpa–. En cuarenta y ocho años es la primera vez que me decido a comer uno con piel. –Terminó de tragar y dio otro bocado mientras yo cogía la botella de vino y rellenaba mi vaso, el suyo seguía intacto desde el primer sorbo–. Quedan pellejos entre los dientes. –Se escarbó en la encía con la uña del pulgar–. Y pringa. –Dejó la fruta en el plato y alzó las manos, agitando los brazos, para que las mangas de la blusa descendieran por las muñecas a salvo de los restos de zumo–. Hay cosas que están mejor como están. –Le pasé mi servilleta, no daba con la suya, y se limpió con movimientos enérgicos–. Míranos a nosotros. No me cambiaría por Baker ni para hacer mía su música. Pero lo entiendo. Es muy pesado hurgar en lo que no puede cambiarse. La vida es larga. Si aún podemos ofrecer algo, mejor es seguir adelante. Yo no supe hacerlo con Daría. Quise compensarla de mis ingratitudes pasadas convirtiéndome en una madre asfixiante y solo conseguí alejarla.

–No es cierto que fueras una mala madre.

–Sí lo es. No estaríamos aquí si no lo hubiese sido.

Nuria habló con firmeza, quería zanjarlo, pasar a otra cosa.

–También yo sentí el peso de ser padre.

–No es lo mismo –suspiró, paciente–. Yo he sido inflexible. Pero ¿sabes qué? Intento no pensar en ello. Lo decidí el otro día en la consulta. Necesito una vida normal. ¿Crees que nos será posible?

–Claro que sí. –Le tendí mi brazo y la acaricié–. Has pasado por una época dura. Pero verás como enseguida mejoras.

–¿De verdad lo crees?

–Totalmente.

–¿Sabrás mirar hacia delante? ¿Me regañarás si flaqueo?

No contesté porque cuando iba a hacerlo sonó en la maleta el móvil de Nuria con la canción de cuna persa que tenía como timbre de llamada.

–Esta tarde estuve mirando los mensajes y debí de desactivar sin querer la función de silencio –se justificó.

Los días siguientes, hasta la madrugada en que nos despertó la policía, estuvieron repletos. El viernes por la mañana Daría hizo una maleta y desapareció con el productor. Regresó tres horas después, parecía que

enfadada, cuando aún no habíamos tomado posesión de su casa. Deambuló por el salón, habló por el móvil y, cuando ya nos preparábamos para un largo fin de semana de encierro, apareció su viejo novio, el actor fracasado, y se marchó con él tras improvisar otro equipaje más ligero. Antes de salir, también se cambió de ropa. Esa noche vimos en su televisor *Paris, Texas* y dejamos a la mitad un documental sobre Sinatra.

La mañana del sábado despertamos tarde y aún remoloneamos una hora más leyendo en los sacos antes de salir al jardín para desayunar. En el móvil de Nuria había tres llamadas nuevas de Daría y varios mensajes con signos de interrogación, emoticonos de caritas sorprendidas o enfadadas y un *dadme noticias, por favor* repetido tres veces entre exclamaciones. Nuria me los enseñó, pero no hablamos de ello. Cuando terminábamos de recoger, oímos abrirse la puerta trasera del jardín. Corrimos a refugiarnos en la caseta dejando olvidado sobre la mesa un paquete de pan tostado y en menos de veinte segundos, lo que tardamos en apostarnos en el ángulo más protegido de la ventana, tres figuras cautelosas que habían aparecido por el lado opuesto se detenían ante la mesa para mirar el pan. En uno de los intrusos creyó Nuria reconocer al jardinero. Ejercía de cicerone sin su mono de trabajo, mientras los otros dos –uno de ellos con un bolsón de fotógrafo– atendían sus explicaciones observando la casa. Presioné los hombros de Nuria para obligarla a sentarse en el suelo y, poco después, las voces se acercaron tanto que vibró el cristal de la ventana. De inmediato uno de los intrusos pegó la cabeza –vi su nariz y el mentón aplastados; los ojos escudriñando el interior– y, justo cuando uno de sus compinches giraba el pomo de la puerta y él llegaba con su barrido ocular al rincón donde estábamos Nuria y yo, se retiró y gritó un seco «Vámonos». No llegaron a cruzarse nuestras miradas, pero es evidente que no lo necesitó.

Pasamos el resto del día dando vueltas al incidente, sin dudar de que habíamos ahuyentado a dos carroñeros de la prensa que ahora perseguía a nuestra hija. O bien se proponían mostrar dónde vivía, o bien preparaban algo más audaz, como buscar un lugar desde el que fotografiarla. Fuera lo que fuese, no volverían en una temporada. Pese a ello, por si acaso, Nuria y yo intentamos representar naturalidad, no escondernos; al contrario: comenzamos a entrar y salir de casa de Daría como si fuera nuestra. Comimos y cenamos allí, y por la noche, después de ver *Los muertos*, le propuse aprovechar al menos esa vez las sábanas y el colchón.

La comida se acabó el domingo, y decidimos almorzar en un italiano cercano. Compartimos una ensalada y un plato de gnocchi hablando de los libros que leíamos y de la socia de Nuria, con la que mantenía una relación soterradamente enconada por sus diferencias de criterio sobre los artistas de la galería. Luego fuimos al supermercado. Compramos salmón ahumado y alcaparras, una botella de vino blanco, cereales y una tarrina de helado de menta que devoramos al llegar al refugio. Aunque por la mañana habíamos borrado el rastro de nuestro paso por su cama, hicimos el camino de vuelta temerosos de que Daría se hubiese adelantado. En consecuencia, no volvimos a salir: renunciamos al territorio conquistado y nos habituamos de nuevo a la estrechez.

Ahora sí actuábamos compenetrados, como dos fugitivos decididos a dejar atrás su vida. Fue esa noche, una vez que asumimos que Daría no vendría, cuando Nuria propuso deshacer nuestros sacos de dormir y unirlos por la cremallera para conformar una especie de edredón doble. Estábamos ya con ropa de dormir, habíamos comido el salmón y bebido media botella, y no necesitamos coordinarnos para cumplir su deseo: cada uno bajó la cremallera de su saco y nos aplicamos a cuatro manos a encajar y subir el pasador.

El lunes a las doce regresó Daría. Ojerosa y con la cara somnolienta y trágica que se le pone cuando está descontenta. No lo hablamos, pero creo que ambos anticipábamos el final de nuestra aventura. Quizá por eso, sin prestar atención a Daría, estuvimos hasta media tarde tumbados en las colchonetas. Picamos cereales con yogur y ni mencionamos, aunque nos urgía, la posibilidad de acercarnos a nuestra casa para recoger ropa limpia y dejar la sucia. Sabíamos, supongo, que después no habríamos vuelto al refugio. Comenzábamos a sentir algo parecido a la comezón característica de los últimos días del verano, en que, desorientados por la velocidad del tiempo, nos abrumba no haberlo aprovechado como habríamos querido. Avanzada la tarde, cuando nuestra hija debía de estar ya en el estudio de televisión, Nuria terminó su libro y me pidió que continuara leyéndole el mío. Habíamos dispuesto la maleta a modo de cabecero y estábamos recostados sobre ella, con el edredón en un revoltijo a nuestros pies. Nuria llevaba las bragas y una camiseta negra de tirantes como única vestimenta, tras haberse quitado los pantalones para leer más cómoda. Se había colocado de lado, con la cabeza apoyada sobre el brazo en escuadra, y todo en su actitud invitaba a presagiar lo que sucedería enseguida: la tímida aproximación y los besos

desgranados como cerezas. Me sorprendió la rapidez de mi sexo en desperezarse, así como el deseo, cuando llegó el momento, con que me abrí paso en su interior. Luego, mientras me dejaba invadir por la comfortable certeza de haber llegado a casa, pensé durante unos segundos en los cuerpos de desconocidas que todavía abrazaría y, pese a ello, tuve la extraña sensación de ser feliz.

NOTA

Este libro está dedicado a mi mujer, Luz, a mi hijo, Juan, y a mi madre, Marisa. Su amor me acompaña siempre. Y, con ellos, a Nathalie Trafford, Luis Asín, Miguel Sarró, Luisa Castro y Ray Loriga. Agradezco a los dos últimos, así como a las escritoras Guadalupe Nettel y Sara Mesa, la lectura del manuscrito y sus valiosas sugerencias; lo mismo que a mi agente Mónica Martín y que a mis editoras Silvia Sesé y Teresa Ariño. Asela Pérez Becerril, Fátima de Burnay, Andrea Aguilar, Hoa-Binh Melgar, Lola Díez-Pastor, Carmen Giménez, Isabela Mora, Juan Manuel Artero, Trilce Arroyo, José Machado, María Padro, Guillermo Paneque, Julia Doménech, Andrés Fernández Rubio y María Hurtado de Mendoza no merecen que olvide los buenísimos ratos pasados en su compañía. Tampoco Luis Feduchi ni Martín y Nicolás Casariego. Los cuentos de *Mudar de piel* fueron escritos, con voluntad de conformar el presente volumen, entre 2012 y 2017. Salvo «Sombras que reverberan» y «Baker y margaritas», los más extensos, el resto ha tenido otras vidas en revistas literarias y volúmenes colectivos. Solo uno de ellos, «Abrir ventanas», tomó forma a raíz de un encargo.

Edición en formato digital: julio de 2018

© Marcos Giralt Torrente, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3973-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es